

damente y
una tienda
mil niños

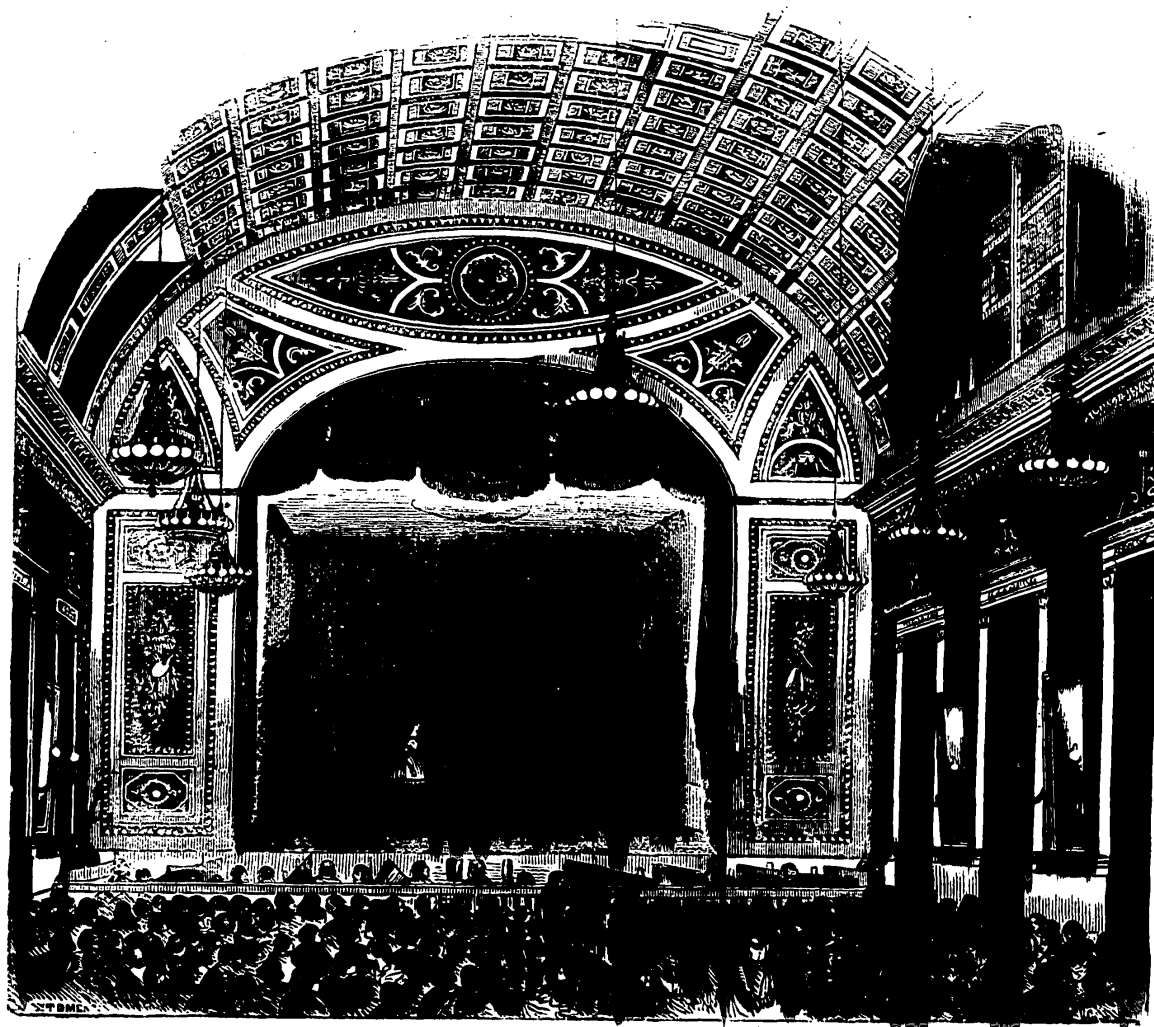
usia al Rey
, y ya se
fiestas que
Entre estas
principales,
edias grie-
es y coros
tos. S. M.
lebrantada

mucho, y
ariamente
ntidad no

os últimos
cólera en
declarado
debía te-
ta terrible
por medio
lias Orien-
rribles es-

ar última-
acia cinco
la, y que
sido desti-
todos sus
bueno se
de la Tur-

mas ani-
aris como
, se dejan
rigirse de
áculo del
por la vi-
el exámen
podemos
lo en Pa-
a éxito en
ras piezas



(Embocadura del teatro del Liceo artístico y literario de Madrid.)

SOBRE LA OPERA ESPAÑOLA.



ENTRE nuestras óperas y las tragedias griegas existe indudablemente una relacion capital: unas y otras son un drama cantado. Verdad es que en el teatro griego la

música era en cierto modo accesoria; que no perjudicaba

al diálogo trágico; que se prestaba al razonamiento, á la discusion, á la espresion, en fin, de los sentimientos mas opuestos, porque la *strophæ*, la *antistrophæ*, el *épodo* etc. cantos de los coros diferentes de la melopea, de la *escena*, solo se dejaban oir en los entreactos; pero no obstante esto, no se podía concebir tragedia griega sin música.

Cuando la Europa empezó á arrancarse el velo de la ignorancia en que por tantos siglos habia permanecido envuelta, dos naciones se propusieron apoderarse de las tragedias griegas para dar nueva vida á este género de poesia. Pero sea que la influencia del clima, el carácter de sus habitantes ó la índole de sus gobiernos entrasen por mucho en el giro de las inteligencias, lo cierto es que la Italia se decidió por la música posponiendo el drama, así como la España solo trató de llevar el drama á su mayor perfeccion, sin cuidarse de la música. Véase sino la vida oscura que pasó en Italia el gran Metastasio, á quien sus óperas han hecho inmortal, hasta que la corte de Viena, justa apreciadora de su talento, lo colmó de honores y de merecidas recompensas, y véase tambien si nosotros podemos presentar un solo compositor músico dedicado á este uuevo género en la misma época.

Desde entonces pareció disuelto el vínculo que unia la música al drama. Proclamándose independientes, uno y otro tomaron un vuelo sorprendente y crearon un género. Sin embargo, de parte de la música el divorcio no pudo ser completo. Los nombres por siempre célebres del poeta Césareo y de Quinault no debieron su fama á los compositores músicos, sino al mérito intrínseco de sus dramas. Y cuenta que Metastasio se veia obligado á poner en todos ellos tres amantes con sus tres amadas, segun la ley de los italianos de aquella época (regla algo mas incómoda en verdad para el génio que las tres unidades de Aristóteles); y que Quinault tenia en su contra la monotonía de la música puesta por Lulli, efecto de la continuada repetición de unas cuantas frases, de tal modo uniformes en sus construcciones y desinencias que antes de que el cantante abriese la boca ya se sabia lo que iba á decir; y esto sin la falta de armonía en la parte instrumental, porque aunque habia mas instrumentos que en nuestras orquestas, formaban entre todos un ruido intolerable.

Posteriormente la música ha hecho notables esfuerzos para conseguir su completa emancipacion del drama. Los compositores músicos han llegado hasta el punto de escribir toda una ópera sin tener presente un solo verso, ni cuidarse de las dificultades que se ofrecerian despues al poeta dramático para acomodar la letra á la espresion música. Mirando con desden el interés que deben producir las diferentes situaciones escénicas y el efecto que causan en el espectador las peripecias en que debe abundar un argumento bien manejado, y olvidando la influencia que ejerce en el cantante la fluidez ó dureza de los versos, el drama es para ellos uno de los medios necesarios, si para lucir los dotes de su talento músico, pero que deben estar supeditados á la soberanía de su voluntad. Mas en esfuerzo de audacia, generalmente hablando, no ha sido favorecido por la fortuna. En buen hora que se citen muchos *dilettanti*, que solo van al teatro para admirar el estro músico de los compositores, ó el timbre y estension de voz de una *prima donna*, sin cuidarse de examinar si la espresion música es ó no propia de la espresion dramática: esto lo mas que probará, será que algunos hombres llevan

sus pasiones hasta el último estremo; pero no se ha de deducir de aquí, que para tener gusto y ser inteligente se necesita estar poseído de ese fanatismo musical. Por el contrario, los verdaderos inteligentes no pueden sufrir un *libretto* mediano. ¿Qué cosa mas insoportable que el ver en la escena personajes sin carácter fijo, que entran y salen á las tablas porque tienen que cantar el aria *A* ó el duo *B*, que plugo al compositor músico regalarles; que rien en el verso y lloran al mismo tiempo con la voz? ¿Y qué mayor dificultad para un cantante, que el tener que pronunciar frases ásperas y de dura vocalizacion; que el verse obligados á dar á su rostro la espresion contraria de las palabras y de la voz, y representar un carácter ambíguo que mata la inspiracion y le priva del realce que puede dar á su voz con la espresion del sentimiento de dignidad del personaje que representa? Moriani, Salvatori, Ronconi y cuantos cantantes hemos aplaudido en esta corte han debido el grande efecto que han causado mas, casi á sus talentos dramáticos que á lo agradable de su amestrada y simpática voz.

Mas ya que los compositores músicos no han podido evitar la dependencia en que se encuentran respecto al drama para hacer brillar las inspiraciones de su génio, han querido hacer monopolio de una lengua la creacion de los dramas; en lo cual, fuerza es confesarlo, han encontrado defensores que no dejan de tener voto en este juicio. Sin embargo ¿son justas sus pretensiones? ¿se han hecho las pruebas suficientes para que en un exámen detenido se haya podido resolver la cuestion? Pues á fé que la lengua española no teme ese exámen. Una lengua tan rica, tan abundante como la nuestra puede plegarse á todos los tonos: la dificultad está en saber manejarla. Las palabras que menos se prestan al canto, son, á no dudarlo, las terminadas en *s*, y las en que entra la *j*. La fuerza que hay que hacer para que se perciba la primera, teniendo la boca cerrada ó casi cerrada por exigirle así su pronunciacion, y el sonido gutural que hay que arrancar para pronunciar la segunda, son ciertamente dificultades al parecer de alguna consideracion. Pero ¿quién ignora en España que nuestros *maestros de capilla* han vencido las que ofrece la *s*, en las composiciones sagradas cuyo testo latino termina con ella muchas de sus palabras?

La *j*, y el *ge gi*, que tienen la misma pronunciacion, no presentan mayores obstáculos. La emision de voz se verifica con la boca abierta, lo que no sucede con la *s*; y aunque es puramente gutural, no deja de prestarse al canto: nuestras canciones populares, especialmente las andaluzas, toman su valentía y aun su gracia de las palabras en que entra esta letra. Mayores dificultades debió ofrecer la *e* muda francesa; y sin embargo lo que Lulli no pudo conseguir, lo consiguieron Gluck y Piccini.

Pero aunque realmente fuesen tan difíciles de pronunciar la *s* y la *j*, no se sigue de aquí que la lengua española no pueda ser la *lengua del canto*. Si nosotros consiguiésemos tener una ópera propia, el amor al arte y el interés individual harian que los cantantes fuesen todos

españoles. Entonces el estudio seria mas profundo, y lo que hoy puede ser difícil á un extranjero seria sumamente fácil á un compatriota.

Ademas, á un buen poeta le importaria muy poco para hacer fluidos y valientes versos, el privarse de la *j*, de los *ge gi*, y de las terminaciones en *s*, ó al menos el usarlos con parquedad. Nuestra lengua la mas rica de las de Europa, no tiene que observar esos giros marcados que tantas trabas ponen á los poetas extranjeros. Ejemplos hay entre nosotros de libros enteros escritos, aunque en prosa, sin una vocal determinada y no creemos que sea mas fácil privarse de una vocal que de una consonante.

Pero no queremos colocar la cuestion en este terreno. Vencidas, como hemos probado que pueden vencerse, las pequeñas dificultades que ofrece nuestra lengua para ser tan fluida y dulce como la italiana, claro es que á nuestros buenos poetas les seria muy hacedero el escribir *librettos*, que cuando menos compitiesen en estas dotes con los italianos; mas en este caso los dramas no serian otra cosa que verdaderos *librettos* italianos en lengua española, y por consiguiente no tendríamos ópera nacional. Lo que nosotros queremos probar es, que para que haya ópera nacional es absolutamente necesario que los dramas esten escritos en castellano, *porque la lengua de una nacion es la única que se presta al canto nacional*.

La experiencia que es un gran juez en materia de hechos es el primer testimonio en favor de nuestra opinion. Tres son las escuelas que estan en el dia al frente de la música dramática: la italiana, la alemana y la francesa. Cada una de ellas lleva impreso el sello de su nacion. Dulce y sentimental la primera; grave y de complicadas armonías la segunda; ligera y á veces brillante la tercera; jamás se confunden, ó cuando algun compositor ha querido intentarlo, se ha visto en el desempeño el poder del génio, pero no la espresion de la nacionalidad. Pues si alguno quisiere buscar la supremacia en una de las tres escuelas, estamos seguros de que no la encontraria, porque las opiniones serian tantas como los inteligentes consultados. Y sin embargo la ópera alemana tiene sus *librettos* (aunque no todos) en la lengua del país, dura para nuestros lábios meridionales como toda las de origen teutónico; y la francesa tiene sus *ee* mudas y sus vocales compuestas que no todos los nacionales saben pronunciar. ¿Con cuanta mas razon podremos aspirar los españoles á poseer una ópera propia, teniendo como tenemos una lengua que así se presta á la espresion de la mayor ternura como del mas indomable furor? No hay mas que fijar un poco la consideracion en esas canciones populares, especialmente de la Andalucía, debidas casi todas ellas como la letra al instinto músico y poético de un labriego, y entonces se verá si la lengua española se presta al canto; y no á un canto cualquiera, sino á un canto robusto las mas veces; lleno de picaresca gracia en muchas; dulce y sentimental en otras, pero que lleva siempre el carácter de la nacionalidad española. Díganlo, si no, los infinitos ingleses y franceses que pululan en nuestras costas meridionales, y que en vano tratan de

imitar nuestros jácaras, nuestras rondeñas, nuestros boleros y nuestros fandangos; porque solo consiguen parodiar espantosamente lo que para ellos, como para otros muchos raya, en lo gracioso y á veces en lo sublime.

El segundo testimonio que nos presenta la experiencia es mas concluyente todavia. En la noche del sábado 28 de Junio se ensayaron en el Liceo de esta corte algunas piezas de la ópera *El Boaddil*, compuesta por el señor Saldoni. En todas las piezas, pero singularmente en la plegaria de Leonor, cantada en español é italiano, notamos dos cosas: primera, que la lengua española tiene la misma dulzura y fluidez que la italiana; y segunda, que la lleva una inmensa ventaja en las palabras que espresan dignidad y grandeza, no solo por la mayor armonia de sus sílabas, lo que ya es mucho, sino por la fuerza de espresion que dá al cantante para que este lleve hasta donde quiera la elevacion de su talento músico y dramático. Citaremos un trozo de la misma plegaria para que los que asistieron al ensayo verificado en el Liceo puedan juzgar imparcialmente apelando á sus recuerdos, ya que los demas lectores no puedan hacer otro tanto, á no ser que la ópera se cante en su dia en italiano y español alternativamente como es de desear.

PLEGARIA EN CASTELLANO

Dios que tienes en tu mano
De mil orbes el destino,
Lánzame un rayo divino
De tu inspiradora luz.
Haz que el triste soberano
Que ora combate tus leyes,
Ante ti, señor de Reyes,
Adore tu Santa Cruz.

PLEGARIA EN ITALIANO.

Sommo Iddio, nella cui mano
Stá de' popoli il destino,
Manda un raggio tuo divino.
Un tuo raggio spirator.
Fa che l' aravo sovrano
Che combatte or le tue leggi.
A te innanzi, ó Re de' Reggi.
Si ravvegga dal suo error.

Prescindiendo de la mayor fluidez y mas fácil pronunciacion que el segundo verso tiene en español que en italiano, lo que seguramente no depende del traductor, porque no solo ha sabido conservar todo lo bueno que en todos sentidos tiene el original, sino que en algunas cosas, á ser exacto el juicio de los inteligentes, lo ha mejorado; solo nos fijaremos en el cotejo que la mayor parte de los asistentes á la funcion del Liceo en la citada noche, no pudieron menos de hacer entre la espresion música del sétimo verso cantado en una y otra lengua. Sonó tan dulce, tan suplicatoria la palabra *Señor* de Reyes, que hasta el menos músico observó la analogía de la palabra con las notas musicales; pero llegó á su vez el *Re de' Reggi*, y no tan solo parecia distinta la desinencia musical, sino que el primer *Re* se confundia con el segundo, dando lugar á que se creyese que era repeticion de una sílaba de una misma palabra, cuando segun se vé, eran dos y de palabras distintas; á cuya confusion, así como á dificultar la inteligencia de la letra, contribuia la terminacion del *Reggi*, pues de todas las vocales, la *i* (si se exceptúa la *u*) es la mas difícil de pronunciar en los finales del canto, á no ser cuando vá precedida de una consonante dental, porque en este caso recibe una gran fuerza que en cualquiera otro caso le faltaria, por pronunciarse con la boca casi cerrada.

Se responderá que habiendo sido compuesta la mú-

sica del *Boabdil* con presencia de la letra española, no es de admirar que la espresion música esté mejor adoptada á esta que á la traduccion italiana; pero lo mas que esto probará será, que habiendo un compositor músico que como el señor Saldoni en esta ocasion, sepa apropiar sus inspiraciones á las inspiraciones del poeta dramático, la lengua española no le opondrá ningun obstáculo que vencer, sino que por el contrario se prestará dócilmente á ser un buen intérprete de sus cantos.

Y cuenta que nosotros prescindimos ahora de si el señor Saldoni ha escrito ó no una ópera puramente española, de lo cual juzgarán mas competentemente nuestros compositores músicos el dia en que el *Boabdil* se ponga en escena; porque cualquiera de las dos cosas prueba igualmente la proposicion que hemos sentado. Si la música es italiana, estando, como está, mejor espresada con las palabras españolas que con las italianas, claro es que el castellano es cantable; y si es española, entonces la consecuencia salta á los ojos.

Ademas, casi todos los filólogos convienen en que la lengua de una nacion, no es otra cosa que la espresion *cantada* del pensamiento de sus individuos, porque lo primero que hizo el hombre fué cantar sus alegrías, sus

pesares, sus victorias, la derrota de sus enemigos (1). La civilizacion progresiva aumentó su vocabulario, pero siempre seguirian las voces nuevas la índole música de la generalidad. Así vemos, aun en el dia, que cuando se recibe una voz nueva siempre se le dá una pronunciacion acomodada al lenguaje admitido. Por consiguiente la lengua española, á no querer hacer de ella una escepcion, debe tener, como en efecto tiene, su particular armonía, desinencias musicales que le sean propias, y medidas líricas que abran al compositor el campo de la elocuencia musical.

A esa lengua, pues, tendrá que recurrir el que quiera cantar segun el gusto de los españoles. Preferir cualquiera otra será obligarse á seguir la índole musical de la lengua preferida y entonces desaparecerá el carácter de la castellana. Por lo tanto; si hemos de poseer una ópera nacional es absolutamente necesario que los dramas esten escritos en español.

ISIDRO RUIZ DE ALBORNOZ.

(1) Como solo tratamos esta cuestion por incidencia, prescindimos absolutamente de las sábias investigaciones sobre el origen y formacion de las lenguas de que hallan Wiseman, el Barón d' Humboldt y otros eruditos modernos.



s (1). La
rio, pero
sica de la
uando se
anciacion
te la len-
scepccion,
armonia,
lidas líri-
ncia mu-

que quie-
rir cual-
ical de la
ácter de
na ópera
nas esten

22.

ia, pres-
bre el ori-
el Baron



(Asalto de la ciudad de Mallorca en 1228.)

RECUERDOS DE CATALUÑA.

Salida del Rey D. Jaime para la conquista de Mallorca.—Caballeros que le acompañaron.—Milagro de San Ramon de Peñafort.—Muerte de dos Moncadas.—Toma de varias poblaciones.—Origen del escudo de los Moncadas.—Ardid de que se valió el Monarca aragonés para la conquista de Menorca.—Vuelta de D. Jaime a Cataluña.—Toma de Ivisa.

Hemos expresado en nuestro primer artículo que consagraríamos algunos á los inestimables recuerdos que á nuestra mente amontonan los hechos y hazañas catalanas. Nuestro solo, nuestro único objeto es dar á conocer á los que nos lean la historia de Cataluña, presentándola á sus ojos ya disfrazada con su religioso hábito tradicional, ya cubierta con su venerable ropaje histórico. Nuestros artículos, pues, no guardarán orden ninguno y tan pronto pasaremos de Wifredo á D. Jaime el Conquistador, como de Borrell á Berenguer, si bien serán dedicados nuestros primeros trabajos á las tradiciones, esa mina inagotable de nuestra poco conocida patria que espera un nuevo Moisés que la hiera con su báculo.

A los primeros dias de Setiembre del año 1227 se hacia á la vela del puerto de Salon una escuadra de ciento cin-

cuenta buques. Era una armada que mandaba el poderoso Rey D. Jaime el Conquistador y que se encaminaba á la conquista de Mallorca. Nobles y valientes caballeros se habian alistado para correr los peligros de esa Cruzada y perecer antes que permitir que brillase por mas tiempo la media luna en campos donde debia tremolar el estandarte de Jesucristo. Habíase encargado la guia de la flota á la nave del aguerrido catalan D. Guillen de Moncada, la retaguardia á la de D. Carroz, hijo de un Conde de Alemania, que mereció mas tarde por sus bizarrías ser armado caballero por el mismo Rey el dia de Navidad y en el cerco de la ciudad de Mallorca, é iba finalmente el propio D. Jaime en la galera de Montpellier al fin de la escuadra. Orgulloso podia estar el conquistador al ver que empezaba el mas brillante éxito á coronar sus planes, pues que acredita-

38

dos y poderosos caballeros de todas partes vinieron á juntarse con él para la santa Cruzada.

—Creemos que no desagradará á nuestros lectores conocer los nombres de los que acompañaron á D. Jaime, segun él mismo nos dice y pone por órden.

Eran pues D. Ramon y D. Guillen de Moncada; Don Hugo de Moncada, Conde de Ampuries; el Conde de Rossellon; D. Nuño Sanchiz, hijo del Conde; D. Sancho que fué hijo del Príncipe de Aragon y Conde de Barcelona; D. Pedro Maza; D. Ladron; D. Pedro Lobera; Roca-fort; Beltran de Naya; D. Carroz; Lope Gimenez de Lusía; D. Pedro Pomar; Dalman de Barberá y Gisberto, su hermano; Bernardo de Naya; D. Pedro Cornel; D. Gimén de Urrea; Oliver; Guillen de Mendiona; Roldan Lais, alferéz de D. Nuño; Sire Guillen, hijo del Rey de Navarra; Ruy Gimenez de Lusía; Ramon Aleman; Don Pelegrin de Trujillo; Juan Martinez de Silva; Bernardo de Gurb; Fernan Perez de Pina; Nicolás Bonet; el Maes-

tre del Temple; Bernardo de Santa Eugenia; Gilberto de Cruilles; Bernardo Cesposa; Ramon de Serra; D. Assalit de Gudar; y muchos otros cuyos nombres no se han conservado. Tambien fueron allí el obispo de Barcelona, D. Berenguel de Palanisia, el obispo de Girona, el Abad de San Felix de Guixols, el preboste de Tarragona y otras varias notabilidades eclesiásticas. Mas adelante tambien fueron á reunirse con los citados, muchos caballeros de Aragon y Cataluña, entre otros D. Atho de Foces, Don Rodrigo Lizana, con treinta caballeros de su casa, el Maestre del Hospital, D. Hugo Fullalguer con quince caballeros de su órden, D. Blasco Moza, Fray Pedro de Moncada, Prior de Cataluña, Berenguel de Angresola, Jofre, Vizconde de Rocabertin, Guillen de Cervellon, Hugo de Mataplana, Guillen de Olmus, Tomás de Lapián, Bernardo de San Juan, Dalman de Jas, Pedro de Tagamament, Marimon de Plegamans y Pedro de Marquet.

Llegó la flota á Mallorca despues de haber sufrido una



gran tormenta en que afortunadamente no se perdió barco ninguno; tomaron tierra los primeros D. Nuño y Don Ramon de Moncada, el Maestre del Temple, Bernardo de Santa Eugenia y Gilberto de Cruilles, y ya les estaban aguardando una porcion de moros que con tiempo fueran avisados. Apenas habian tenido espacio para desembarcar los caballos, que ya D. Ramon de Moncada estaba sobre el suyo, y dándole de espuelas acometió á los enemigos lleno de impetuosidad atravesando á su caudillo del primer golpe de lanza y arremetiendo á los otros como furio-

so leon. Siguiéronle sus compañeros inmediatamente, cayeron todos sobre los moros sobrecojidos ya por la brusca arremetida de Moncada, y en pocos momentos sembraron la tierra de cadáveres dispersaron á los infieles. Mucho que temer debian los moros cuando el destino se ñalaba ya por una sangrienta derrota de los soldados de la media luna el primer desembarco de los caballeros de la Cruz.

No es nuestro ánimo mencionar una á una todas las batallas y escaramuzas que tuvieron moros y cristianos:

ilberto de
D. Assa-
no se han
Barcelona.
t, el Abad
na y otras
e tambien
alleros de
oces, Don
casa, el
quince ca-
o de Mon-
la, Jofre,
n, Hugo
ian, Ber-
Tagama-
quet.
frido una

caballeros de ambos bandos hicieron prodigios de valor y hasta el Rey D. Jaime acometió una vez con solos veinte y cinco caballos una partida de trescientos á cuatrocientos moros, logrando ponerlos en precipitada fuga. En una de las batallas que se dieron tuvo que llorar una gran pérdida el ejército del Conquistador; D. Guillen y D. Ramon de Moncada perecieron á manos de los moros, postráronles á los pies de sus caballos las lanzas musulmanas, pero murieron despues de haber hecho morder la tierra á muchos de sus contrarios, murieron con las armas en la mano como mueren los nobles, los caballeros, los héroes. ¡Eran catalanes! Grande fué el sentimiento que tal muerte causára al Rey y á todos los caballeros, en particular á los muchos que allí fueran con D. Guillen. Buscáronse sus cuerpos, que encontraron casi desconocidos por las muchas heridas que les desfiguraban, pusieronlos en dos riquísimos atahudes y fueron llevados á enterrar al Monasterio de Santas Cruces de Cataluña.

Siguió el Rey D. Jaime su comenzada conquista, internóse en el país con sus nobles compañeros y puso cerco á la ciudad de Mallorca. Hizo el Rey moro proposiciones de paz por medio de D. Nuño Sanchiz que le enviára el Rey aragonés por embajador, diciendo que le permitiese pasarse á Berbería con todos sus tesoros, hom-

bres y mugeres y que daría á D. Jaime cinco besantes por cabeza, así de hombre como de muger, así de grande como de chico. Muchísimos caballeros cristianos y entre ellos el confesor del Rey, Raimundo de Peñafort, opinaron porque se admitiese tal propuesta, y por fin hubiérase hecho así, á no impedirlo Guillen de Moncada, hijo de D. Ramon, y todos los de su linaje, diciendo que la sangre derramada de sus deudos no consentía tratar paces con los moros sin haber antes satisfecho su venganza.

Entonces cuentan que sucedió el milagro tan sabido de Fray Ramon de Peñafort, y que aunque sea á trueque de pasar plaza de difusos hemos de mencionar ligeramente.

Quiso este santo confesor del Rey abandonar el campo de los cristianos, ya que no se habia atendido su consejo dado, por no derramarse sangre cristiana peleando contra infieles, pero no quiso en manera alguna D. Jaime proporcionarle un buque, pues descaba tenerle á su lado. Importóle esto poco al confesor, pues llegado que fué á orillas de la mar, estendió su capa sobre ella, empuñó con ambas manos su escapulario á guisa de vela, subió sobre el manto y fué arrastrado pacíficamente por las aguas que le condujeron sano y salvo á Barcelona.



Volvamos ahora á nuestra historia.

Desesperado el Rey moro por la negativa de los cristianos hizo matar á varios de sus caballeros que tenia prisioneros en su poder. Exasperados entonces los otros aprestáronse para el asalto que fué dado el postrer día de Diciembre del año 1228, entrando y apoderándose de la ciudad con muerte de mas de catorce mil

infieles. Juan Martinez de Silva, Bernardo de Gurli y Fernan Perix de Piña fueron los primeros que pusieron el pié dentro de la ciudad. Retiróse el Rey moro á una casa fuerte que en lo interior de la ciudad habia, pero allí fué á buscar D. Jaime en persona, y tomando la casa, cogió al moro por las barbas, obligóle á echarse á sus pies y le mandó en seguida decapitar. Mandó tam-

nte, ca-
la brus-
os sem-
infieles.
stino se
lados de
leros de

das las
istianos;

bien inmediatamente bendecir la mezquita mayor y al anocheecer se celebró en ella, convertida ya en iglesia de Jesucristo, un *Te Deum* por haber permitido Dios que volviera aquella tierra á poder de sus antiguos poseedores.

Llegaron poco tiempo despues á los cristianos, nuevos y nobles caballeros catalanes y aragoneses, los arriba citados, con sus aguerridos tercios, y el Rey determinó apoderarse de toda la isla empezando por poner sitio á la cueva llamada en aquel entonces de Artana y ahora de Artá, considerada inespugnable por los moros. En ella era donde estos habian escondido sus tesoros y joyas de mayor valía.

Durante este cerco acaeció en el campo del Rey un milagro que originó las nuevas armas de los Moncadas, los cuales usaban y habian usado hasta entonces las armas de la casa de Baviera de la cual descendian.

Apurados ya los moros, habitantes de la dicha cueva, pidieron un plazo de ocho dias á D. Jaime, diciéndole que si durante este plazo no les venia socorro se entregarían á él luego de concluido. Era el caso que en los reales cristianos escaseaban mucho los víveres, pero

á pesar de esto, se avino el Rey con lo que le proponian sus contrarios. Pasados seis dias ya no habia en el campo de que comer, en términos que se creía no poder esperar los dos que faltaban para terminar la tre-gua dada á los infieles.

Supo D. Jaime en tales apuros que D. Guillen de Moncada tenia pan en su tienda y allí se dirigió en seguida acompañado de D. Nuño Sanchiz, Conde de Rosellon, y de mas de cien caballeros.

Llegado que fué á ella le dijo á Moncada:

—*Conde, véngome á comer con vos, que me han dicho que teneis pan y buen recaudo, y traigo á D. Nuño conmigo y estos caballeros, que seamos todos convidados vuestros.*

Oído esto, contestóle el de Moncada:

—*Señor, gracias doy á nuestro Señor y á vuestra Alteza por tal merced.*

No teniendo entonces allí ni mesa ni sillas, estendió en el suelo su capa de grana, y puso sobre ella siete panes, los únicos que tenia y que fueron bendecidos por su capellan. Quiso Dios en aquel momento que comiesen de ellos todos los caballeros, y en efecto sucedió así, pues



la capa de Moncada apareció cubierta de panes en tanta abundancia que bastaron en los reales para los dos dias que tardaron los moros en entregarse.

De tal modo ha llegado dicha leyenda á nuestros oídos y de tal modo la hemos relatado, pues nos place en gran manera dejar á las tradiciones su sello de reli-

giosidad y de fábula, si se quiere, sin que nos atrevamos á desmentir y hacer burla de lo que nuestros mayores han escrito en sus obras.—¿Acaso seatreve uno á contemplar al sol cara á cara?

De lo que hemos dicho dímana el haber tomado por armas los Moncadas siete panes de oro en campo verme-

j o, armas que esta ilustre casa ha conservado desde entonces.

Llegó el domingo de Ramos, día en que concluía el plazo y no quedó entonces otro arbitrio á los moradores de la cueva que entregarse al Rey. Con esta toma hicieron los cristianos mil quinientos cautivos, se apoderaron de diez mil vacas, treinta mil ovejas (1) y multitud de joyas, moneda y vajillas de oro y plata.

Ya se habia el Rey posesionado de la mayor parte de la isla y sus armas victoriosas habian hecho ondear por todas partes el pabellon aragonés, cuando envió de embajadores á los moros de Menorca á D. Assalit de Gudar, á Bernardo de Santa Eugenia y á Ramon Serra, Comendador de Mallorca, para que les dijese en su nombre que se diesen luego ó les mandaba pasar todos á cuchillo.

Bueno y propio de este lugar será ya que hemos presentado en resumen la conquista de Mallorca por el invencible D. Jaime, dar á conocer á nuestros lectores el ardid de que se valió este Monarca para la toma de Menorca.

Partieron los embajadores, como ya hemos indicado, y estando el Rey con treinta caballeros en una montaña, llamada el Cabo de la Pera, que se divisa desde Menorca, mandó encender sobre ella mas de trescientas hogueras que se distinguian clarísimamente desde la otra isla. Los moros que á la sazón estaban reunidos en consejo deliberando lo que debía contestarse á los embajadores, sorprendiéronse de aquellos fuegos, preguntaron á los tres caballeros lo que significaba y Ramon de Serra, advertido ya de antemano, les contestó *que aquello era el gran ejército del Rey que esperaba la respuesta de ellos, porque sino se rendian presto, pasase allí á quemarlos y degollarlos todos.* Aterrorizados los moros con tal con-

testacion dijeron que se rendian á D. Jaime con la condicion que si les permitia permanecer en sus casas le darian cada año tres mil anegas de trigo, cien vacas, quinientas cabezas de ganado, dos quintales de manteca y en moneda dos cientos besantes (1); todo esto á mas de serle entregadas las llaves de las fortalezas de Cintadella y Mahon. Avinose á ello el Monarca aragonés, y poniendo en la isla muy buena guarda para tener á raya los moros que allí quedaban en clase de vasallos suyos, partióse otra vez á Cataluña adornado con los laureles que la conquista de Mallorca habia ceñido á su augusta frente.

Pasados dos años, Guillen de Moncada que fuera elegido arzobispo de Tarragona, pidióle permiso para conquistar la isla de Iviza que estaba aun en poder de infieles, y dado que fué por el Rey, partióse allí D. Guillen con D. Nuño Sanchiz y el infante de Portugal apoderándose á viva fuerza del castillo y de la ciudad á los pocos dias.

Hé ahí cómo concluyó esta santa Cruzada, que hubiera bastado por sí sola á dar inmortalidad al Monarca que España venera como uno de sus primeros y mas agueridos capitanes.

Hemos puesto la conquista de Mallorca entre los artículos que pensamos consagrar á Cataluña, tanto porque en su dominacion contribuyeron mucho algunos ilustres catalanes, como se ha visto, cuanto por hacer mencion del origen que tuvieron las armas de los Moncadas, distinguidos caballeros que han dejado impresas en nuestro suelo huellas demasiado profundas, para que puedan borrarlas ni el olvido de los hombres, ni el soplo de los huracanes que ha combatido en todos tiempos, y mas en la actualidad, nuestra ilustre y desgraciada patria.

VICTOR BALAGUER.

(1) BAUTES. Crónica general de España, lib. II, cap. 24.

(4) Cada cien besantes equivalian á 25 ducados.

LA PRINCESA DE VIANA.

NOVELA HISTORICA.

CAPITULO PRIMERO.

De como Mosen Pierres de Peralta conoció que la villana de Mendavia no era lo que parecia.

Terminaba el otoño de 1461 cuando á la puerta de una humilde choza del arrabal de Mendavia, pequeña villa de Navarra, donde tuvieron principio los extraordinarios acontecimientos que vamos á referir, apareció una hermosa y apuesta villana, que fué á sentarse en un pequeño banco de blando césped, guareciéndose de la menuda lluvia bajo el frondoso toldo de pámpanos y dorados racimos que coronaba el pajizo techo de la cabaña. Púsose luego á retorcer con su pequeña y delicada mano el pardo lino sujeto á vetusta rueca; pero

TOMO I.—OCTUBRE DE 1845.

sus dedos, cuya blancura hacia resaltar el oscuro copo, se mostraban algo torpes en tan grosero ejercicio.

Aparentaba tener unos treinta años de edad, y en su continente altivo y en la peregrina perfeccion de sus facciones, hubiérase tenido por una de aquellas matronas romanas, que desde los primeros puestos de la república pasaban sin pena á la oscuridad de la vida doméstica.

En aquella época contaba la muy noble villa de Mendavia con unos ochenta y dos vecinos cristianos y tres

judíos, y pertenecía al muy magnífico señor D. Luis de Beaumont, Conde de Lerin, porque al Rey D. Juan II que á favor de las revueltas y disturbios se burlaba ya de las cortes y de los fueros, se le habia antojado quitársela á Don Iñigo de Stúñiga su legítimo dueño. No hacia mucho tiempo que la villa contaba con doble número de habitantes, pues amen de los nobles, pasarian de mil los labradores pecheros; pero las guerras intestinas en que estaba ardiendo el reino de Navarra asolaron de tal manera á Mendaña, que aquellos quedaron reducidos á diez, y muy pobres. Mencionamos este hecho para que el discreto lector, despues de saber que en igual proporcion se amenguaba la poblacion de todo el reino, puede hacerse cargo de lo mal parado que estaria entonces aquel pais infortunado.

Uno de los diez labradores pobres que habian sobrevivido á los desastres de la guerra civil, era Fortuño Garcés, que en compañía de Aldonza su legítima consorte, ejercia aquella honrosa y venerable profesion, considerada entonces como una de las mas viles y despreciables de la tierra. ¡Tal era el vuelco que habian recibido las ideas en aquellos tiempos, cuando en otros no muy lejanos se vieron Reyes que al empuñar el cetro, tenian que soltar la esteva de sus manos!

Pero ni su pobreza, ni su degradacion social estorbaba que Fortuño y Aldonza tuviesen virtudes, y lo que es mas, virtudes que cuestan dinero como la hospitalidad. Una mañana apareció á la puerta de su choza la gentil labradora desconocida de toda la vecindad, y sus honrados huéspedes decian á cuantos iban á informarse de lo que no debia importarles, que la recién venida era una cuñada de la tia de la suegra de un hermano suyo, vecindado en Dueñas, y que habiéndose muerto el hermano de la suegra de la tia de su cuñada, venia la infeliz á refugiarse al seno de sus mas próximos parientes. Quedaban ellos convencidos, lo cual no depone muy en favor del caletre de aquella gente, bien que algunas crónicas afirman que aunque no quedasen muy satisfechos con la esplicacion, cuando menos guardaban silencio, lo cual indica que debia sobrarles circunspeccion y prudencia. La misma soberana hermosura y melancólica dignidad del semblante de la castellana, era capaz de imponerles respeto, y por otra parte su mucha gravedad y retraimiento la ponía al abrigo de las murmuraciones.

En la tarde de que vamos hablando habia quedado sola momentáneamente, y queriendo en casa respirar el aire del campo, ó temiendo que la tristeza se apoderase de su corazon dentro de aquel angosto, oscuro y misera-



ble recinto, salió á continuar su tarea fuera de la puerta de la cabaña, desde la cual se descubria una dilatada pradera que el Ebro regaba con sus hulciosas ondas, coronada de frondosas colinas, que en escalones gigantes iban subiendo hasta convertirse en azuladas mon-

tañas. Bañaba la gentil labradora las pardas hebras mas bien con lágrimas de sus ojos que con la humedad de sus labios, volviendo frecuentemente la cabeza con estremecimiento al mas leve rumor que entorno resonase, como corcilla temerosa que mas de una vez ha bur-

estorba-
y lo que
hospitáli-
choza la
ad, y sus
informarse
enida era
no suyo.
uerto el
nia la in-
variables.
muy en
mas cró-
tisfechos
encio, lo
pruden-
a digni-
vedad y
iones.
quedado
pirar el
poderase
y misera-

lado la activa persecucion de los cazadores. Pero como viesse que nadie la miraba, dejó caer el uso de las manos, sacó la rueca de la cintura, arrojándola lejos de sí, con cierto desden, y tendió sus miradas por la dilatada llanura, elevándolas de vez en cuando al firmamento.

Los ojos de la villana brillaron entonces con un rayo de melancólica alegría y se dilataban mas y mas sus negras pupilas como si quisiese disfrutar ávidamente del hermoso aspecto de la naturaleza. El tosco, pero cándido lino que cubria su seno, retemblaba como las hojas del árbol revelando la agitación de su pecho cada vez mas estremada, hasta que no pudiendo contenerse, prorrumpió con lastimera voz en estas sentidas palabras:

—¡Qué hermoso es el campo, Dios mio, para quien puede verle con sosiego y disfrutar con tranquilidad y holgura de sus encantos! ¡Oh! si alguna cosa es capaz de hacerme olvidar la amargura de mi vida pasada, es sin duda este suave perfume que exhalan las flores escondidas al abrir sus cálices sedientos á la plácida lluvia con que el cielo las regala. Bello es este ambiente que dilata mi pecho, esta luz que ilumina mi corazón, esta soledad que nada me hace temer. ¡Sola! ¡Dios mio, siempre sola, y á merced de estraños, contrariada en todos mis gustos aun los mas inocentes y sencillos, repudiada por mi marido, perseguida de muerte por mi padre, y privada hasta de los consuelos de un hermano, del único sér á quien amo y á quien sin duda por eso tan cobarde y vilmente han encarcelado! ¡Apenas tengo un palmo de tierra donde ponerme al abrigo de mis perseguidores, y sin embargo todo cuanto veo, todo es mio. ¡Gran Dios! exclamó de nuevo estremecida, creo haber oido pasos dentro de casa; será tal vez la pobre anciana que cuida de mí con tanto esmero. Mis enemigos deben ignorar que yo me oculte en este sitio: es el miedo, es el sobresalto en que vivo hace tantos años, que exalta mi imaginación y finge estos rumores.

Los rumores sin embargo eran ciertos. Dos caballeros completamente armados de pies á cabeza, habian penetrado en la casa por la puerta trasera que daba á unos corrales, donde á la sazón Aldonza se encontraba, que al verse con un puñal en la garganta tuvo que guardar silencio. La disfrazada labradora hubiera sentido el roce de las armaduras, si en aquel mismo instante no le llamára la atención un gentil mancebo que por la parte del campo venia hácia ella contemplándola con inefable dulzura. Era este el hijo de Samuel, uno de los tres vecinos judíos de la villa que al poco tiempo de la aparición de la castellana se habia convertido al cristianismo, bautizándose con el nombre de Gimeno, el mismo con que se hacia llamar á desconocida.

Estos dos hechos referidos sencillamente, nos ahorran algunos párrafos de ponderaciones acerca del profundo amor que se abrigaba en el corazón del antiguo israelita. Solo tenemos que advertir, que su pasión, tal vez por ser tan grande, estaba contenida en los límites del respeto. Pudieron en buen hora revelarla las deslumbrantes miradas de sus ojos; pero jamás osó romper el sello de sus labios. Acaso la villana descubrió la impre-

sion profunda que su hermosura causaba, tal vez no le era indiferente su descubrimiento, pero se guardaba muy bien de alentar una pasión imposible.... desatinada y loca.

Mientras departian ambos amigablemente, fuera de la casa uno de los caballeros observaba por entre los calados hierros de su visera el rostro de Gimena prestando el mayor cuidado á la conversacion que con el mancebo tenia.

El otro no mostraba el mayor interés en hacer descubrimiento alguno, y teniendo agarrada fuertemente con su manopla á la amedrentada dueña, daba de cuando en cuando evidentes señales de impaciencia.

—Ella es, Sancho, dijo el primero en voz baja, y con acento conmovido.

—Imposible, Mosen Pierres.

—¡Pues qué! la conoces tú! ¿Sabes á quien buscamos?

—¡Voto al diablo! cómo quereis que la conozca cuando solo me habeis dicho: Sancho amigo, tal vez tengamos que andar á cuchilladas con los Beamonteses, porque les vamos á robar la mas hermosa dama que se pasea orillas del Ebro; y yo no veo ahí que eso tenga trazas de dama, sino de una miserable labradora que no merece la pena.

—Por esta vez, Sancho, creo que te dejas llevar de las apariencias. Esa que ves ahí, es nada menos que la Princesa Doña Blanca, hija de nuestro Rey y Señor D. Juan II de Aragon y de Navarra, y hermana del desgraciado y rebelde Príncipe de Viana.

—¡Os repito que es imposible! La Princesa Doña Blanca debe estar ahora en la ciudad de Medina.... Y sobre todo, que sea que no sea, poco se pierde en robarla trasladándola por algunos dias á vuestro castillo de Peralta, donde tendrá un hospedage mas digno de su sangre ó de su hermosura.

—Es que, si esta no fuese la Princesa de quien debo apoderarme en nombre del Rey, maldita la gracia que tendria entrar en combate por una villana con toda la guarnicion del castillo de Mendavia.

—Pronto saldremos de dudas, dijo Sancho de Erviti, y luego soltando el brazo de la dueña para amarrarla por la garganta, añadió brutalmente: ¡Ea! bruja maldita, díenos la verdad, ó te ahogo con dos dedos lo mismo que á un pichon, ¿quién es la moza que tienes en casa?

—Señor, deuda mia es.

—Mientes, vieja de Satanás, le interrumpió Sancho apretando un poco el dedo pulgar y el índice como una tenaza de hierro. Y no me chilles, continuó, que si aprietó un poco mas, no vuelves á murmurar en lo poco que te falta de vida.

—Pues bien... suéltame su merced... Señor caballero... Es cierto que no es parienta mia... pero, no la conozco... Creame vuesa merced: aquí la trajo un caballero... calada la visera, entregó un bolsón á mi marido Fortunio... habló con él... y se marchó sin descubrirse...

—¿Qué señas tenia? preguntó Mosen Pierres.

—No le ví la cara, á fé de Aldonza...

—¿Era pequeño, no muy gordo... de voz áspera... seca....

ras mas
edad de
con es-
resona-
aa bur-

—Si señor... sí...

—El Conde de Lerin, dijo Peralta. Sin embargo, todavía temo equivocarme... Es muy espuesto habérmolas con todo un pueblo...

—¿Y por qué no si estamos armados?

—¿Pero no te haces cargo de que nos hemos metido en un pueblo rebelde que pertenece en cuerpo y en alma á ese viejo Conde de Lerin, cabeza del bando del Príncipe y de la Princesa de Viana contra el Rey nuestro Señor? ¿No reparas con esa tu terquedad, que Dios maldiga, que el pueblo mas cercano de nuestro bando dista tres leguas mortales de camino mas llano que esa pradera, y nos podrian dar alcance las caberías del Conde?

—¿Sabeis que significa todo eso en buen romance?

—Significa, respondió Mosen Pierres de Peralta, que desde el dia en que se desposó Doña Blanca en Valladolid con D. Enrique de Castilla, no he vuelto á verla y temo que su fisonomía se me haya despintado.

—Gentil modo de disculparse, repuso Sancho de Erviti, todo eso es miedo y nada mas.

—¡Voto á San Fermin nuestro patron bendito, exclamó Mosen Pierres, que cuando acierte á salir de este pantano he de castigar vuestra insolencia!

—Pues de este pantano salimos muy fácilmente. ¿Teneis duda de si es la Princesa de Viana esa labradora que charla con ese mancebo? Pronto lo voy á saber.

—¿De qué modo?

—Escuchad; y levantando la voz dijo Sancho, de modo que los de afuera pudiesen oirlo: ¡Doña Blanca! ¡Doña Blanca!

Pero antes que hubiese pronunciado por segunda vez este nombre, ya la Princesa lanzando un grito agudo habia echado á correr desatentada hácia una ermita que se alzaba en medio de la pradera y cerca de la cual pacia una torada.

Gimeno la seguia de cerca procurando en vano detenerla con sus voces.

—Lo vés, pecador de mí, dijo Peralta, vés como con tu maldita terquedad has ahuyentado la caza?

—Nada de eso, respondió con mucha calma Sancho de Erviti, cuando la paloma escapa de las redes se coje una ballesta y con la punta de un venablo se la sorprende en medio de su remontado vuelo.

—¿Qué vas hacer, desdichado?

—A dispararla un ballestazo. Al fin, ¿para qué la quiere el Rey, sino para darla un jicarazo como ha hecho con su hermano el Príncipe de Viana?

—No: es preciso apoderarnos de ella viva... Tú no sabes... Es condicion precisa para cierto enlace. ¿Pero lo vés? Ya es tarde... Un novillo se desmanda de la torada... le sale al encuentro, la persigue... la acosa... La Princesa ha caido de rodillas... El toro la acomete... ¡Ay infeliz! ¡ya no hay remedio!

Un grito de terror salió de aquella choza, escapado si-



multáneamente de los lábios de los tres parsonajes que en ella se cobijaban.

El soberbio animal, bramando de corage, y mas irritado con la fuga y los vivos colores de la saya de la Prin-

cesa, bajaba ya la testuz para clavar en ella sus agudas astas, cuando el robusto mancebo que la seguia se interpuso repentinamente delante del toro, sosteniendo con él una lucha rabiosa y desesperada que no hubiera podi-

do continuar por mucho tiempo, si rápido como el relámpago y con agudo silbo no hubiese venido un venablo á enclavarse diestramente en el corazon del toro que doblando las rodillas bajo los hercúleos brazos de Gimeno, cayó revolcándose en su propia sangre.

Aquel venablo, como supondrán nuestros lectores, habia salido de la ballesta de Sancho de Erviti; que al oír exclamar á Mosen Pierres que ya no habia remedio para Doña Blanca, solo por probarle lo contrario, arrojó la flecha con la misma indiferencia que lo hubiera hecho teniendo por blanco el corazon de la Princesa.

Cayó esta desmayada con el susto y la agitacion, y ambos caballeros pudieron fácilmente transportarla á la cabaña, desde la cual poniéndola en el arzon delantero de uno de sus mejores caballos, á todo escape se encaminaron á Peralta.

Gimeno herido gravemente, desarmado, sin fuerzas y sin aliento observó estupefacto todos estos rápidos movimientos: parecia un sueño horrible cuanto pasaba delante de sus ojos, no acertaba á dar crédito á sus sentidos; pero cuando casi arrastrando fué hácia la cabaña y se encontró sin su Gimena, cuando á sus lastimeras voces que hacian resonar aquel nombre adorado vió que solo respondian los sollozos de Aldonza, persuadido de su desventura, juró libertar á Gimena de las manos de sus raptos ó derramar por ella hasta la última gota de su sangre.

CAPITULO II.

Del encuentro que tuvo un Capitan de aventureros con una religiosa de San Benito.

En las Bárdenas reales de Tudela, montes erizados de robustos pinos y gigantescas rocas que se estienden desde aquella ciudad al reino de Aragon, un año despues del rapto de la Princesa de Viana, existia un aventurero, mitad bandido, mitad soldado, que hacia algun tiempo era el terror de aquella fragosa comarca. Tan frecuentes y espantosos eran los crímenes que en aquellos pinares se cometian desde los tiempos mas remotos, tan antigua y tradicional la existencia de un salteador de caminos en aquellas frondosas breñas, que los veinte y cinco pueblos comarcanos que las rodeaban, se habian unido en hermandad para perseguir mancomunadamente á los malhechores, siendo uno de los terribles articulos de aquel pacto: «que cogiendo á los malhechores *infra-ganti*, los ahorcasen, sin esperar orden del Rey ni de la justicia.» Tan crueles disposiciones habian sido estériles, quizá por su misma dureza; los bandidos iban sucediendo de generacion en generacion, desde siglos atrás, con la misma regularidad, con la misma precision y rapidez que los Príncipes se suceden en una monarquía, cuyo origen se pierde en el abismo de lo pasado. El último bandido, rey de aquellas montañas, se llamaba Sancho de Rota y habia eclipsado la horrible fama de sus antecesores por la muchedumbre y enormidad de sus crímenes. Hacia sin embargo poco mas de un año que aquel hombre desolador, espanto de todo el reino de

TOMO I.—OCTUBRE DE 1845.

Navarra, habia muerto en un encuentro y todos esperaban que el sucesor apareciese.

No se hizo mucho de esperar; al siguiente dia se vió á la cabeza de veinte foragidos, un formidable guerrero



cubierto de hierro de los pies á la cabeza. Poco podemos decir de su figura, pues rara vez levantaba la visera de su casco, y jamás se desnudaba de su armadura: solo se distinguia en el combate por su valor, y cuando su lanza ó espada estaban ociosas, su gentileza, su apostura revelaban al punto la superioridad que sobre los demas ejercia. Como si fuese un noble y generoso paladin; como si olvidase que mandaba una gavilla de salteadores y no una compañía de soldados, habia hecho pintar en su escudo un emblema que nadie podia adivinar.

Poco tiempo despues de haber tomado el mando de aquella gente desalmada, no sin admiracion y asombro de sus camaradas mismos, se le vió salir á la cabeza de su partida del áspero y quebrado terreno que nunca habian abandonado; y lo que es mas extraño, descender á las inmensas llanuras de Peralta, sin que ninguno de los pueblos de la hermandad le hostilizase. Hasta entonces aquel reino de malhechores enclavado en otro reino, jamás habia tenido otras alianzas que las del brazo con la espada, jamás habia tenido otros amigos que las cuevas de las rocas, la espesura de los pinares y la aspereza de

las montañas: todo prisionero que ofreciese probabilidades de un buen rescate, todo caminante que llevase bien repuesto de florines el bolsillo, era su enemigo capital: jamás entre ellos se había alzado otro pendón que el del esterminio, ni otro grito que el de muerte; hasta que un día después de una arenga del capitán en que reveló los grandes tesoros que el Rey D. Juan II les ofrecía con tal de que hiciesen guerra á muerte al partido Beamontés, contrario del de Agramont, seducidos por las brillantes promesas y ruda elocuencia de su caudillo, gritaron todos unánimemente: «¡viva el Rey D. Juan II! ¡viva el bando Agramontés!» y al eco de estas aclamaciones y bajo el manto protector de las leyes, se entregaron los facinerosos á sus antiguos desórdenes, derramándose ya como un torrente asolador por todo el reino, aunque apoyados siempre en sus guaridas.

Sentados estos precedentes necesarios para la inteligencia y claridad de los sucesos de esta historia, continuaremos ahora la narración interrumpida.

Por una estrecha y escabrosa senda de la falda del Norte de los Pirineos, y con mucha más lentitud de la que desearan, dos caballeros se dirigían una tarde del mes de Diciembre del año 1462 desde el interior de Navarra á la capital del Señorío de Bearne. Cabalgaba el primero en un corcel rodado de asaz impetuosos bríos que mal su grado tenían que estrellarse en la escabrosidad del camino, abierto las más veces en peña viva, otras surcado por cauces desamparados de antiguos torrentes y embarazado las restantes por robustos troncos de corpulentas hayas y altaneros pinos, aterrados por los huracanes: iba armado de punta en blanco, puesta la lanza en la cuja y sujeta al brazo derecho con una correa, mientras que en el izquierdo abrazaba una rodela de templado acero, en la cual estaba pintado un sabueso con el hocico cerca del suelo y en ademán de seguir la pista, con estas palabras por orla «*Hasta que la encuentre.*» Montaba el segundo un jaco alazan que sin duda por la inveterada costumbre de andar por las montañas y con una impavidez y serenidad que solo dan los muchos años, suelto y ligero como una cabra, saltaba de peñasco en peñasco, y de precipicio en precipicio; era su dueño un hombre de unos cuarenta años, rechoncho y colorado, con áspera y cerdosa barba negra, ojos negros igualmente pero alegres y pequeños: llevaba un capacete de hierro, escudo y coraza de cuero con una espada descomunal que para ser tan grande como él, no le faltaba más que haberla estirado una tercia.

Debía estar aquel país en no muy holgada y pacífica situación cuando para ir á bodas, que en efecto no era otro el objeto de su viaje según de las pocas palabras que pronunciaron se infería, caminaban con tanta prevención de armas ofensivas y defensivas.

Después de haber andado un largo trecho con la espuela ociosa y la rienda tirante para sostener á los caballos que á cada paso hacían genuflexiones, llegando muchas veces á besar el suelo, en una llanura á cosa de media legua de Orthés, picaron un poco los caminantes, cuando de repente detuvo el primero las riendas á su troton, y levantando la visera, dijo volviendo el ros-

tro al que siempre se mantenía á respetuosa distancia suya:

—¡Fermin!

—Señor.

—¿Qué es eso? ¿te quedas atrás?

—¡Cá! no señor, sino que no puedo seguir; este babeiaca, que Dios maldiga, solo sirve para trepar por las rocas; pero en saliendo á lo llano no tiene sentido.

—Oye, Fermin. ¿No sientes hacia el camino de San Juan de Pié de Puerto ruido de cascabeles y pisadas de cabalgaduras?

—Vuesa merced debe tener los cascabeles en la cholla; porque lo que es yo, no oigo una palabra.

—Sin embargo, téngalos, ó no los tenga, repuso el caballero, que sin duda estaba acostumbrado á las chanzas de Fermin, yo los siento cada vez más clara y distintamente, y es preciso averiguar de donde viene un ruido tan extraño.

—¡Señor, Señor! vuesa merced tiene razón, esas deben ser acémilas que irán cargadas con tesoros para el Rey de Francia que diz que está entre San Juan de Luz y Fuenterrabia para hacer las paces. ¡Ay Señor! famosa ocasión, si estuviésemos en los pinares de las Bardenas, de echar el guante á esos regalos por vía de merienda.

Apenas tuvo tiempo el buen Fermin de acabar esta última frase; porque el caballero echando atrás el brazo, sacándole de la correa y dando media vuelta á la lanza fué á descargar con el cuento tan tremendo golpe en las espaldas de su escudero, que si este no acierta á poner delante el escudo de cuero, sin duda alguna que no lo cuenta por gracia.

—¡Miserable! dijo el caballero con el trémulo acento de la cólera, ¿aun no habeis llegado á comprender tú y tus compañeros que ya no estais á las órdenes de un bandido, sino á sueldo de un capitán del Rey?

Fermin escondió la cabeza entre los hombros y á pesar de su pequeña estatura hubiera deseado en aquel momento reducirse á la más mínima expresión. Conociendo la condición iracunda y genio pronto del Caballero se guardó muy bien de replicarle; pero escuchándose más de cerca el sonido de las campanillas y el trote de las cabalgaduras, le dijo con voz humilde y ademán contrito.

—¿Señor? quiere vuesa merced que me adelante un poco á ver si esa gente es alguna partida de rebeldes Beamonteses, que han jurado hacernos tajadas si caemos en sus manos?

—No: permanezcamos aquí en esta llanura donde sería mengua tomar otras precauciones que las de blandir la lanza: si son enemigos no los llevaremos á la espalda, y si amigos es regular que se dirijan á Orthés como nosotros á celebrar las bodas del esclarecido D. Gaston de Fox, Príncipe de Bearne, con Madama Magdalena, hermana del Rey de Francia Luis el Onceno.

—Ese D. Gaston, repuso Fermin, ya sin sobresalto ni temor alguno y volviendo á tomar su tono familiar; ese D. Gaston debe ser un guapo mozo á quien vuesa merced salvó la vida en un encuentro?

—No te equivocas; pero déjate ahora de preguntas y mira el peloton de gente que asoma allá por donde el sol se está poniendo.

Fermin volvió en efecto la cabeza al occidente, y en el alto de una vecina loma vió cuatro caballeros armados tambien de punta en blanco y en medio de ellos una litera conducida por dos arrogantes mulas, cuyas cabezadas estaban llenas de campanillas y cascabeles, y coronadas de un airoso gallardete con cintas y perifollos de estambre de mil colores. Al lado de las cabalgaduras iban tambien dos fornidos villanos del pais. No se sabia si aquellos caballeros eran guardia de honor de la persona que debia ir encerrada en la litera, ó desalmados malandrines que mal su grado la llevaban cautiva.

Esta duda debia muy pronto aclararse, porque uno de la escolta se adelantó un buen trecho al advertir el ademan resuelto del Caballero de la divisa y de su escudero Fermin, y en voz robusta que resonó en el silencio de los valles gritó á cierta distancia:

—¿Quién vá allá?

—Navarra por Agramont, le contestó otra voz no menos robusta, pero mas sonora.

—¡Oh! somos amigos repuso el de la escolta. Si la fama de vuestra gallardía, y la divisa de vuestro escudo

no miente, sois el capitan de aventureros mas valiente que ha conocido Navarra.

—Soy el capitan de las Bárdenas Floristán de Acuña, dijo modestamente el caballero, para serviros y para servir á esa noble dama que sin duda trais de luengas tierras á las bodas del Principe D. Gaston.

Floristan habia pronunciado estas palabras dirigiendo su voz hácia la litera que cada vez se iba acercando mas, y por entre la enrejada visera de su yelmo lanzaba curiosas miradas para descubrir el secreto que aquel mueble encerraba.

—Señor capitan, me habeis dicho vuestro nombre, razon es que sepais el mio: estais hablando al Infanzon Mosen Sancho de Erviti.

El capitan de aventureros hizo un saludo con su lanza al caballero de los ejércitos del Rey de Navarra, y comprendió que algun distinguido personage debia ir oculto en la litera.

—Mosen Sancho, le dijo, estoy enteramente á vuestro servicio.

Y como escuchase dentro de la litera tristes y prolongados suspiros mugeriles continuó diciendo: tambien mi espada y mi lanza estan al servicio de la acuitada doncella, á quien sin duda vais escoltando.



Sancho de Erviti iba aproximándose al Caballero para decirle sin duda algunas palabras en secreto cuando una voz dolorida salió del fondo de la litera diciendo:

—¡Caballerô! si sois digno de este nombre, doleos de una infeliz cautiva!

—Floristan, dijo visiblemente alterado el recien venido, nosotros vamos de prisa y no podemos detenernos.

—¡Doleos de mí, Caballero! continuó la voz de la litera, casi confundida con los sollozos.

—Adelante, adelante, gritó Mosen Sancho pisando con la punta de su lanza á las cabalgaduras; pero Floristan se habia puesto en medio del camino con la lanza en ristre y con firme acento y ánimo decidido le dijo:

—¿Quién es esa señora que llevais cautiva?

—Os empeñais en saberlo? no es verdad, contestó Don Sancho.

—Sí.

—Es decir, señor Capitan, que quereis que os lo diga por fuerza.

—Os digo que sí! replicó impaciente el caudillo de aventureros.

—Antes que me lo preguntaseis iba á satisfaceros, pero visto el empeño que formais os digo que no (1).

—No dais un paso adelante sino poneis en libertad á esa señora cualquiera que sea.

—¿Y cómo pensais impedírmelo, miserable bandido, repuso Sancho de Erviti arremetiendo con furia al caballero que le recibió con gentil denuedo.

Travóse entonces un desigual y sangriento combate: el escudero, desnudando su formidable espada se puso al lado de su señor, que entretenido con Sancho de Erviti y su paje, sin duda hubiera sido envuelto entre los cuatro de la escolta. Al primer encuentro, saltaron hechas astillas las lanzas de los dos caballeros que habian tropezado en las rodela; echaron luego simultáneamente mano á las espadas y tan tremendos y repetidos tajos se sacudian que formaban un espantoso estruendo sobre las armaduras, como los mazos que en la fragua aplastan el hierro candente sobre el yunque. Saltó por fin de un mandoble el casco de Mosen Sancho y otro mandoble dirigido á la cabeza, pero que por fortuna se desvió sobre el hombro, hízole oscilar sobre la silla y caer luego en tierra con un fragor tan tremendo, como el de un roble de cien siglos derribado por el rayo. El caballo del capitan dobló entonces las rodillas y derramando un rio de sangre por la cabeza cerró para siempre los ojos enclavados tristemente en su ginete.

Tendió este la vista alrededor y vió en torno suyo tres guerreros tendidos en el suelo, Mosen Sancho y uno de los escuderos de su comitiva, y el desdichado Fermin, cuyo auxilio le habia sido tan eficaz. La litera, los villanos y dos ginetes, habian continuado su marcha huyendo sin duda de aquel encuentro. D. Floristan no tuvo tiempo siquiera para cerrar los ojos á su escudero y montando en el caballo de Sancho de Erviti, hundió las espuelas en sus hijares y á los pocos minutos alcanzó á la litera.

Los dos escuderos que habian sobrevivido al combate, y que tal vez por orden de su señor seguian escoltándola apresurando la marcha de las cabalgaduras, huyeron despavoridos apenas vieron de cerca al formidable capitan de aventureros, el cual echando pié á tierra, teniendo en una mano las bridas del caballo, y abriendo con la otra la puertecilla de la litera, se encontró con una religiosa de S. Benito cuyo rostro estaba cubierto con un velo.

—Señora, la dijo el caballero con respetuoso acento, sois libre: ahora decidme adonde quereis ir y hasta poneros en salvo os iré acompañando al cabo del mundo.

La religiosa no le respondió.

(1) Estas cuatro palabras que sí: que no formaban la divisa del escudo de Sancho de Erviti, segun refiere la Crónica.

—Señora, volvió á decir, no tengais pavor, soy yo, soy vuestro libertador.

Tampoco le contestó.

Reparando entonces Floristan en su inmovilidad y en la estremada palidez de sus manos se determinó á levantar el velo para ver si estaba desmayada. Ejecutó al principio esta operacion con sobrada timidez, pero viendo que la dama no se lo impedía, echó de un golpe el velo á las espaldas de la desmayada religiosa.

Un estremecimiento general paralizó la lengua del caballero, llevó inmediatamente la mano á su visera para levantarla, creyendo sin duda que sus calados hierros ofuscando sus miradas no le dejaban ver la realidad; se restregó los ojos como si despertase de un sueño, el pecho le temblaba bajo la coraza de acero, los latidos de su corazon eran violentos.

—¿Es ella; no hay duda: es ella! exclamó el Floristan con trémulo y profundo acento, y luego lanzando un grito de gozo inefable:

—¿Gimena! repitió. ¿Gimena mia!

El eco de su voz era tan fuerte vibrador y penetrante que no pudo menos de llegar al corazon de la Princesa, que abriendo poco á poco sus párpados, mirando con asombro á su alrededor, clavó sus atónitas miradas en el semblante del mancebo que la contemplaba en dulcísimo arrobamiento de alegría, y prorrumpió tambien en esta sola palabra.

—¿Gimeno!

Los dos amantes se confundieron en un estrechísimo abrazo.

CAPITULO III.

De como el hijo de un judío puede tratar de tú á una Princesa cristiana.

Pasados aquellos primeros momentos en que agoviados bajo el peso de una súbita impresion de alegría, ni la Princesa ni Gimeno podian hablar, ni pensar en otra cosa que en el gozo de volverse á ver; el Capitan fué el primero que rompió el silencio.

—Pero ¿qué es eso, Gimena? tú con hábito de religiosa? ¿Por ventura te habré arrancado de un cautiverio para conocer, que vives por tu mal, en otro mayor?

Gimena en vez de contestar á esta pregunta, no menos admirada que su libertador le dirigió la siguiente:

—¿Y tú, Gimeno, que cambio tan repentino y tan extraño has sufrido? ¿Si no acierto á dar crédito á lo que que ven mis ojos! si parece imposible que el valeroso guerrero que me acaba de libertar de doble número de contrarios, sea el tímido mancebo que me acompañaba en mi cabaña de Mendavia!

—Tan imposible por lo menos como el que tú, sencilla labradora de las riberas del Ebro, vengas escoltada por cuatro caballeros y escondida en una litera que no la tienen mejor nuestros Monarcas. ¿Qué transformacion es esta?

—Parece, Gimeno, parece en efecto que estamos aun bajo la influencia de un sueño del que nunca quisiera despertar. ¿Yo libre de mis perseguidores, yo dueña de

de mí misma, de mis acciones, de mis palabras; yo puesta en salvo por un hombre que me quiere por mí misma, por lo que yo tengo, y no por lo que me han dado los demas!....

—Sí, la interrumpió Gimeno con una nube de tristeza, la única que empañaba aquel sereno y esplendente cielo de felicidad; sí, lo has conocido al fin, yo te amo y te amé desde el primer instante en que te vieron mis ojos. Este amor, como si fuese un rayo celestial, iluminó mi entendimiento, abrió los ojos de mi alma á la fé, y

para identificarme contigo quise que nuestras oraciones fuesen dirigidas á un mismo Dios, y que sino podíamos anirnos en la tierra, cuando menos en el cielo tuviésemos una misma morada. 'Cuando por una aventura tan estraña como increíble desapareciste de mis ojos, en el momento mismo en que acababa de librarte de una muerte sangrienta y desastrosa, faltó á mis ojos la luz, faltó la vida á mi corazon, faltó á mi alma la ventura y el reposo. Entonces resolví buscarte por todas partes, arrebatar á tus raptores la presa de entre sus garras,



¡ay! pero no creí despues de dos años de afanes y de lides, no creí volverte á ver cubierta de un velo que es un escudo impenetrable para mi dicha!

La Princesa se sonrió tristemente al escuchar estas últimas palabras. Es verdad que se hallaba cubierta con el sagrado velo de las vírgenes del Señor, pero este obstáculo era quizá el menor que se oponia entre la heredera, ó legítima dueña, por mejor decir, del trono de Navarra, y el hijo de Samuel Leví, rico judío de Mendavia.

Tal era sin embargo la dulce melancolía y la ardiente pasión que rebotaban las miradas de Gimeno, tan poco acostumbrada se hallaba Doña Blanca al sincero lenguaje del afecto y del cariño, que embriagada como á

TOMO I.—OCTUBRE DE 1845.

pesar suyo, en aquel perfume deleitoso y en los mágicos acentos del Capitan, no tuvo valor para dejarle en el error de que el hábito que traia encadenaba su corazon; ni menos aun para revelarle la elevacion de su cuna, el abismo que les separaba, para pronunciar en fin una palabra que hubiera confundido por siempre y anadado á Gimeno. Con voz trémula y semblante ruboroso, despues de un momento de pausa dijo á su libertador:

—Gimeno, el hábito que llevo me ha sido impuesto por la fuerza... soy libre gracias á tu valor... enteramente libre; mis lábios no han pronunciado otros votos que por la ventura de mis amigos y contrarios.

—Oh, basta, basta! respondió el Capitan, cuyo ros-

tro estaba radiante de júbilo y felicidad; yo no puedo aspirar á tus amores; el empeño que manifiestan tus enemigos en perseguirte, el aparato de que te veo rodeada. el mismo porte distinguido con que apareces á mis ojos como una reina, todo eso me hace comprender que no eres tú lo que aparentabas ser en Mendavia. Era yo entonces un mozo sin experiencia, privado hasta de la facultad de pensar, porque mi alma toda solo estaba ocupada en sentir; pero durante estos dos años he reflexionado mucho, porque he padecido mas. Tú debes ser cuando menos hija de algun hidalgo y bien nacida, porque los caballeros te escoltan y se dignan descender hasta robarte: es imposible, pues, que puedas abrigar amor alguno hácia el hijo de un judío, que no sabe si en este momento está cometiendo un desacato, hablándote como allí, bajo el emparrado de tu choza, como á la gentil villana de Mendavia.

—¡No, no; prosigue, le respondió la Princesa como arrastrada á pesar suyo por el grato murmullo de aquella voz encantadora; trátame como á tu igual: una vez te debo la vida, y otra mi libertad, y la nobleza de tu alma suple con creces la que pueda faltarte por tu cuna!

—Pues bien, repuso el caballero como alentado con una vaga esperanza; tal vez como he dicho seas hija de un hidalgo, ó quizá de un Infanzon, en cuyo caso, yo, pobre reptil que me arrastro por el suelo que pisas, no tendré mas contento que el de seguir á tu lado, como un perro trás de su amo y dar la vida por defenderte; pero á lo menos podré levantar hasta ti mis ojos, podré pensar en ti sin que sea ofensa para el Señor, como lo fuera estando tú consagrada á su servicio. Ahora, dime adonde quieres que te conduzca, porque la noche se viene encima y es preciso pensar en retirarnos.

—Pero ¿en qué pais estamos? ¿A dónde me llevaban?

—Pues qué ¿lo ignoras? respondió con asombro el Capitán.

—Absolutamente: anoche me sacaron del convento de San Juan de Pié de Puerto, con anuencia de la Abadesa, cuatro caballeros cubiertos de hierro de los pies á la cabeza, y encerrándome en esta litera, tratándome con respeto, pero con increíble severidad, sin detener-

nos nunca en pueblo alguno, y solo si en el campo el tiempo preciso para que comiésemos nosotros y las cabalgaduras, me han traído por un pais montañoso sin que mis lágrimas ni mis súplicas pudiesen ablandar el empedernido corazon de mis raptos: ni una sola vez han levantado delante de mí la visera de su casco, ni una sola palabra han respondido á mis preguntas.

—¡Es cosa singular lo que te sucede! pero es necesario que no nos detengamos aquí por mas tiempo. El sol acaba de ponerse y es preciso buscar albergue donde pasar la noche. Afortunadamente no lejos de aquí tengo un amigo en cuyo castillo podrás permanecer segura: entonces me contarás tus aventuras y me reservo tambien para la noche el referirte las mias.

—Entre tanto, respondió la Princesa, yo meditaré el partido que me conviene seguir en esta ocasion.

Y entre ufano y melancólico, despues de dirigir á la Princesa una ardiente mirada, cerró el Capitán de aventureros la puerta de la litera, y dijo á los villanos que la acompañaban:

—¡Adelante, muchachos! antes que cierre la noche es preciso que lleguemos á Orthés.

Los dos villanos se le quedaron mirando con aire entre socarrón y estúpido.

—¡A Orthés! Todo el camino adelante, ¿no lo habeis entendido? repitió el caballero.

—¡Si, señor! lo hemos entendido perfectamente, respondieron los conductores.

Y encogiéndose de hombros con una sonrisa brutal, arrearon las mulas y se dijeron el uno al otro:

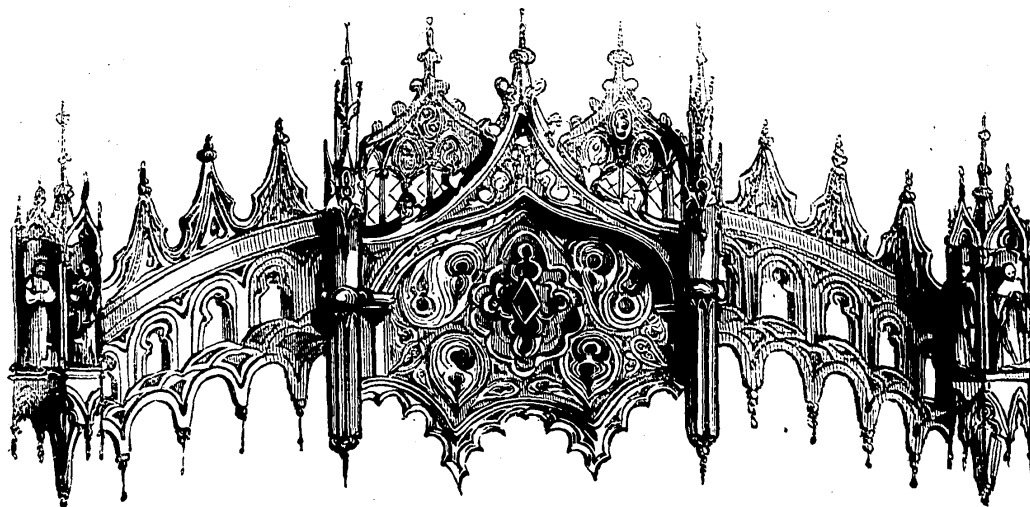
—¡Caramba, Juancho, para esto, maldita la necesidad que tenia de haber despachado dos hombres al otro barrio!

—El diablo que entienda á esos caballerotes, Franco amigo! y mirando de reojo, tan pronto á la litera como al Capitán, continuaron su camino.

El Capitán de aventureros radiante de júbilo y embebecido en sus amorosos pensamientos no advirtió la sonrisa maligna de los villanos.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.





ESTUDIOS HISTORICOS

SOBRE LAS BELLAS ARTES EN LA EDAD MEDIA.

ARQUITECTURA.—SIGLOS XIII—XIV—XV.

1.

Erat enim ut si mundus ipse exstiteret semet, rejecta
vetustate, candidam ecclesiarum vestem indueret....

(GILBERT RADULPHUS)

.....Vaste symphonie de pierre.....

(V. Hugo)



Capital del siglo XIV.

CUANDO se hubieron calmado las terribles persecuciones contra la fe de Jesus, cuando el culto del Redentor no temió ya la luz del dia, la arquitectura gentílica fué la que adoptaron los primeros

cristianos para elevar sus templos. Sin embargo nótese en las primeras basílicas (1), cierta gracia modesta, cierta

(1) La *Basílica* en la Roma antigua era una especie de tribunal civil que servía al mismo tiempo de lonja ó lugar donde se reunían los mercaderes para tratar de sus negocios. Constantino cedió á los cristianos un número considerable de basílicas que ellos convirtieron en iglesias, pero que guardaron siempre su primitivo nombre. La forma de estos monumentos era la de un rectángulo dividido longitudinalmente en tres partes por dos

sencillez armónica sumamente lejana de la afectada pompa con que se envanecían los templos y palacios de la Roma imperial.

Luego que (por los años de 328) Constantino transportó á Bizancio su opulenta corte, sin duda con el fin de alejar de la mente de sus pueblos toda tradición pagana, la nueva residencia de los Césares eclipsó con su fausto y con su ciencia á la antigua capital del Orbe. Casi

séries de columnas; la galería del medio era mucho mas espaciosa que las dos divisiones laterales, y al término de esta galería central por la faz de levante, sobre uno de los lados mas pequeños del rectángulo oblongo, se avanzaba una parte circular, cuyo diámetro no excedía nunca de la latitud de la galería principal. La techumbre de esta, se elevaba siempre mucho mas que la de las porciones laterales. Aunque en el siglo XII principalmente se hizo la disposicion de estos edificios mucho mas ingeniosa y complicada, siempre puede apercibirse en la planta de los templos cristianos el tipo primitivo de la basílica.

rotos los vínculos que la unían á lo pasado, la arquitectura del Cristianismo encontró allí mas gérmenes para su desarrollo y engrandecimiento: allí el número de cristianos era mucho mayor que el de gentiles, y por lo tanto la inspiracion mas peculiar, mas independiente.

La parte occidental del imperio quedó casi abandonada, y solo á los bárbaros del Norte les fué dado arrancar las viejas raíces de su espíritu idólatra.

Los templos bizantinos presentan multiplicadas variaciones. Aquí la planta tiene la forma de una cruz griega, allí es una rotonda, mas allá aparece la basilica; desde el gusto noble y grandioso que caracteriza á Santa Sophia de Constantinopla hasta el docto y elegantísimo de San Vital de Rávena, y desde la armoniosa y esbelta catedral de Atenas, hasta la graciosa y pintoresca iglesia de Simari hay una multitud de estilos que se disputan vivamente la atencion del arqueólogo. Todas las superficies rectilíneas, cuadradas, angulares de los templos paganos se tornaron en las iglesias de Constantinopla en faces curvilíneas, cóncavas por el interior, convexas por el exterior. Por todas partes deleitan la imaginacion arcos sobre arcos, cúpulas sobre cúpulas. Hasta el siglo VII, continuó progresivamente esta fecundidad maravillosa de la escuela oriental.

Con la radiante lumbré que se esparcía desde Bizancio se despertaba el Occidente sumergido en tinieblas por los bárbaros. El sacerdocio, depositario del saber, empezó tambien á difundir por Europa los elementos del arte. Empero todos los monumentos que en esa época se elevaban, estan impregnados de un carácter duro, ascético, absoluto. Bien se deja ver que el poder teocrático no participa nunca, no se interesa nunca en las pasiones y devaneos de los pueblos, y que comprende la religion de una manera mucho mas sombría que los seglares. Por eso hay en los estilos lombardo, sajón y normando no poco de ese espíritu triste y misterioso que se nota en las sacerdotales construcciones de la India y del Egipto. Ni los lazos revueltos de los arquitraves, ni las fantásticas figuras de los capiteles, ni las estrellas caprichosas esculpidas en el centro de las bóvedas, ni la elegante aguja de Carlo Magno, nada alcanza á mitigar la impresion melancólica que allí se recibe, nada alcanza á disminuir lo árido y desnudo de las paredes, lo pesado y macizo de sus pilares y de sus arcos redondos.

El Cristianismo no absorbe á Dios en el hombre como los Griegos; mas tampoco absorbe al hombre en Dios como las religiones orientales. La naturaleza divina, y la naturaleza humana pueden subsistir de una manera distinta y unirse infinitamente en el tipo de la perfeccion humana, en el Cristo, en el hombre Dios (1).

La expresion perfecta del pensamiento cristiano no ha sido formulada por ninguna arquitectura anterior á la llamada *Gótica* y que apareció á fines del siglo XII.

Segun el dogma del Cristianismo, el hombre está condenado en este mundo á una vida de pruebas y de expiacion, vida pasagera cuyo término debe ser la eterna reconciliacion con su Creador y la entrada en el pa-

raiso, su verdadera patria. ¡la patria que perdió con su inocencia, la patria á que aspiran todos los místicos sueños de su alma!

El templo cristiano representa la concepcion de Dios y de su obra; representa la creacion en su estado presente y en sus relaciones con el estado, las leyes y los futuros destinos del hombre. Las sombras vagas, el crepúsculo melancólico que reinan bajo esas bóvedas elevadas espresan el desfallecimiento del universo oscurecido desde la caída del primer hombre. Un dolor misterioso se apodera del corazon apenas se ha traspasado el umbral de ese noble recinto. Mil pensamientos de temor, de esperanza, de vida, de muerte, se agrupan en el alma, formando con su mezcla indefinible una especie de atmósfera silenciosa que calma, que adormece los sentidos, y al través de la cual se revela envuelto en vagarosa lumbré, el mundo invisible. Un poder secreto nos atrae hácia el punto convergente de las espaciosas naves, allí donde reside velado el Dios redentor del hombre y reparador de la creacion, y desde donde emana la virtud plástica que imprime al templo su forma. En sus ejes cruzados se ostenta el símbolo de la eterna salvacion, y en su centro, la imagen del Arca, único asilo de las esperanzas del genero humano en los dias del diluvio y emblema siempre fiel del penoso viaje del hombre sobre las olas de la vida. Las curvas ojivales de los arcos, las agujas que por doquier se lanzan al espacio sin límites, el movimiento de ascencion, de elevacion, de cada parte del templo y del templo entero, espresan claramente la aspiracion, el vuelo espontáneo de la criatura hácia Dios, su principio y su término.

En el siglo XIII, cuando la fé cristiana habia en fin terminado la lucha contra sus enemigos exteriores, cuando habia formulado sus dogmas de una manera precisa y habia hecho gozar á los pueblos de la Europa de la benéfica influencia de sus doctrinas, entonces vióse aparecer esta bella y grande arquitectura que es sin duda la mayor gloria, el mayor triunfo de toda la edad media. Realmente cristiana en el fondo y en la forma, pues ha depuesto todo cuanto pudiera ser ageno á su sublime fin, todo cuanto los siglos anteriores habian mezclado de pagano y bárbaro, esta arquitectura superior á todas, elevada noblemente sus masas colosales y ligeras á la vez con un atrevimiento, con un gusto admirable, cimentado en el mas profundo conocimiento práctico de las propiedades matemáticas.

En vano intentaríamos describir el efecto misterioso de estas inmensas catedrales, analizar la causa, los arcanos, que han producido esas maravillas. Esto no se razona, pero se siente; penetra al fondo del alma, y quien no ha experimentado ya esas mágicas impresiones, quien no las tiene selladas en su corazon, está destinado á ignorarlas para siempre.

Cuando dejamos nuestras pobres habitaciones donde en medio de zozobras é inquietudes nos hemos forjado tantos falsos goces, tantos quiméricos proyectos, y nos dirigimos hácia el átrio espacioso de la catedral católica, ¿quién al encontrarse de repente en presencia de esos pórticos suntuosos, de esas torres eminentes ededos si-

(1) Lamennais.

lenciosos que nos señalan el cielo» quien no ha sentido inundada su alma por torrentes de santas inspiraciones? Entonces las pompas mezquinas del mundo se desvanecen en nuestra mente como impuros vapores dispersados por vientos salutíferos, y un nuevo fervor, una fe nueva, nos conduce consolados y fortificados á ese asilo siempre abierto desde donde se puede subir hácia Dios en alas de la plegaria!

El interior de estas inmensas catedrales corresponde dignamente á la magnificencia del exterior: grupos de columnas, capiteles, rosetones, estatuas, relieves, umbelas, filigranas, cuadros, todo armonizándose maravillosamente recibe por los pintados vidrios de las ventanas treboladas, olas de tibia y mágica luz que distribuyen sus cambiantes rayos sobre aquel sorprendente conjunto.

Tres grandes periodos se cuentan en la arquitectura gótica. En el siglo XIII es severa é imponente; no debe en manera alguna su existencia al concurso de la escultura; pues esta no aparece allí mas que como lujo, como superabundancia, por decirlo así, y sin ella el efecto estético apenas se veria alterado. Este prudente empleo de la escultura hace que los monumentos del siglo XIII sean tal vez los mas puros, mas característicos y mas armoniosos de la cristiandad. En el siglo XIV ganó en gracia y elegancia lo que perdió en majestad y nobleza; la escultura la presta ya sus magníficos collares de estatuas y doseletes, sus menudas filigranas, sus calados y las caprichosas flores de sus capiteles. Esta profusion de adornos trajo en el siglo XV el olvido casi completo de la armonía matemática; la bella sencillez de las masas, la serenidad de las líneas se fueron perdiendo poco á poco trás el pomposo y desenfrenado follage; y á principios del siglo XVI cuando las formas paganas y robustas del *Renacimiento* vinieron á apoderarse del templo cristiano, la arquitectura gótica, frívola ya y cortesana, tuvo que ceder el recinto sagrado á los ciegos admiradores de la Roma antigua.

Muchos hay que pretenden disminuir el esplendor de la arquitectura ojival insistiendo en el defecto de conclusion y refinamiento de formas, de la estatuaría y ornamentacion de los siglos XIII y XIV: pero estos críticos no podrán menos de confesar que consideradas colectivamente, colocadas tal como lo estan, concurren de un modo admirable al gran fin del arquitecto cristiano, esdecir, á escitar una impresion poderosa, á escitar ese recogimiento exterior prelude natural de la íntima devocion.

En los próximos artículos trataremos de esponer el verdadero é interesante origen de este arte sublime y sus relaciones filosóficas con la religion y la historia política de las sociedades en la edad media: entre tanto terminaremos copiando las palabras siguientes de un esclarecido arquitecto de nuestros dias.

«En la época de la civilizacion griega, en esta edad de adolescencia de la humanidad, el arte ha sabido encontrar casi espontáneamente el irresistible encanto de las gracias y de las bellezas vírgenes. Sin embargo el arte griego no ha podido producir mas que un atractivo poderoso para los sentidos; pues ha hablado poco á la in-

teligencia y mucho menos al corazon. Cuando el arte gentil quiso volar mas allá de su esfera, fué solo para igualar la grandeza y el poder material de los Titanes, ó bien lanzarse en la grave elevacion de la belleza trágica; y la desesperacion ilimitada, Edipo, es la concepcion mas característica de la sublimidad pagana. Es decir, que por una parte vemos al orgullo de los gigantes que procura violentamente y sin poderlo conseguir conquistar la region etérea, y por otro lado encontramos al eterno duelo profundamente sumergido en sombrío é inalterable silencio. Lo que falta pues, al arte pagano, lo que le hace siempre incompleto es esa ausencia total de esperanza; para reemplazarla no conoció mas que la tristeza profunda, desesperada, la belleza trágica en fin. Pero lo que tanto nos place en las obras cristianas es precisamente la antorcha de la esperanza que allí vemos, sostenida por las alas puras y virginales de la fe y de la caridad, aunque no refleje sobre este mundo mas que algunos trémulos y melancólicos rayos de un deseo vago é inquieto, pero benéfico no obstante; es la esperanza, repetimos, manifestada de un modo tan bello en las creaciones de la edad media, es la significacion moral, la aparicion divina, la contemplacion verdadera del imperio celeste. El arte que ha realizado esta belleza elevada é inmaterial es aquel que ha nacido y se ha desarrollado en Occidente.

II.



Término de una aguja gótica.

.....? Quid dicamus junceam proceritatem? Moles illas sublimissimas fabricarum, quasi quibusdam erectis hastilibus contineri et substantie qualitate concavis canalibus excavatas, ut magis ipsas æstivos fuisso transfusas. — (Variorum. — L. VII. c. XV.)

CASADORO.

Ningun punto hay en la historia del arte monumental tan oscuro, y por lo tanto tan cuestionable como el origen de la arquitectura llamada vulgarmente *Gótica*. Las doctas é ingeniosas hipótesis suscitadas hasta el día, las mas tenaces investigaciones arqueológicas, ora hechas sin otro interés que el de la ciencia, ora movidas y alentadas por el espíritu nacional de los sábios de todos los países que han pretendido vindicar cada cual en honra de su patria la creacion de ese bello arte, nada han podido asentar que sea sólido y absoluto; nada siquiera que alcance á levantar ese velo denso que envuelve su misteriosa cuna. Diríase que la divina Providencia no ha querido permitir que ningún hombre, que ningún pueblo, pueda prohibir un sistema de construc-

cion que apareció formado y radiante casi al mismo tiempo en Siria y en Inglaterra, en Grecia y en España, un sistema, en fin, que es verdaderamente católico, es decir, universal.

Entre la multitud de arqueólogos, historiadores, artistas y literatos que se han ocupado de esta cuestión, apenas se encuentran dos que dejen ver una concordancia satisfactoria (1). Hay escritores que relegan á la India (2), á la Etiopía (3) y al Egipto (4) el origen y uso de los arcos y bóvedas ojivales; los hay que se deciden en favor de los Pelasgos (5) y de los Griegos (6); otros toman partido por los Romanos (7) y otros mil reconocen por verdaderos y primitivos autores, ya á los Godos (8), ya á los Sajones (9), á los Lombardos (10), á los Normandos (11), á los Alemanes (12), á los Ingleses del siglo XI (13), á los Franceses del siglo XII (14).

Pero la opinion que hasta aquí ha tenido mas crédito, debido sin duda á su carácter interesante y novelesco, es la que atribuye esta invencion á los Arabes, asentando la importacion que debieron hacer á Europa los Cruzados á su vuelta de la Tierra Santa (15).

(1) Citaremos solamente á aquellos cuya autoridad es mas célebre y mas respetada.

(2) *JH. DANIELS'* (*Antiquities of India*) *BOID.* (*An analysis of the principal styles of architecture.*)

(3) *HOSKINS* (*Travels in Ethiopia.*)

(4) *E. LEWIS* (*Antiquities of Ireland.*)

(5) *E. DODWELL* (*Views and descriptions of Cyclopians and Pelagic remains in Greece and Italy.*)

(6) *BATISSIER* (*Musée d'archéologie.*)

(7) *J. WHITAKER.* (*The Cathedral of Cornouailles.*) La ojiva, dice, fué empleada por los romanos del tiempo de Trajano.

(8) *VASARI.* (*Vida de los Pintores*) dice, « *questa maniera fu trovata da' Gotthi* »—*H. WATTON.* (*Elementos de Arquitectura.* 1624.) *J. EVELYN*—*JH WILSON.*—*JH WARTON.*—*W. WILKINS.*—*G. TIRABOSCHI.*—Este último se funda para creer que los Godos tenían un estilo de arquitectura muy semejante á la llamada gótica en el texto de Casiodoro que nos sirve de epigrafe.

No se sabe por qué habrá recibido tal nombre una arquitectura que se formó, y estendió por la Europa mas de seis siglos despues de haber terminado la existencia política de los Godos.

(9) *J. BENTHAM.*—*J. S. HAWKINS.*

(10) *J. DALLAWAY.*—*R. SMIRKE.*

(11) *V. GODWIN.*—*F. SAYERS.*

(12) *CESAR CESARIANI.* (*En una edición de Vitrubio del año de 1521 dice que la Catedral de Milan está edificada germánico more.*)—*ALBERTO DURERO.* (*Tratado de las medidas etc.* 1525.)—*PALLADIO.* (*Tratado de la Arquitectura.*)—*C. L. STIEGLITZ.* (*Historia de la Arquitectura.*)—También se afirma lo mismo en todos los escritos de *F. KERRICH.*—*G. MOLLER.*—*C. F. DE RUMOUR.*—*G. A. SCHMIDT.*—*F. DE RAUMER.*—*J. C. COSTENOBLE.*—*J. D. FIOBILLO.*—*JH. HOPPE.*—*F. MILLIZIA.*—*F. SCHELEGEL* y *GOETHE.*

(13) *LA SOCIEDAD DE ANTICUARIOS DE LÓNBRES* (*Obra sobre la cathedral de Durham.*)—Véanse también los tratados de *Arqueología* de *F. REHM.*—*G. SAUNDERS.*—*G. MILLERS* (*The Cathedral of Ely.*)—*J. CARTER* (*Architecture of England.*)

(14) *C. D. WHITTINGTON.* (*Ecclesiastic antiquities of France.*) *DAWSON TURNER.* (*Travels in Normandy.*)

(15) *J. STRUTT.*—*ABERDEEN.*—*V. STUCKELEY*—*HALLAM-F. HAGGITT.*—*GALLY KNIGHT* (*An architectural tour in Normandy.*)

Casi todos los juicios de los escritores que acabamos de mencionar han sido generalmente combatidos; además ellos mismos se destruyen mutuamente, ó por lo menos se oscurecen y desacreditan; por lo tanto nos limitaremos á demostrar la poca razon en que se funda esa creencia tan esparcida que hace aparecer á la arquitectura ojival como hija mas ó menos bastarda de la arquitectura árabe. Despues pasaremos á establecer las opiniones que nos ha dictado un estudio profundo, una apreciacion imparcial de todas las investigaciones hasta hoy publicadas.

La arquitectura gótica no proviene en manera alguna de los Arabes. Estos no han tenido nunca un sistema ojival que pueda llamarse tal propiamente. Los Musulmanes han empleado la ojiva en sus construcciones como han empleado el arco de cimbra llena, el arco de herradura, el arco elíptico, el de cinco lóbulos, el de crestería, el de medio punto con sesgadura etc. etc., es decir, que habiendo agotado en sus edificios todas las formas, todas las combinaciones geométricas, entre ellas, y como una de tantas, se ha encontrado naturalmente la ojiva, pero se halla siempre por acaso, sin intencion marcada, mezclada con otros arcos, sin formar conjunto razonado, unísono, compacto.

¿Dónde tienen ellos un sistema, cuya matriz haya sido la ojiva, y cuyo total, es decir, la planta, los alzados, cortes, molduras, ornamentacion, etc. hayan sido dictados, engendrados por un sentimiento estético, peculiar y simpático, por motivos de conveniencia, de construccion y de solidez nacidos por las formas ascendentes y atrevidas, como vemos en los monumentos ojivales del Occidente?

Nosotros no podemos concebir que se haga una copia pura y simple de la ojiva sin la imitacion de sus estribos y soportes, de las columnas con sus capiteles y sus basas, sin la imitacion además de las molduras, relieves y decoracion general de los monumentos de Oriente de donde se hubiera tomado dicho arco.

Tampoco podemos concebir por que se empeñan ciertos hombres en atribuir ya sea á la Iglesia, ya á los artistas de la edad media, la idea estravagante de reproducir en los monumentos sagrados, las formas tomadas de los sarracenos y de los paganos; precisamente de aquellos enemigos mas encarnizados de la religion y de la civilizacion cristiana.

Pero dado caso que los partidarios del origen oriental no aspiren mas que á establecer la sola implantacion del arco apuntado, les diremos, que esa forma era muy conocida en Europa mucho antes que los Arabes soñaran en tener arquitectura, y que está muy lejos de pertenecerles. Además de que los arcos y bóvedas ojivales se empleaban desde tiempos muy remotos en la India y en la Etiopía, se encuentran también con mucha frecuencia en las construcciones ciclópeas y primitivas de la Grecia, en la tumba de Atreo en Micenas (1), en los mu-

(1) *BATISSIER.* (*Elements d'Archeologie.*)—*INCLAN VALDES,* piensa con razon que los Cartagineses usaban también el arco apuntado, pues los del puente de Martorell construido por Annibal tienen la mencionada forma.

ros de Tyrintho, y aun la vemos hoy en muchas ciudades de Italia: digalo si no la atrevida puerta de Arpino construida sin duda por los Pelasgos. Por último, diremos que nos ha parecido siempre pueril el discutir seriamente sobre el origen de la ojiva, es decir, si se toma separadamente como simple figura geométrica. Creemos, que el primero que se haya ocupado en el mundo de matemáticas es su verdadero inventor. Claramente se encuentra indicada esta forma en la primera proposición del primer libro de la Geometría de Euclides, proposición que tiene por objeto el enseñar á trazar sobre una línea recta dada un triángulo equilátero.

Los arcos agudos que se hallan en las mezquitas de Ebn Tulum y de Amrú, en el Cayro, carecen completamente de esa elegancia, de esa ligereza con que se distinguen los de los templos góticos. El arco que cuadra mas al carácter de la construcción mahometana es el de herradura, ó el de forma oval; la ojiva aparece siempre allí como bastarda, como exótica.

Se ha hablado mucho de la antigüedad de la arquitectura árabe, pero ciertamente no hay monumento, ni escrito, que atestigüe la existencia de otra fábrica anterior á la Kaaba (1), terminada por el mismo profeta Mahoma, y para cuya reconstrucción tuvieron que apoderarse de una nave que iba cargada de materiales para edificar un templo cristiano, y obligar violentamente á dos arquitectos que iban en ella, uno griego y otro copto, á que dirigiesen los trabajos (2).

Dueños de una gran parte del Asia menor, de la Siria y del Egipto consagraron al culto del islamismo un crecido número de iglesias, todas edificadas en el gusto bizantino, y es certísimo que cuando por primera vez quisieron elevar mezquitas, llamaron en su ayuda á los artistas griegos. Este es un hecho que narran los mas antiguos historiadores árabes, tales como Kadji, Khalifat y Abd Allatif (3). Citaremos aun en nuestro apoyo las juiciosas palabras de Ebn Khaldoun (4), autor del siglo XIV. «Obsérvese, dice, que los pueblos que han llevado una vida errante y donde la civilización no hace mas que empezar, se ven obligados á recurrir á otros países para encontrar personas versadas en la arquitectura. Esto es lo que ha ocurrido en los tiempos del Califa Walid, hijo de Abd-el-Maked, cuando quiso elevar una mezquita en Medina, otra en Jerusalem y otra en Damasco, donde esta última guarda aun el nombre del fundador. Este se vió obligado á enviar á pedir á Constantinopla al Emperador griego (Justiniano II), artífices hábiles en la construcción, y este soberano les mandó en efecto gentes capaces de llenar sus miras.» Hé aquí lo que añade M. Batissier en sus *Elementos de arqueología*. Según Eben-Said, una de las condiciones de la paz ajustada entre el mismo Califa Walid y Justiniano, fué el que este le abasteciera de una cierta cantidad de mosaicos para la decoración de la

mezquita de Damasco. Los dos minaretes de esta última mezquita eran ciertamente tambien de arquitectura bizantina y los Agarenos no hicieron mas alteración que la de añadir balcones circulares. Sabido es cuan grande fué la influencia que ejerció sobre la civilización musulmana la traducción hecha posteriormente á la lengua árabe de los mas célebres tratados helénicos sobre literatura, astronomía, artes, filosofía y medicina.»

El testimonio de los escritores nacionales no permite dudar que es la escuela bizantina la que ha prestado á los Arabes los elementos principales de su sistema arquitectónico. Sin embargo es cierto que debieron tambien inspirarse de los edificios persas contruidos bajo las dinastías de los Arsácidas y de los Sasanidas, ya sea por artistas del país, ya por artistas griegos (1).

Cuando los Musulmanes pasaron á España no sabemos fijamente á que grado de cultura habia llegado el arte en su propio país, pero si es cierto que ellos tenían un arte peculiar, si es cierto que habian hecho grande uso de la ojiva, lo olvidaron completamente. Para edificar la mezquita de Córdoba, Bizancio les envió sus mejores artífices (2), y si se exceptúa la disposición de la planta, es el gusto del Bajo Imperio el que predomina en todo este suntuoso monumento (3). Según puede verse por la detallada descripción que nos ha legado Morales (4), los sistemas de armaduras, el cincelado de las vigas, etc., etc. ofrecen mucha analogía con los de las basílicas latinas.

La arquitectura musulmana ha sido casi siempre parsita. El ajimez que se dice haber tomado la arquitectura gótica, de los Arabes, es tambien bizantino; nunca se vé en las antiguas construcciones de los Mahometanos, y es muy frecuente en las iglesias del Bajo Imperio: díganlo los graciosos ajimeces del templo de Simari, situado en el camino que conduce de Androusa á Maurocordati y los de otros preciosos edificios de la Morea (5).

Muy lejos estamos de pretender como el docto y elocuente historiador Augusto Boulland, negar á los Arabes toda gloria artística, todo pensamiento original y poético en arquitectura (6). Nosotros somos los primeros

(1) E. FLANDRIN (Voyage en Perse.)

(2) (GIRAULT DE PRANGÉY.) Essai sur l'architecture des Arabes et des maures en Espagne, Sicile et Barbarie.)

(3) GAILLABAULT. (Mosquée de Cordoue)

(4) AMBROSIO DE MORALES. (Las antigüedades de España. Crónicas etc.)

(5) A. COCHAUD. (Eglises bizantines.) M. BLOUET. (Expédition scientifique de la MORÉE ordonnée par le gouvernement français.)

(6) Mientras que el estilo de Occidente se desarrollaba en su forma moral como manifestación del sacrificio espiritual y de la moralización de la fuerza, el estilo oriental saliendo de la Meca con Mahoma llevaba consigo la forma cuadrada cuyo tipo era la tierra donde habia sido edificado el monumento primitivo de la Kaaba, y pasando por Constantinopla tomaba allí la nave de cimbra llena que habia hecho elevar en Santa Sophia la fé de Constantino vacilante entre el catolicismo y el arrianismo; luego iba España á fundar y terminar en el siglo VIII la cuadrada

(1) Casa cuadrada.

(2) P. COSTE (Les monuments du Caire.)

(3) ABD-ALLATIF (Relat. del' Egipte traduite par Mr. Silvestre de Sacy.)

(4) EBN. KHALDOUN (Prolegómenos históricos.)

en admirar esos alcázares encantados, esas delicadas y peregrinas mansiones que nos legaron en Andalucía; pero su arquitectura religiosa es ordinariamente fría, solitaria, árida; la abstracción es su principal carácter. Creemos con F. Lamennais que «los pueblos musulmanes no han tenido nunca arquitectura religiosa.» ¿Por qué? Porque su religión, puro deísmo, separa totalmente á Dios de su obra, no le hace conocer ni en sí mismo, ni en sus relaciones con la creación y le deja sumergido en el fondo de las impenetrables tinieblas de su unidad absoluta. Para esa religión el universo no es la expresión del ser infinito, y no correspondiendo con sus dogmas á ninguna noble concepción de las cosas, no tiene en sí por lo tanto ninguna virtud plástica. El templo es arbitrario y vacío, y no procede de la religión: *prolem sine matre creatam*. Por semejante razón sucede que entre los mismos cristianos el protestantismo se ha mostrado tan estéril bajo el punto de vista del arte. Hay lugares de reunión, pero no hay templos, porque no hay santuario donde residiera la fuerza generatriz del templo, la divinidad de donde emana.

En una palabra, los Arabes no pudieron prestar lo

mezquita de Córdoba, compuesta de numerosas naves sostenida por sencillas columnas y coronada de cúpulas: semejante á una selva antigua, precedida de un patio cuyas fuentes ablutorias y cuyo cuadrado de árboles recordaban todos los cultos primitivos de los lugares sagrados naturales. Después de esto el mahometismo no crea nada, absolutamente nada; su ciencia arquitectónica se reduce á multiplicar los recintos cuadrados, la cúpula, la cimbra llena, y sus infinitas filigranas. Si por acaso eleva un minarete al lado de sus mezquitas, lo corona de una cúpula como para detener el vuelo á la voz de sus muezines. Cincela y elabora sus arcadas, sus columnas y sus muros, pero no puede animarlos de ninguna figura humana que haga hablar á la piedra. En el interior en fin ni hay culto, ni altar, ni sacrificio.

Por otra parte ni en África ni en España se hallan bóvedas ojivales anteriores al siglo XIII; lo que domina en el conjunto es el arco redondo mas ó menos elíptico, mas ó menos prolongado ó rebajado, según la voluntad del arquitecto: la ojiva no aparece allí mas que como decoración, como ornato, como una

que no tenían; por lo tanto la arquitectura gótica se elevó independiente de su influencia: y aun pudiéramos asegurar sin temor de engañarnos, que la Alhambra empezada á edificar en el siglo XIII debe no poco al arte cristiano, pues fué justamente la época en que este se extendió por la faz de la Europa. Necesario es recordar que á principios del siglo XIV se hizo en la arquitectura árabe una gran revolución, y que en ese tiempo fué cuando se sustituyeron las delgadas columnas que vemos en Granada á las fuertes y robustas que se empleaban ordinariamente en Jerusalem, en el Cairo, en Africa, en Sicilia y en Córdoba; que en esta época en fin, ganaron mucho en ligereza, en esbeltez y en elegancia.

Si se considera cuanto hemos dicho antes, si se compara la índole diversa de las artes árabe y gótica, si desde la mezquita de Córdoba se pasa á la catedral de Burgos y desde Nuestra Señora de Rheims al Nilómetro de Mequias, por poca penetración, por poco instinto que cualquiera tenga en el arte, reconocerá claramente que *la arquitectura gótica no proviene en manera alguna de los Arabes*.

R. M.

de las muchas formas de calados, pero nunca como construcción. El Alcázar de Sevilla y la Alhambra de Granada, que son los dos monumentos mas bellos de la España mahometana, pueden atestiguarlo. El Alcázar construido por los moros no se empezó hasta el siglo XII, y cuando á mediados del XIII Fernando conquistó á esta ciudad aun no estaba terminado. puesto que la historia dice que Pedro el Cruel y sus sucesores continuaron este monumento en el mismo estilo con que fué comenzado. Así no solamente las ojivas del Alcázar son posteriores á las ojivas católicas, sino que aun es evidente que fueron introducidas allí por artistas cristianos..... Aun diremos mas, el arco piramidal católico no ha sido en manera alguna adoptado por los Agarenos, pues todos los que se ven en la Alhambra y que datan del siglo XIV no son mas que una sesgadura hecha en medio del arco redondo ó elíptico. Todos los que quieran mirar con atención se asegurarán de este hecho.—A BOULLAND. (*Essai sur l'histoire universelle*.)



ica se ele-
udieramos
umbra em-
co al arte
e este se
s recordar
rquitectu-
iempo fué
ue vemos
empleaban
Africa, en
, ganaron
si se coma-
a, si des-
de Burgos
o de Me-
que cual-
te que la
alguna de

nstrucción.
on los dos
eden ates-
mpezó has-
ido recon-
que la his-
uaron este
lo. Así no
ojivas ca-
las allí por
aidal cató-
Agarenos,
an del si-
del arco re-
ención se
l' histoire



BIOGRAFIAS.

PRIMERA.

EL MAESTRO BARTOLOMÉ XIMENEZ PATON.



sembradas algunas especies tocantes á su vida, no sabria-
TOMO I.—OCTUBRE DE 1845.

BARTOLOMÉ XIMENEZ PATON, á quien conocemos tan poco es digno de nuestra memoria por sus estudios, su cru-

dición, sus escritos y su patriotismo. Y á la verdad, que si en las varias obras que publicó no se hallasen

mos de donde se podrian adquirir: estos documentos son de tal especie que bastan para darnos una, aunque sucinta idea de este literato manchego.

Nació Paton en la villa de Almedina, provincia de la Mancha, partido de Villanueva de los Infantes, en 15 de Agosto de 1569, (1). Sus padres fueron Bartolomé Xime-

(1) Segun el libro de bautismo de Almedina que empieza año de 1563 y finaliza en el de 1603, al fól. 103 hay la partida de bautismo siguiente:—En el 15 de Agosto de 1569 bautizó el Bachiller Cristoval Garcia á Bartolomé, hijo de Bartolomé Ximenez, y de Apolonia Hernandez: fueron sus compadres Pedro Sanchez Ornos, etc.—Y al márgen de dicha partida dice: «este fué el M. Bartolomé Ximenez Paton.»

nez y Apolonia Hernandez (1); y no se puede dudar que era de ilustre nacimiento, así por las mas distinguidas familias con quienes estaba enlazada la suya, como porque bastaba se titulase primo hermano de Paton el glorioso Arzobispo Santo Tomás de Villanueva.

Parece sin embargo que cierto mordaz quiso mancillar el ilustre linage de Paton, viviendo él, y se vió obligado á hacer justificacion de los actos positivos y limpieza de su linage ante la justicia de Villanueva de los Infantes: presentando por testigos, entre otros, á Don Diego, y á Don Luis Ballesteros, asegurando este último en su declaracion: «que el Maestro Ximenez Paton era pariente muy cercano de Santo Tomás de Villanueva, Arzobispo de Valencia; y que el que pudiese duda sobre esto ó sobre alguna parte de lo que declaraba, que fuese á su casa, y se lo haria constar por papeles auténticos.

Se puede asegurar tambien que hizo sus primeros estudios en el colegio imperial de Madrid, porque en el libro titulado *Proverbios morales de Alonso Barros*, concordados por Paton, ediciones de Baeza de 1615 y de Lisboa de 1617 se halla la dedicatoria de este dirigida al Rector y maestros de dicho colegio, y los llama padres y maestros suyos, y que quiere volver á su primitivo manantial las luces que ha recibido, etc.

Desde Madrid no sabemos por qué causa iria á seguir sus estudios mayores á Baeza; lo cierto es que esta universidad le llama *estudiante que ha sido suyo*, cuando dispuso se leyese en ella la retórica que habia compuesto, y la presentó peticion para ello (2). El adelantamiento y progresos que hizo en los estudios y humanidades se deja conocer, cuando á los veinte años de edad tenia hechas muchas poesías, comedias, autos y otras obras sueltas, divinas y humanas; y particularmente el libro de las *Victorias del Arbol Sacro*, en que mostró el conocimiento que tenia de la poesía. Así lo declara el elogio que hizo de Paton Don Fernando Ballesteros y Saavedra, capitán de infantería de las milicias de Villanueva de los Infantes, impreso en el libro de los *Proverbios morales*, ediciones de Baeza y de Lisboa ya referidas. Mas oigamos á su amigo Don Fernando que dice así: «Des-» pues (de lo dicho) se aplicó á traducir y comentar » las obras del insigne poeta Horacio, donde con gran » erudicion descubrió la que tenia (mediante la conti-» nua leccion) en la noticia de fábulas, historias, antigué-» dad, propiedad, erudicion seglar y cristiana, filosofia » natural y moral y conocimientos de lengua. Acabada » esta obra (porque no sabe estar un punto ocioso, co-» mo si lo fuera leer cinco lecciones cada un dia) dispuso » la elocuencia española, en que se conoció cuan cientí-» ficamente sabe esta arte, y lo confirmó en *La retórica » latina*..... *La ortografía* aunque de título humilde y no » mucho papel, no es menor testigo de sus cuidados y » estudios. Ordenó *El perfecto predicador*, bien impor-» tante para los que lo quisiesen ser. A nos prometió re-

» copilar todas sus obras en ocho tomos (1), en cuarenta » libros. Y de todos osó decir que no le han costado tan-» to trabajo como el presente (aunque entren los cen-» tones de Falconia Prova)..... Mas á esta (obra) le for-» zamos los que en esta ocasion concurrimos.»

Ya se deja conocer, por lo que espresa aquí Don Fernando Ballesteros y Saavedra, el continuo estudio que tuvo Paton; y no podia menos para adquirir un conocimiento tan general como manifestó en su propio idioma, y en los sábios de Roma y Grecia, en los autores del siglo de oro, y en la filosofia: y con tales estudios no dudó hacer rostro á su escasa suerte; y así se determinó á subsistir de la honrosa ocupacion de preceptor de gramática latina, ejerciéndola cinco años en Alcaraz donde sacó grandes discípulos (2); despues pasó de catadrático de elocuencia á Villanueva de los Infantes, cuya cátedra consta obtenia en 1618, y en donde desempeñó tambien el empleo de correo mayor de dicha Villa; que como por entonces gozaba la casa de Tassis la preeminencia de General correo mayor de estos reinos, por privilegio que concedieron los Reyes Doña Juana y Don Carlos su hijo, en 1517 á Bautista, Mateo y Simon de Tassis, hermanos, Milaneses, y naturales de la ciudad de Cornelio; tenian en arrendamiento todas las estafetas del reino, y le proporcionaria este destino Don Juan de Tassis, Conde de Villamediana, correo mayor de S. M., á cuyo lado (de Paton) adquirió el jóven Tassis la instruccion y buen gusto que manifestó su talento, aunque algo fuerte y vigoroso, efecto de una juventud lozana, así en prosa como en verso (3); y sin embargo de que no hemos podido averiguar esta parte de la vida de nuestro literato, por mas diligencias que hemos hecho, es natural que el discípulo agradecido á la instruccion que debia á tal maestro, le recompensaria con tal destino, que unido á su cátedra de elocuencia, le ayudaria á vivir con tal cual comodidad en medio de su poca fortuna; que bien puede discurrirse seria así, cuando tuvo que aplicarse á semejante ejercicio, y aun á pasar en igual clase á otras partes.

Se casó el Maestro Paton, á lo que se presume, á fines del siglo XVI ó á principios del XVII, con Doña Juana Hervas Monsalve (4); y consta que tuvo, entre otros, un hijo llamado Alonso (5): de otro que dice serlo, llama-

(1) Así lo prometió en una nota puesta á su libro *Mercurius Trimegiatus*, diciendo: «Que dándole Dios vida y fuerzas, imprimiria 8 tomos de comentarios y erudicion, y la historia de la ciudad de Jaen.

(2) Apologia de Paton hecha y dicha en Villanueva de los Infantes por Diego Tornel Mejia, su discípulo.

(3) Véanse sus poesias recogidas por el licenciado Dionisio Hipólito de los Valles, impresas en Barcelona en 1648, y la edicion de Madrid de 1634: y particularmente el soneto á la muerte de D. Rodrigo Calderon.

(4) Murió esta Señora en Almedina en 10 de Noviembre de 1646. Libro de velaciones y defunciones, fól. 17.

(5) Alonso Martinez ó Ximenez Paton casó en 23 de Febrero de 1632 con Doña Maria Mejia, hija de Esteban Gonzalez Paton, y de Doña Elvira Mejia.

(1) Murió Apolonia en Almedina en 8 de Diciembre de 1593. Libro de velaciones y defunciones, fól. 17.

(2) Testimonio dado por Francisco del Molino, secretario de la universidad de Baeza en 8 de Febrero de 1619.

do Felix Paton y Monsalve, se sabe por una dedicatória puesta en el libro de la historia de la antigua ciudad de Jaen, al Ilmo. Señor Don Alonso de la Cueva, primer Marqués de Vedmar, y cardenal de la Santa Iglesia de Roma; pues dice ser hijo del Maestro Bartolomé, así como este libro lo era del mismo y del licenciado Pedro Ordoñez de Ceballos, impreso en 1628.

Nuestro autor unió á una grande erudicion y estudio, una notoria piedad y religion, que manifestó no pocas veces, aun en las cosas mas mínimas. Se sabe por tradicion de padres á hijos en el lugar de Almedina, que un dia viniendo de otro lugar al en que vivia, yéndose á acostar, estando ya medio desnudo, mandó á su muger le ensillasen el caballo, y habiéndolo logrado á puras instancias, salió y volvió á media noche, teniendo suspensa á su casa; y luego se supo habia ido por el rosario que se lo dejó olvidado. Sus escritos respiran un aire de gravedad y compostura, al paso que unos conocimientos no vulgares de lo mejor de la antigüedad, especialmente en la lectura de las santas Escrituras y Padres de la Iglesia. Pero para dar una idea clara y precisa del mérito de Paton, no nos contentaremos con los elogios que le dieron Lope de Vega en su Laurel de Arolo, Don Francisco Sanchez, obispo de Canarias, el licenciado Pedro Ordoñez de Ceballos y otros sábios de aquel tiempo, y del nuestro; presentaremos sus obras, y haciendo una reseña de ellas bastará para que se conozca lo que sabia y habia estudiado.

Nos lamentaremos siempre del grande descuido que han tenido muchas familias, y una de ellas la del Maestro Paton, con los papeles y escritos desus ascendientes, á quien no podian menos de rendir este pequeño tributo de respeto y amor, ya que su escasa suerte confundió sus cenizas entre las sombras del olvido: en semejante caso nos hallamos con las primeras producciones de su pluma: el primer asunto en que la puso fué en el de *Las victorias del Arbol Sacro de la Cruz*, de quien fué muy devoto; pero ni esta composicion, ni varias comedias, autos y otros discursos sueltos que consta escribió, como veremos adelante, han llegado á nuestro poder, por mas diligencias que hemos hecho: de esta clase son:

- 1.º El perfecto predicador, en 1612.
- 2.º Un discurso sobre la langosta.—Baeza 1619.
- 3.º Decente colocacion de la Santa Cruz.—Cuenca 1625.
- 4.º Declaracion magistral de varios epigramas de Marcial.—En 1628.
- 5.º Declaracion preámbula del salmo 118. *Beati immaculati*.—En 1633.
- 6.º Discurso en favor del santo y loable estado de la limpieza.—En Granada 1638.

Tampoco hemos podido ver la traduccion de los epigramas de Marcial, solo sabemos que eran los epigramas 20, lib. 9: el 60, lib. 4: el 27, lib. 10: el 29, lib. 3: y la sátira 6: impreso en Cuenca en 1632, y en Granada en 1633. Nada podemos decir acerca del mérito de esta traduccion; pero segun el conocimiento que tenia en ambas lenguas, el manejo é instruccion de los mejores autores de la antigüedad, y su constante aplica-

cion al estudio, unido al ejercicio de maestro de latinidad, salen por garantes de su bondad.

Y aunque no hay duda que en estos escritos se encerraria mucha erudicion, mucha piedad y sobrada critica, repararemos esta falta mientras que otro mas dichoso halla ó descubre semejantes trabajos, dignos de la luz pública, con los siguientes que hemos visto y leído.

El primero es *Un epitome de la ortografia latina y castellana*, impreso en Baeza por Pedro de la Cuesta en 1614.— Está dedicado al ayuntamiento de Villanueva de los Infantes, cabeza del campo de Montiel y Bailia de Calatrava: en ella le anima á la fábrica del colegio (seria de la Compañia de Jesus) «por que confio, dice, en el autor de todo bien, que ha de ser un seminario de donde salgan grandes sembradores de la divina palabra, ministros de su templo en toda suerte de letras y política cortesana.» En el discurso de esta obra dá á entender su maestria en las dos lenguas, y que sabia manejarlas con tonocimiento. Está añadido al fin de este libro una apologia en defensa de la doctrina del Maestro Paton, como puesta y orada en público en Villanueva de los Infantes por Diego Tornel Mejia, su discípulo y catedrático de humanidades en el colegio de Veas.

El segundo es la obra titulada *Proverbios morales heráclitos de Alonso de Barros, concordados por el maestro Ximenez Paton*, impresa en Baeza por Pedro de la Cuesta año de 1615: dedicada al rector y maestros del colegio imperial de la Compañia de Jesus de la provincia de Madrid. Contiene dos elogios, uno de Don Fernando Ballesteros y Saavedra, capitán de infanteria de las Milicias de Villanueva de los Infantes; y otro del licenciado Don Fernando Ballesteros y Saavedra, vicario y visitador por el Ilmo. Arzobispo de Toledo, de Cazorla y su distrito.

Esta obra, aunque al parecer no tiene un gran mérito, sí se reflexiona el trabajo que le costaria á Paton el sacar de las obras de los Santos Padres, de los oradores y poetas latinos, y otros célebres autores de la antigüedad, así sagrados como profanos, un proverbio correspondiente al que pone Barros en castellano, se notará fácilmente el general conocimiento y lectura que habia hecho de tanta clase de obras selectas, de cuyas fuentes sacó la equivalencia latina á la castellana, lo que debe constituirle uno de los mayores bibliógrafos de su tiempo: Unos cuantos ejemplos bastarán para que se conozca el método que sigue.

BARROS.

Ni es del malo la elocuencia
Mas que una falsa agudeza. } Proverbio—119.

PATON.

Falsitas composita quæ hominem suis erroribus illicet, et per linguas ornamenta laqueos dulces aspergit.... ISIDRO ME SUMMO DONO.

BARROS.

Ni consuelo en senectud
que se iguale al dela ciencia. } Proverbio—118.

PATON.

Quid enim jucundius senectute stipata studis juvenum....? CICER. DE SENECTUTE.

BARROS.

No hay camino de importancia }
sin algun fin señalado. } Proverbio—348.

PATON.

Nullam iter sine exitu... SENEC. Ep. 78.

BARROS.

Ni mas seguro consejo }
que mirar siempre á la fin. } Prov. 1100 último.

PATON.

Finis hominis mente vivere mentis vitæ Deus.... HO-
RAT. LIB. 3. ODA 28.

El tercero que hemos visto y se puede dar una razón de él, es la obra titulada *Mercurius Trimegistus, sire de triplice eloquencia sacra, Española, Romana* impreso en Baeza por Pedro de la Cuesta año de 1621. Está dedicada (1) á Don Juan de Tassis, Conde de Villamediana, correo mayor de España, desde Villanueva de los Infantes *X calendas Junias anno 1618*. Contiene tres libros, á saber: primero *Liber unicus de eloquentia sacra*: en que trata de las partes que constituyen un buen orador sagrado, y los ejemplos que pone, son sacados de la Escritura, de los santos Padres y de los himnos: segundo, *Eloquencia española en Arte*, dirigido á D. Fernando Ballesteros, Capitan de infanteria de las Milicias de Villanueva de los Infantes. Es digno de notar el elogio que hace de la lengua española en el prólogo, y dice entre otras cosas: «Que en las Indias todas que se han ganado, se enseña por arte como la latina.... Que en Roma habia estudios de lengua española, y los nobles procuraban dar á sus hijos ayos españoles, á fin de que se la enseñasen..... Cincuenta y mas años há (es decir á la mitad del siglo XVI) que en Francia se enseñaba por arte en estudios públicos, como consta de un privilegio concedido á Bartolomé Grabio para que entre otros libros que en escuelas se leían, pudiese imprimir un arte para enseñar la lengua española á los franceses,» cuya suma de privilegio la inserta.

Contiene pues este libro bellísimos ejemplos de nuestros mejores poetas, en conformacion de los tropos y figuras que pone, lo que demuestra el estudio que habia hecho de nuestro Parnaso. Síguense unas instituciones de la gramática española ó castellana, aunque el uso tiene ya reformadas muchas reglas que establece, se deja conocer bien lo instruido que se hallaba en la propiedad de la lengua.

El mérito de esta obrita lo dá bien á entender Francisco de Castro en la censura que hizo de la eloquencia española, en virtud de mandato del licenciado Don Fernando Ballesteros y Saavedra, vicario y visitador general de Ciudad-Real y su partido, por el Serenísimo Infante Cardenal de España, en que hace un prolijo análisis de esta obra.

El tercer libro de la *Eloquencia Romana* es una elo-

(1) Es muy greco-pedantesco el título que dá al Conde de Villamediana de harchigramatophoros, con alusion á lo de *Correo mayor*; ni tampoco se le puede perdonar el ridiculo y estrafalario pensamiento de hacer descender la casa de Tassis de los Reyes de Tharsis, aludiendo á lo que dice David. Reges Thars. etc.

quencia latina; y por eso los modelos y muestras, que pone para autorizar sus reglas, son de Horacio, Virgilio, Ovidio, Marcial y demas autores del siglo de Augusto.

Diremos algo de la historia de Jaen. En el año de 1614 dió á luz el licenciado Pedro Ordoñez de Cevallos, natural de dicha ciudad, un libro intitulado *El clérigo agradecido, y viaje del mundo*, y en él ofreció escribir las grandezas de Jaen y sus varones ilustres; y aunque cumplió en cuanto pudo esta promesa, no fué tan completamente que dejase confesar en carta desde Jaen, en 30 de Setiembre de 1616 al Maestro Paton, al tiempo de enviarle los borradores y documentos de esta obra, lo imperfecta que estaba, pidiéndole la pusiese en limpio, corrigiese y continuase dicha historia prometida de *Los doce varones famosos, y maravillas de su patria Juen*, porque su quebrantada salud y sus émulos le impedían cumplir sus deseos, y los de Paton, que le habia escrito desde Villanueva de los Infantes, día de la Asuncion de la madre del Salvador de 1616, animándole á la empresa, añadiéndole: que pues Dios le habia dado talento, caudal y salud, tomase (Paton) esta obra por su cuenta.

En efecto, Paton vió estos papeles, los examinó con cuidado, y considerando era apocar la obra restringiéndola á número determinado; así con licencia de su dueño (estas son sus palabras), quiso tomarla para extenderla en lo que le fuese posible, pues resultaba en mayor nombre de la ciudad y reino, cuya historia escribía. No queremos quitar el mérito de autor original al licenciado Ordoñez, ni oponernos directamente al preciso modo de pensar del licenciado D. José Martínez Mazas, Dean de la Santa Iglesia de Jaen que en la dedicatoria á su libro, titulado *Retrato de la Ciudad de Jaen*, impreso en 1798, dice: «Que no se sabe lo que añadió Paton, ni lo que es legítimamente de Ordoñez; pero que se conoce fácilmente que todo ó lo mas es de este, así por el estilo como por la bondad de su genio, y por su amor á la patria.» mas pudo Paton, dejando el estilo y obra íntegra de Ordoñez, darla otro método y otra forma, suprimiendo algo supérfluo, y aun añadiendo noticias, acomodándose en lo posible al lenguaje de su autor: y para pensar de este modo es bastante fundamento, el asegurar Paton que la tomó esta obra para dilatarla, y esto no lo podia hacer sin aumentar noticias que hubiese recogido, y no llegarían á la de Ordoñez. Sea esto lo que fuere, merece consideracion el concepto que debió nuestro manchego á aquel andaluz, para que tan libremente, y con tan buena voluntad le remitiese sus escritos dejando á su arbitrio el continuar y publicar esta obra, como así lo ejecutó en 1628: y no atinamos el motivo porque se dedicó al Ilustrísimo Señor Don Alonso de la Cueva, primer Marqués de Bedmar, y Cardenal de la Santa Iglesia de Roma, por Felix Paton y Monsalve, que dice ser hijo del maestro Paton.

Otra de las obras de Paton es la que hizo comentando é ilustrando la de Don Hernando de Talavera, primer Arzobispo de Granada; y que dió á luz en 4.º en Baeza en 1638, por Juan de la Cuesta; á la que intituló *Reforma de trajes*: poniendo al final un opusculillo sobre *El buen uso del tabaco*. En ella critica el abuso que

seguía aun por aquel tiempo de los anchos trajes y abultadas caderas, en las mugeres, que ya en 1494, según Talavera, era general en España: trayendo muchos testos de la Sagrada Escritura, y sentencias de los Santos Padres en apoyo de su doctrina.

También es otra de las obras que se conservan de Paton, un *Discurso de los tufos, copetes y calvas*: está impreso en 4.º en Baeza, año de 1629, por Juan de la Cuesta: la dedicatoria es al Príncipe de las eternidades Jesus Nazareno. Al principio hay una carta del Maestro Paton con fecha de Villanueva de los Infantes, á 8 de Enero de 1628, al doctor Don Gutierrez, Marqués de Careaga, Señor de la casa solariega de Careaga, y le dice en ella: «que aunque dicen es mal considerado, porque añadir á lo inventado es fácil (parece que habia escrito este Marqués antes una invectiva contra las guedejas) sin hacerse cargo que nueve años antes, ó mas, habia escrito esta obra, como constará de las censuras y privilegios que presenta, etc.»

Antes de entrar á decir algo del argumento de esta obrita, veamos el concepto que forma Lope de Vega Carpio en una carta que este escribió á Paton, su fecha en Madrid á 5 de Noviembre de 1627, dice así: «Que ha leído este discurso, y es lo mejor que ha escrito y ha visto de su pluma, y le anima á que publique este trabajo, que será lucidísimo entre los muchos estudios con que honra la patria, dá erudicion á sus discípulos, y á mí que me precio tanto de serlo, y que amo á V. como debo.»

Este dictámen de Lope de Vega vale por cuantos elogios pudiéramos darle, y por lo mismo solo añadiremos el principio de la aprobacion que dió á esta obra Don Tomás Tamayo de Vargas, en 12 de Julio de 1628: dice pues: «Que la doctrina de este discurso, que contra la mala introduccion del demasiado cuidado en el cabello de los hombres, ha descrito el Maestro Paton, está tan lejos de contener cosas contra la Fé, que al contrario es provechoso, etc. Con semejantes recomendaciones ya podemos decir algo de este escrito. Es un librito en 8.º mayor, empieza por tratar del origen y principio de la invencion ó abuso de los tufos ó copetes, desde la mas remota antigüedad, entre Griegos y Romanos, con testos de los mas célebres autores de ambas naciones. Se vale de estos mismos, y lo que es mas apreciable de los Santos Padres, concilios y autores eclesiásticos para reprobar el uso de las guedejas y copetes, y despliega aquí su vasta erudicion. Declama sobre la demasiada afeminacion de los hombres, que no solo cuidan de su cabello, en términos que cubren sus facciones, en agravio del divino Autor de la naturaleza, sino que llegan hasta imitar la voz afeminada de las mugeres, y usan de la S por la Z, y la Z por la S: señala alguno de los usos que en aquel tiempo eran mas favoritos, como, v. gr., los bigotes á la Mari-Candado. Cita al concilio Iliberitano que en el cánón 67 mandó espresamente, que «ninguna señora católica tuviese en su casa criados con guedejas, y que á los que las tuviesen se les denegase la co-

munion.»—*Vir comam alere non debet, quum sit imago et gloria Dei.* Que Tertuliano y san Cipriano advierten contra este abuso, porque los que lo hacen quieren corregir á Dios.

En el § XVI se esplica así: «Gastan sus patrimonios (los afeminados y lindos) en estas galas, juegos y deshonestidades, y cuando el Rey N. S. para alquilar soldados extranjeros (por faltar hombres entre sus vasallos, por estar los que tiene convertidos en mugeres en esta manera) pide donativos, y reparte tributos, como es forzoso para la defensa de la Fé católica y sus estados, se ponen á murmurar con sentimientos indignos de hombres hombres, y de fieles fieles.»

Este modo de esplicarse Paton acerca de las costumbres y calamidades de su siglo, puede en algo consolar, y aun contener á ciertos espíritus reformadores y descontentadizos, que no cesan de declamar con demasiada exageracion sobre nuestras modas, pues de lo referido en el párrafo anterior se deduce sin violencia, que tan corrompidas estaban las costumbres del siglo XVII, como las del XVIII y XIX.

Ademas de estas obras, que unas hemos visto, según la razon de ellas dada, y otras no menos interesantes de que solo tenemos noticia, constadió muchas aprobaciones (1) á libros de humanidades que se presentaron, respondió á varias consultas que le hicieron; y su vida fué un continuo trabajo, ya enseñando, ya leyendo ó ya escribiendo: de modo que era incansable en materia de bellas letras, porque como decia su amigo Ballesteros, no sabia estar un punto ocioso.

Hemos recorrido con rapidez la larga série de hechos de Bartolomé Ximenez Paton por hallar muchos vacíos en ellos; y á pesar de las investigaciones y correspondencia tenida con algunos de sus parientes residentes en Almedina, Villanueva de los Infantes y otras partes, nos hallamos con el disgusto de no poder fijar con seguridad el pié en este terreno, ya por lo raras que se han hecho sus obras impresas, ya por la dispersion y ocultacion que han padecido sus escritos inéditos, y ya mas bien por el descuido y abandono que en su misma familia se ha tenido en dar á conocer á un ascendiente suyo, que no menos honor hace á ella que á toda la nacion.

Murió el Maestro Ximenez Paton (pobre como habia vivido) de 71 años en Villanueva de los Infantes el 3 de Abril de 1640: retirándose su viuda Doña Juana Herbas Monsalve al pueblo de Almedina, en donde falleció el 10 de Noviembre de 1646, dejando dos hijos, Alonso y Felix, únicos que existian de su matrimonio con Paton.

BENITO MAESTRE.

(1) En la Utopia de Tomas Moro, traducida del latin por Don Gerónimo Antonio Medinilla y Porres, caballero de la orden de Santiago, caballero de S. M., señor de las Villas de Bocos, Rozas y Remolino, Corregidor y Justicia mayor de la ciudad de Córdoba, se halla una censura de Paton, el que dió testimonio en 22 de Setiembre de 1637, como notario del Santo Oficio de que dicho libro no contenia cosa contraria á la Fé.

SEGUNDA.

FRAY PABLO SARPI.

Sabedores de que el Tribunal Eclesiástico de Madrid, ha prohibido la impresion de la obra intitulada *Historia del Concilio de Trento por Fr. Pablo Sarpi*, nos ha parecido conveniente hacer aquí una ligera reseña de la vida de este autor, y de su Historia del Concilio; sin entremeternos á calificar en ningun sentido la disposicion de la autoridad eclesiástica de esta corte, por no ser de la indole de este periódico.

Fr. Pablo Sarpi nació en Venecia el 14 de Agosto de 1552, de padres de medianos recursos por parte de la fortuna, pero ricos en extremo en religion y virtud. Muerto su padre se encargo de su educacion su tio Ambrosio Morelli, Rector de las religiosas de Santa Ermagora, y maestro de una escuela de Venecia. El temperamento de Sarpi, parecia que verdaderamente estaba formado para la aplicacion. Habiendo nacido con un genio naturalmente pensativo, y un carácter un poco melancólico, nada era capaz de distraerle. Taciturno, enemigo del juego y del placer, de una sobriedad que no daba la mas leve ocasion á la sensualidad, era por temperamento lo que otros solo son por virtud, y su adolescencia se pasó sin que se advirtiese la mas leve travesura de la juventud.

Los primeros elementos de las ciencias no le ocuparon por mucho tiempo; y despues de haber adquirido un vasto conocimiento de las Bellas Letras, se dedicó á la edad de 13 años al estudio de la filosofia, de las matemáticas y al de las lenguas griega y hebrea, sin que tantas materias debilitasen su aplicacion ó retardasen sus progresos.

El 24 de Noviembre de 1566, tomó el hábito en la orden de los Servitas; y en 1568, hizo su profesion tácita en la misma orden; la que renovó solemnemente el 10 de Mayo de 1572. Con motivo del Capítulo general de su orden, el jóven Sarpi entonces de edad de 20 años, se distinguió en él por su talento y su erudicion. Ordenado de sacerdote con dispensa á los 22 años, era tan grande su reputacion de virtud y capacidad, que San Carlos Borromeo, Cardenal y Arzobispo de Milan, le empleó con distincion, y le consultaba con cuidado en todos los casos, en que las dificultades que ocurrian le obligaban á valerse de las luces de los otros. A la edad de 22 años ademas del conocimiento que tenia de Bellas Letras, y de las lenguas latina, griega, hebrea y caldea, era muy hábil en la filosofia, la teologia y el derecho canónico, y tambien en el derecho civil, las matemáticas, en todas las partes de fisica, de la química y de otras muchas cosas; de tal modo, que hablaba de matemáticas con los matemáticos, de astronomía con los astrónomos, de medicina con los médicos, de anatomía con los cirujanos, del conocimiento de los simples y del análisis de los metales

con los químicos; y siempre, no como hombre superficial, sino como un sábio que estaba penetrado del uso de todas estas ciencias.

Pero cuando el padre Sarpi manifestó todo el fondo de su erudicion fué en el ruidoso entredicho que el Papa Pablo V lanzó contra la República de Venecia. Apenas se habia publicado este entredicho, cuando Fr. Pablo Sarpi, como teólogo nombrado por Venecia, se puso en la palestra para defender los derechos que la República le habia encargado. Habiendo visto la consternacion en que el entredicho habia puesto á los espíritus no solamente de los pueblos, sino tambien de muchos senadores, llegó á persuadirse que era su deber como ciudadano, y como teólogo de la República, disipar este terror haciendo un paralelo de la autoridad pontificia con los derechos de los Soberanos en sus estados. Los esfuerzos que hizo Sarpi contra las reclamaciones de la corte de Roma, tuvieron el resultado mas favorable que esperarse pudiera, en beneficio de la República y con disgusto de los Romanos, los cuales vieron que no podian oponerse á las fuerzas de los de Venecia.

Pero Roma no olvidó tan fácilmente á los que el Senado habia empleado en la defensa de su autoridad y de sus derechos; y la reconciliacion no sirvió mas que para ocultar un resentimiento que estalló despues en mas de una ocasion. Treinta y seis eclesiásticos bajo diversos pretextos fueron encarcelados en diferentes ocasiones; otros desterrados, algunos condenados á presidio, y muchos privados de sus beneficios y dignidades. Fr. Pablo, como el mas hábil de todos los que habian escrito en favor de Venecia, fué tambien el que mas espuesto estuvo á los tiros de los Romanos. Escogido por la República por su teólogo, y el alma de todos los consejos que se habian tomado contra Roma, habia sostenido tan poco á gusto del Papa la defensa que se le habia confiado, para que le perdonasen fácilmente lo que se miraba como una suerte de rebellion contra la iglesia.

Mas aunque Sarpi fué comprendido en el convenio que la República hizo con Roma, no podia esta perdonarle los golpes que habia dado á la autoridad del Papa; y algunos fanáticos estaban persuadidos, que era meritorio el deshacerse de un hombre acusado y condenado como herege y revoltoso contra la Iglesia. Esto no debe sorprendernos, cuando hácia este mismo tiempo se publicó un escrito para probar, *que estaba permitido, y aun era meritorio el deshacerse de cualquier manera, de una persona escomulgada por el Papa.*

Una máxima tan homicida y tan contraria al espíritu del Cristianismo no podia dejar de armar el fanatismo de los falsos devotos. Muchas veces advirtieron á Fr. Pa-

blo, que viviese con cuidado, porque se tramaban lazos contra su libertad ó contra su vida. Lo que sucedió después hizo ver claramente que no le avisaban sin conocimiento de causa. Retirándose á su Monasterio la noche del 5 de Octubre de 1607, seis meses después del convenio, se vió atacado por cinco asesinos armados de

puñales, recibiendo de estos malvados hasta quince puñaladas. De los cinco, no hubo mas que tres que le hirieron, pero de un modo tan otroz que todos le dejaron por muerto. Sin embargo por un milagro de la divina Providencia ninguna herida se halló mortal, y escapó por entonces á un peligro tan inminente. Jamás se



ha podido saber de cierto quienes fueron los promotores de este asesinato; pero Sarpi solia decir chanceándose, que esto olia á *puñal romano*.

Por el trato que Fr. Pablo tuvo con los Protestantes, fué acusado de inclinarse á sus ideas, y que mas deseaba los progresos de los reformados que los de los Romanos. Es cierto que Sarpi era partidario de la reforma de los abusos, pero no queria la destruccion del Papazgo. Atacaba ciertas pretensiones; pero no su elevacion: condenaba el deseo escetivo de hacer nuevos dogmas; pero tampoco se veia obligado á mudar de comunión por nuevas opiniones que indiscretamente se erigiesen en artículos de Fé: obedecia sin repugnancia á la autoridad de la Iglesia en todas las cosas pertene-

cientes al rito y á la disciplina; pero deseaba que los superiores fuesen mas fáciles en modificar el rigor de las leyes positivas.

En estas disposiciones pasó el resto de su vida, y se preparó insensiblemente á la muerte, la que se verificó el 14 de Enero de 1623 á los 70 años de su edad, agobiado con el peso de los trabajos, lleno de méritos á los ojos de los que no saben estimar en los hombres mas que aquello que es verdaderamente estimable, esto es, la ciencia, la prudencia y la virtud.

Muchas fueron las obras que nos dejó escritas este célebre sábio del siglo XVI, pero la mas considerable de todas es la *Historia del Concilio de Trento*, que ha merecido la censura de la Iglesia.

No entraremos en el análisis de sus doctrinas; en cuanto á la verdad de los hechos, no pueden tomarse medidas mas justas para asegurarse de ella, que las que tomó Fr. Pablo. Así que se propuso escribir la Historia del Concilio, no ahorró ningun trabajo ni sollicitaciones para consultar todos los monumentos que tenian alguna conexion con él; y su situacion le procuró muchas facilidades sobre este punto. La memoria de este Concilio era todavia muy reciente, y ademas tuvo ocasion de conocer á muchos de los que asistieron á él. Tambien habia contraído una estrecha amistad con Camilo Oliva, secretario del cardenal de Mántua, uno de los presidentes del Concilio bajo Pio VI; asimismo tuvo en su poder el Diario de Cheregat, nuncio de Adriano VI; las actas de la legacion de Contarini en Ratisbona; una parte de las cartas del Cardenal del Monte, primer presidente en el pontificado de Pablo III; las de Vizconti, agente de Pio IV, en Trento; las memorias del Cardenal *da Mula*; los despachos de los Embajadores de Venecia al Concilio; la mayor parte de los Embajadores de Francia que tuvo proporcion de comunicarle Mr. Guillot, y otros amigos suyos, sin contar muchas memorias particulares, de donde pudo sacar los votos de prelados y de los teólogos sobre la mayor parte de las cuestiones que se ventilaron en el Concilio. Por otra parte consultó á los historiadores mas seguros y acreditados, sobre la historia de aquel tiempo, en las cosas que no tenian relacion directa con el Concilio, como *Sleidam*, sobre los asuntos de Alemania, Guicciardin, Adriani, Pablo Jove, y otros muchos sobre las cosas de Italia; Beaucaire, La Popeliniere, De Thou y otros semejantes, sobre las de Francia. En una palabra, jamás dió un paso sin estar bien seguro de sus guias; y si alguna vez se apartó de la verdad, no fué mas que por un accidente comun á todos los que estan obligados á escribir sobre relaciones estrañas, y sin el mas leve designio de alterar la verdad, ni colorar lo falso á los ojos de ninguno.

Segun Mr. Dupuy la narracion de la historia del Concilio por Sarpi es limpia, elegante y agradable, y no se

ven en ella digresiones estrañas y enfadosas. Aquí está mezclada la historia del tiempo, pero con una eleccion y una precision que nada deja ignorar de lo necesario, y que no aparta la atencion por un conjunto de inútiles circunstancias. Todo concurre al objeto del autor. Los sucesos políticos solo se tocan en esta obra en cuanto son necesarios para hacer ver la parte que tuvieron ya en la convocacion, ya en el progreso ó en la conclusion del Concilio. Parece que todo está en ella ligado con tanta naturaleza que sin esta mezcla seria imperfecta la narracion. La erudicion que se nota en este escrito tiene tanto arte, que se vé en él á un hombre perfectamente dueño de todas las materias que trata, sin afectar de hacer parada de sus conocimientos. Siempre encerrado Sarpi exactamente en los límites de historiador, dice bastante para poner á su lector al corriente de las disputas; y mas bien deja presentir lo que piensa que lo que declara. Sin tomar partido entre la gran variedad de pareceres, el autor los espone todos con imparcialidad y solidez; y si hace sentir la vanidad de muchas disputas que se agitaron en el Concilio, mas bien se descubre lo que debe pensarse de ellas en las débiles razones que esponian sus defensores, que en su propio dictámen. Por una juiciosa mezcla de doctrina y de historia, encontró el medio de hacer leer las cosas mas serias y mas graves con gusto, y las menos importantes con utilidad. Creyendo no leer mas que una historia, entrase insensiblemente en las discusiones mas profundas de la teología; y sin pensar mas que en ilustrarse con los sentimientos de los teólogos, se halla uno que piensa y opina como sí mismo, cuando creia que se instruía con las opiniones de los otros.

Su critica no suele ser exacta y en sus doctrinas fuera de desear alguna mayor sumision á los dogmas y prácticas de la Iglesia. Tal es el juicio que literariamente hemos formado de la obra y de su autor, deseando que nuestros lectores no carezcan de noticias acerca del libro que tanto ha llamado la atencion de las personas instruidas de la corte.

VIAJES.

INTRODUCCION.

Los recuerdos de una amistad que nos honra, han sido causa de que lleguemos á poseer una série de interesantes y bien escritas cartas, relativas á un viaje recientemente emprendido por un jóven viajero que despues de haber recorrido durante algunos años gran parte del antiguo y nuevo mundo, se propuso hacer un

año visitar esa inmensa cuenca que entre el Asia y nuestra Europa forma el mar Mediterráneo.

La sincera modestia de nuestro amigo estaria muy lejos de sospechar, al escribir sus cartas desde los diversos puntos de su escursion, que nuestra indiscrecion habia de darlas á la prensa. Dos consideraciones

no despreciables nos han movido á ello: la primera, que siendo el viajero un español, no podria menos de escitar el interés y curiosidad de los lectores del SIGLO PINTORESCO la descripcion *original* de esas hermosas poblaciones de Italia y Grecia, paises clásicos de lo bello y de lo grande, que aunque incesantemente descritos por miles de geógrafos y viajeros, tienen siempre nuevos hechizos que ofrecer al que llega despues de todos: la segunda, que no estando tan generalizados entre nosotros como en otros paises mas tranquilos los viajes de mero recreo é instruccion, esto era contribuir en algun modo á que se despierte la afición á los estudios geográficos entre nuestra juventud estudiosa y la costumbre de los viajes entre las clases acomodadas de nuestra España.

Entre las ciencias fundadas en la observacion y la exactitud de los hechos, es la Geografia la que ha hecho mas progresos en el presente siglo, merced á esa pasion de los viajes que á todos nos devora, efecto necesario de esa actividad incensante que es el carácter de nuestra época y de los adelantos reales de la civilizacion que cunde. Por una parte, comarcas casi desconocidas hasta el dia acaban de ser exploradas, nuevas tierras descubiertas; empezados y completados reconocimientos hidrográficos de la mas trascendental importancia para la navegacion y el comercio; un sin número de puntos del globo determinados astronómicamente; por otra, las ciencias accesorias, tales como la geología, la botánica, la etnografia, la fisica y la historia natural, han adquirido un grado de perfeccion relativa que ha influido poderosamente sobre la ciencia geográfica. Háse acrecentado la suma de los conocimientos, y las nociones de los detalles han sido ilustradas con esa seguridad que llevan consigo los métodos actuales y una larga esperiencia, que en Geografia son los viajes. Tal vez pudiera decirse sin causar estrañeza, que el progreso ha sido tan grande y rápido, que los tratados generales y parciales de Geografia publicados hace veinte años, han quedado bajo todos los conceptos enteramente atrás de los resultados adquiridos en el dominio científico, tanto descriptivo como estadístico. Cuando la humana inteligencia acelera de este modo su marcha, ¿quién es capaz de detenerse en un punto fijo en medio del camino que recorre? El último que llega, como deciamos hace poco, será siempre el mejor recibido, porque este habrá de traer consigo si quiere ofrecer algo á sus contemporáneos, no solo los productos de las escursiones anteriores, sino tambien las que haya podido adquirir él mismo.

Hé aquí la razon por qué despiertan siempre nuestra curiosidad las relaciones de los viajes recientes, aun de los que han llegado á emprenderse sin un objeto determinadamente científico, y por regiones que

por lo cercanas ó frecuentadas, suponemos de antemano enteramente conocidas.

Repetimos por último que no estando destinadas por su autor estas cartas á ver la luz pública, tienen la ventaja de hallarse despojadas de esas enfáticas pretensiones de los viajeros en comision y á sueldo de las *Revistas* extranjeras, y esto es precisamente lo que á nuestros ojos constituye una gran parte de su mérito como relacion de viaje. Deseamos vivamente que nuestros lectores participen de nuestra misma opinion sobre el particular teniendo siempre en cuenta que van á leer la esposicion, sencilla y pintoresca de las impresiones de un viaje á Levante dirigida confidencialmente á un amigo, y nada mas.

A. A. CANUS.

CARTA PRIMERA.

Nápoles, Marzo 1845.

Mi querido Alfredo:

Cumpliendo mi promesa, vengo á escribirte desde la bella y voluptuosa Parthénope. Ayer llegamos á las cinco y media de la mañana, y desde las cuatro estaba yo sobre el puente, para contemplar despacio el Vesuvio. No creo posible un espectáculo mas encantador que el aspecto de esta ciudad cuando se llega á ella por mar. Entonces se descubre á Nápoles colocada en forma de anfiteatro, sobre la pendiente de una montaña, y á la estremidad de una bahía ancha y frondosa, cuya forma es la de una media luna, y cuyas orillas estan embellecidas con las deliciosas poblaciones de *Portici* ó *Torre del Greco*, *l'Anunziata*, con magníficas *Villas* y con amenísimas colinas cubiertas de bosquecillos y viñas. El Vesuvio que eleva por detrás de estos objetos su gigantesca y ahumada frente, completa admirablemente esta mágica perspectiva. La ciudad propiamente dicha no tiene sino una legua de estension del N. al S., media de E. á O., y cerca de tres leguas de circunferencia; pero abraza mas de seis, comprendiendo los arrabales. Aun cuando Nápoles esté considerada como plaza fuerte de primera clase, no tiene ni bastiones ni puertas, ni está realmente defendida sino por algunos fuertes.

Las calles son en general estrechas, pero regulares y empedradas con enormes losas de las lavas del Vesuvio, ó con otras piedras volcánicas; y estan muy bien alumbradas. La calle de Toledo, mucho mas hermosa y regular que la de este nombre en Madrid, y la de *Chiata*, son las dos mas importantes de Nápoles. La primera tiene cerca de media legua de longitud, ancha, recta, bien empedrada y flanqueada de soberbios edificios. Es la que se llama vulgarmente *il Corso* que podriamos traducir nosotros *la carrera*. Todas ó la mayor parte de las ciudades de Italia tienen su corso, siendo en mi opinion los principales, este de que te estoy hablando, el de Roma y el de Milan.

Los carruajes y caballos son aquí los principales objetos de lujo. La forma de los primeros permite á los de á pié ver completamente á las elegantes damas que los

Asia y

ia muy
los di-
discre-
aciones

ocupan; pero como la mayor parte de las calles son estrechas, los coches no pueden circular libremente sino en las de Toledo y Chiaia, que son los paseos favoritos de los napolitanos. La carencia absoluta de aceras hace muy peligroso el tránsito para los viejos y niños, y sobre todo para las personas distraídas como tu amigo. Así que,

constantemente he tenido un cabriolé para hacer mis escursiones. Se puede obtener uno de estos carruajes, muy decente, por tres *carlini* la primera hora, y dos las siguientes. Los tres carlines vienen á ser cinco reales nuestros, pues un duro vale doce carlines.

Las plazas son numerosas, pero pequeñas é irregula-



(Vista de Nápoles.)

res en general. Las dos mas notables son *Largo di Castello*, que tiene su nombre de *Castel Nuovo*, antigua residencia de los Reyes de la dinastía Aragonesa, que está allí cerca. La adornan varias fuentes, entre las cuales se distinguen la *Medina* y la *Gusmana* por cuyos nombres verás que recuerdan nuestras antiguas glorias. La otra es *Largo di Palazzo* que está enfrente del Palacio Real que la cierra por una parte, y por la otra la termina la bellissima basilica de San Francisco de Paula. Este edificio es una excelente imitacion del Panteon Romano, y produciria mucho mas efecto si hubiese sido edificado en una situacion mejor escogida; pero está dominada por los edificios contruidos sobre la columna de *Pirro-Fa-leane* que lo ahogan y le quitan toda su majestad. Sin embargo, el magnífico pórtico semicircular, cuyo centro ocupa la iglesia, decora dignamente esta plaza, que está ademas adornada con dos estatuas ecuestres colosales, de bronce, representando á nuestro Carlos III y á Fernando I de Nápoles.

De las otras no te hablo porque seria nunca acabar,

y porque apenas me queda el tiempo necesario para vestirme y salir á hacer mis escursiones de hoy, de las cuales te haré un ligero bosquejo antes de cerrar esta carta.

Ardia yo en deseos de visitar la tumba del inmortal Virgilio y hácia ella dije á un cochero que guiara. Para llegar allí se pasa por la *Villa reale*, jardin magnífico, y se sigue una bellissima calle, ó por mejor decir un muelle adornado con suntuosos edificios. La tumba del príncipe de los poetas latinos está situada al Oeste de Nápoles, sobre la entrada de la famosa gruta de Pausilipo de que despues te hablaré. La sombrea una pequeña encina, y por mas que busqué el laurel, de que tanto se ha hablado, no encontré ni el menor vestigio. Hay tambien algunos rosales, y como la posicion es muy elevada y se descubre desde ella una gran parte del golfo de Nápoles que con los rayos del sol de mediodia aparece como inflamado, te aseguro que es un punto de vista encantador. Está en una especie de gruta, y en una de sus paredes hay una losa antiquísima con una inscripcion latina tan mal tratada por el tiempo, que me fué imposi-

ble descifrarla. Enfrente, y clavada verticalmente en el suelo, al modo que lo hacen los turcos en sus cementerios; hay una losa de mármol blanco colocada en 1840 por el bibliotecario de la Reina de los franceses con los versos siguientes del mismo Virgilio.

P.
VIRGILIO MARONIS,
MANTUA ME GENUIT, CALABRES RAPUER
TENET NUNC
PARTHENOPE, CECINI PASCUA, RURA, DUCES.
1840.

Y abajo:

«Consacré au prince des poètes Latins. Par J. G. Eichhoff, Bibliothécaire de S. M. la Reine des Français.»

A la derecha de la antigua inscripcion, yace una poética tumba de un jóven viajero Inglés, que quiso ser enterrado allí, con un epitafio muy sentido que tengo el disgusto de no recordar.

Allí hay un anciano inválido pagado por el gobierno para custodiar aquel célebre sepulcro. Yo le di un duro, para recompensarle de la amabilidad con que me había guiado, y él, agradecido, cogió una rosa de las que sombrean la tumba del poeta, y me la presentó como un recuerdo. Es inútil decirte que la conservaré siempre.

Cuando salí de allí, llovía bastante, y mi *Cicerone* me propuso fuésemos á visitar las catacumbas. Estas son unas vastísimas cavernas, cavadas en la roca viva muchos siglos antes de la era cristiana, y que luego sirvieron de asilo á los cristianos del segundo al quinto siglo para celebrar en ellas sus ceremonias religiosas. No se puede recorrer sino una pequeña parte de su vasta estension, y en ella encuentras calles larguísimas y plazas circulares construidas con bastante regularidad, que prueban que mas que un cementerio eran estas vastas cavidades una inmensa ciudad subterránea. En ambos lados de las calles hay tres, cuatro, y á veces cinco órdenes de nichos que contienen los huesos de cien generaciones, y esta vastísima obra de los hombres tiene tres pisos cuya construccion interior es uniforme. Aun se vé en el primero el altar donde celebraban los cristianos, detrás del cual está el sepulcro de San Genaro cuyo cuerpo reposa en la catedral, y la silla de piedra en que se sentaban los Obispos. Consérvase tambien en una de las salas una columna rota con inscripciones Fenicias, Hebreas y Griegas, y algunos trozos de pintura contemporánea de la desgraciada Pompeya.

En otra carta te hablaré de esta ciudad y de Herculano, y sucesivamente lo haré de las encantadoras cercanías de Nápoles, como tambien de sus monumentos mas notables. Adios, tuyo amigo

J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

CARTA II.

Nápoles, Marzo 1845.

Mi querido Alfredo:

Como en mi carta anterior te hablé de la tumba del poeta mantuano, situada sobre la entrada de la gruta de

Pausilipo, hoy te hablaré de ella un poco mas largamente, y haré lo posible por encerrar en los estrechos límites de una carta, la multitud de objetos notables que he visto en mi escursion por esta parte de Nápoles.

Pausilipo, situada al O. de la ciudad, es una montaña célebre cubierta de bellísimas casas de recreo y de jardines que ostentan en todas las estaciones su lujosa verdura. Atraviésala por su base un camino subterráneo que tiene 960 pasos de longitud, 30 pies de anchura y 50 de alto. Esta inmensa caverna está alumbrada por dos grandes claraboyas practicadas en sus dos estremidades, lo que no impide que hácia el centro, aun en los dias mas claros, reine una temerosa oscuridad. Se cree que esta obra gigantesca fué ejecutada para abreviar el camino de Nápoles á Puzzoli, evitando el subir la montaña; pero se ignora el autor de tan vasta empresa.

En lo alto de la montaña descuellos la iglesia de los Servitas, bajo la advocacion de Santa Maria del Parto, que fué fundada por el poeta Sannázaro, cuyas cenizas reposan bajo sus bóvedas en un bello sepulcro de mármol blanco.

Tambien se ven sobre la montaña los restos de los baños de Lúculo, y de un templo de la Fortuna.

Saliendo de la gruta de Pausilipo se encuentra un hermoso camino que vá á Puzzoli; pero los viajeros por lo comun no lo siguen sin hacer frecuentes escursiones á derecha é izquierda, con el objeto de visitar las muchas curiosidades que se encuentran en aquellas cercanías.

Lo primero que se halla á la derecha es el lago de *Agnano*, de forma circular y de una milla de estension. El agua de este lago presenta el raro fenómeno de una continua ebullicion, sin que se perciba ningun calor sensible al tocarla. Muy cerca estan los baños de vapor de San German, llamados vulgarmente *La Stufa di S. Germano*, muy eficaces, segun los médicos, para aliviar las enfermedades crónicas, como la gota, dolores reumáticos, parálisis, etc. En el interior de estos baños, el calor es tan insoportable que apenas pude permanecer algunos segundos. A pocas pulgadas del suelo se eleva un vapor visible, el cual atrayéndolo á la nariz, produce el mismo efecto que si se aspirase un frasco de amoniaco.

Cien pasos poco mas ó menos de estos baños, cerca del lago, y á la falda de la montaña, está la gruta del perro, *Grotta del cane*, así llamada, porque regularmente se escoje un perro para hacer la esperiencia de la accion del vapor sobre la vida animal. Su altura es de 7 á 8 pies, su anchura de 4, y su profundidad de 10. Su piso es arenoso, y un vapor ligero, sensible á la vista y semejante al del carbon, se eleva á unas seis pulgadas del suelo. Atraído á la nariz produce el mismo efecto que el olor del *Champagne*. Cuando yo visité la gruta, tuvieron durante uno ó dos minutos un perro acostado en el suelo; al cabo de algunos segundos, empezó á sufrir violentas convulsiones y á dar horribles alaridos que duraron como un minuto, y luego quedó tendido sin dar la menor señal de vida. Sin embargo, sacado al aire libre, se repuso poco á poco, y todavia estábamos nosotros en la gruta, cuando ya hacia fiestas á algunos viajeros que llegaban de Nápoles.

A dos leguas y media de esta capital, se encuentra Puzzoli (Puteolana de los antiguos). Está situada sobre el golfo llamada *Sinus Puteolanus*, y su nombre latino de *Puteolum* proviene de la multitud de pozos que hizo construir en ella L. Fabio, cuando fué enviado allí por los romanos temerosos de que cayera en poder de Anibal. Contiene muchas antigüedades, pero la mas notable sin duda es el anfiteatro. Le llaman *il Colosséo* y sus dimensiones eran iguales á las del de Roma. La arena es hoy un jardín; pero aun se distinguen los pórticos que servían de entrada, y las cuevas donde se encerraban los animales feroces destinados para los combates. A orillas del golfo de Puzzoli se ven las ruinas de la casa de campo de Ciceron, y tambien se descubren aun algunos restos del famoso puente de Calígula. Hay aun en pie trece gruesas pilastras y muchos arcos. Puzzoli tiene cerca de 11,000 habitantes.

Saliendo de esta ciudad y costeano el golfo, se llega al lugar donde existió el lago *Lucrino*, tan célebre por las ostras verdes que los romanos criaban allí.

Non me Lucrina juverint conchilia.

(Hor. Od. 2.)

El lugar que ocupaba, es hoy día un terreno pantanoso cubierto de juncos.

El lago *Averno* que se encuentra muy cerca de allí, dicen que se comunicaba en otro tiempo con el lago *Lucrino* por medio de un cauce que hizo abrir Agripa, en cuya obra empleó 20,000 esclavos. Es de forma oval y presenta una circunferencia como de legua y media. El aire que se respira en el *Averno* es en el día muy salubre, sus orillas deliciosas, y el pescado que alimenta en sus aguas muy sabroso. Antiguamente al contrario, ni los pájaros podían atravesarle impunemente por sus mefíticas exhalaciones; se hacían sacrificios en sus orillas á los dioses infernales, y en fin debía ser totalmente distinto de lo que es hoy, cuando inspiró á Virgilio la descripción que comienza con estas palabras:

*....Tuta lacu nigro nemorumque
tenebris, etc.*

Al Este del lago, y en la misma ribera se ven los restos de un templo, segun unos de Apolo, y segun otros de Pluton. Yo me inclino á este último parecer, por la circunstancia de estar á orillas del *Averno*.

Sobre la opuesta ribera, al pié de una colina, y en medio de un espeso follaje, se vé la entrada de la famosa gruta de la Sibyla, que segun la opinion vulgar, comunicaba con la gruta cuya entrada estaba en Cumas. La primera entrada se ha estrechado mucho por la caída de las tierras, de modo que es preciso encorvarse para entrar en ella; pero en seguida se eleva la bóveda y puede andarse libremente cerca de 200 pasos. Hoy día se

penetra en el interior de la caverna por una puertecilla abierta en la roca, que dá á una escalera hecha tambien á pico. Esta escalera es espiral y conduce á los baños de la Sibyla. Segun nuestro Cicerone, este lugar es por donde Virgilio hace bajar á Eneas á los infiernos.

Despues de haber salido de tan peligroso camino, fuimos á Baia, ciudad situada á poca distancia del lago Fusaro, en la parte occidental del golfo Puzzoli. Las cercanías de esta ciudad tan célebre en los antiguos tiempos, estan sembradas de ruinas de templos y palacios que atestiguan su pasado esplendor. Aquí fué donde se formó, segun los historiadores, el triunvirato de Octaviano, Lepido y Antonio, tan fecundo en atrocidades, y á cuya ambicion—desmesurada se sacrificaron tantas victimas ilustres, empezando por el inmortal Ciceron.

A la derecha de Baia nos enseñaron unas ruinas á que dan el nombre de sepulcro de Agripina. No se puede penetrar en ellas sino con hachas encendidas, y es menester ir con mucho cuidado por la desigualdad del terreno. Ví algunas inscripciones, que nuestro Cicerone pretendia eran relativas al horrendo atentado de Neron; pero yo no pude leer ninguna.

Desde allí nos fuimos al cabo Myseno, el cual ocupa la punta meridional del golfo de Puzzoli. Desde aquí partió el célebre Plinio para ir á observar la erupcion del Vesuvio donde pereció.

Desde el cabo Myseno volvimos por mar á Nápoles. Esta travesía que es muy agradable, se hace en pocas horas, que parecen aun mas cortas con la graciosa charla de los *ciceroni* y de los barqueros, que dicen con la mayor seriedad del mundo los absurdos mas increíbles. Me acuerdo que á propósito de las minas de la casa de campo de Ciceron que se ven cerca de Puzzoli, uno de estos señores nos dijo que Ciceron antes de llegar á ser senador habia probado á hacer fortuna en muchos oficios. Uno de mis compañeros, caballero ruso muy respetable, se echó á reir, y el guia resentido apeló al testimonio de los barqueros, los cuales afirmaron que el grande hombre habia sido *locandiere* (posadero) y *calzolaio* (zapatero). Despues volviéndose al ruso con tanta insolencia, le dijo con mucha seriedad: «*Signore, per visitare con qualche utilità queste rovine, bisogna é insparare un pochetto la storia Romana.*»

Ya estarás cansado de tan larga carta, y por consiguiente me despido de ti por algunos dias. En mi primera epistola te hablaré de Herculano, Pompeya etc. pues el Vesuvio necesita por sí solo un larguísimo artículo.

A Dios Alfredo.

J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.





EL DIA DE ANIMAS.

¡Oís, hermanos míos?... ¡Oís el doliente sonido de la campana que hiende las pardas nieblas de Noviembre?

Levantaos; cubríos con vuestros vestidos de luto, y por entre los árboles que la inclemencia del otoño ha despojado de su pompa, id á coger la palma de los muertos, la rama de los cipreses. No, no tendreis que fatigar mucho vuestras silenciosas plantas: no hay árbol que mas pronto se distinga de los demas.

Las rosas de mas vivos matices y mas suaves perfumes, las hojas que brotan con mas vigor y lozanía, se marchitan, caen y pasan; pero el ciprés nunca pierde su verdor: élévase mudo y silencioso sobre los árboles, flores y plantas que crecen en torno suyo, y aparece con un sombrío aspecto sobre sus despojos, como la muerte sentada sobre las ruinas: ni uno ni otro se altera, ni uno ni otro caducan, y ambos ven en torno suyo la destrucción y el esterminio. ¡Ah, por eso el ciprés es la diade-

ma, la palma, la sombra, el abrigo, la guirnalda de la muerte!

¡Hermanos míos, vamos á coger el ramo fúnebre de los recuerdos tristes, porque hoy es la fiesta del ciprés, el día de los difuntos!

Marchemos en silencio, guiados tan solamente por el doble funeral de las campanas: la antigua Iglesia ha cubierto su frente de negro crespon: centellean los cirios en el fondo, derramados con profusion sobre los negros paños de la tumba, y en el pavimento de la anchurosa nave, reposa el inmenso catafalco. Catafalco vacío y lleno aun mismo tiempo; lúgubre imagen de todas las muertes unidas en una sola muerte; pirámide donde cada cual tiene que poner una piedra; urna cineraria donde todos sucesivamente vamos á depositar nuestras lágrimas, nuestras plegarias, y nuestra vida un poco mas tarde; tal vez presto, tal vez mañana.... hoy mismo acaso!

Ayer se celebró la fiesta de Todos los Santos; festividad esplendente que une al cielo con la tierra; y hoy se celebra la funcion silenciosa y oscura que une la vida con la muerte. Flores ayer por do quiera, incienso, regocijo y blancos paramentos; y hoy negrura en todas partes, dolor, gemidos y cánticos plañideros: ayer el cielo estremecido nos enviaba sus ángeles, sus cándidas cohortes de bienaventurados, y tiemblan hoy la tierra y las tumbas, rechinan los atahudes, se rasgan las mortajas para dejar salida á los muertos.... ¡y los vivos se estre- mecen!

¡Silencio! ¡silencio!

¿Qué roce se percibe en el aire vagaroso? ¿qué gemido vibrador sale del hondo de la bóveda sombría? ¡Ah! no temais: orad, hermanos míos, orad, y no temais!

¿Habeis adivinado, habeis presentido esa invisible y misteriosa nube que pasa delante vuestros ojos, y se acerca á las torres de filigrana de la antigua catedral? ¿Habeis seguido con el pensamiento el impetuoso arraque de la campana que os llamaba hace un instante?

¿Habeis sentido penetrar sus resonantes ecos en esa morada en que los delitos se espian, en ese calabozo de horror, de tinieblas y de arrepentimiento, y vibrar allí como un signo de salvacion, como la trompeta que ha de anunciar al mundo la resurreccion de la carne?

Y al son de tan divina melodía ¿no habeis visto caer hechas pedazos las cadenas, y abrirse rechinando las puertas de bronce del Purgatorio? ¿Habeis visto á la Esperanza, blandon apagado, estrella caída, la esperanza del perdon, subir á la negra bóveda, romper las tinieblas con un rayo luminoso, y mostrar al ánima cautiva este mundo en que vosotros orais por ella?

Mas ya la sonora campana exhaló su postrimer suspiro.... Vedlas, vedlas allí, veladas silenciosa con lágrimas en los ojos, ved esas pobres cautivas lanzadas por algun tiempo á esa cárcel espitorial. Acuden á la señal estas ánimas dolientes, vírgenes necias, que al llegar ante el esposo sin óleo en su lámpara, vieron las puertas del Señor cerradas por algun tiempo. Ya vienen: vedlas allí!

¡Arrodillaos y orad, hermanos míos, orad con mas fervor que nunca! ya llegan, no para recoger y transportar almas al seno de su Dios; llegan con la frente inclinada, con rostro compungido, siguiendo los pasos de su maestro: y como la espigadera vá buscando la espiga olvidada en el surco, así ellas van á recoger de aquí y de allí en las almas pías de la tierra recuerdos, lágrimas y oraciones.

Acordémonos de ellas. Llorad, llorad, hermanos míos, porque el recuerdo tiene la poderosa virtud de atraer el ángel de las misericordias al lado de esas infelices; porque una lágrima lava sus cándidas vestiduras, cuya inocencia tan solo está manchada de faltas leves, y derrama una gota de óleo en sus lámparas apagadas; porque la oracion

llama por ellas á la puerta cerrada del convite y les hace tomar asiento en los festines del Cordero.

¡Oh! démonos prisa á llorar, á recordarnos de ellas y á orar! ¡Vosotros que sois píos y justos á los ojos del Señor, orad: vosotros, flacos pecadores, vosotros que sois tibios en la oracion, que teneis el alma distraida con delirios mundanales, orad tambien, orad! El óbolo de la viuda del Evangelio vale tanto como el oro del publicano en la urna de las limosnas: el suspiro del pecador vale tanto como los éxtasis y arrobamientos del justo en la urna de las plegarias; porque todos depositan en ella su ofrenda, y aunque el opulento esceda en mucho á los pobres y pecadores de aquí abajo, tal vez el que dió poco, recibirá mucho en el día de la cuenta.

¡Oh! no: el día de los difuntos no es día de tristeza, de amargura, de desolacion y sentimiento: es el día de la union y reconciliacion; es el banquete de familia aderezado para todos y en particular para el hijo pródigo: es la encrucijada de dos caminos, el ángulo del muro de separacion: en ese día llegan á tocarse la vida y la muerte, y orando juntas se cobijan al abrigo de la mano poderosa de Dios.

Esconded vuestro semblante dolorido, no lloreis por la muerte ni por vosotros, hermanos míos. ¿Por ventura, llora la madre cuando torna el hijo ausente á su regazo? ¿llora el hermano si vuelve á encontrar á su perdida hermana, el amigo á su amigo y el esposo á su muger?

No lloreis pues, alegraos, regocijaos mas bien, madre, amigo, hermano y esposo, que habeis quedado aislados en este mundo por la muerte: vuestro hijo, vuestro amigo, vuestra hermana, vuestra esposa torna con vosotros á vivir un solo día: viene á despedirse de vosotros, á decirlos que os esperan.

¡Esperanza! ¡Union! ¡Esperanza!

La brisa fugaz, la campana silenciosa, los blandones que se apagan, todo en este día os clama: esperanza! Sin embargo, es preciso orar, es preciso que cuando el sol se ponga, la pobre espigadera tenga su canastillo de oraciones para presentarlo al Señor en ofrenda, para que con ella pueda pedir recompensa, un lugar, un asiento en la casa de Dios: es menester que ese canastillo se trueque en una corona.

Entonces sí, que llegará el día de la union y de la esperanza: día en que el fuerte preste su apoyo al débil, y el débil pida su amparo al fuerte: día lanzado entre la vida y la muerte como el puente sobre el rio. La iglesia militante, la iglesia purgante y la iglesia triunfante, descenderán, y abrazándose estrechamente llevando entre todas la cruz caminarán enlazadas unas en otras dirigiéndose al empero cielo.

V.

POESÍAS.

EL ARRULLO DE UNA MADRE;

DEDICADO A LA MIA.

Los que al cruzar el transitorio espacio
Que señalan los lindes del vivir,
No sentís por fortuna mustio y lacio
El corazon latir:

Los que gozais en deleitosa calma
Los bienes de la tierna juventud,
Y guardais de pureza llena el alma,
Lejana de inquietud:

Los que veis esta vida sin abrojos
Esmaltada de flores por do quier,
Y sentís resbalar de vuestros ojos
Lágrimas de placer:

Escuchad de una madre los acentos
En su amante y dulcísima cancion;
Escuchad: no se pierda entre los vientos
La voz del corazon:

«Tierno niño gentil, puro amor mio,
De irresistible candoroso imán,
Consoladora perla de rocío
Que alivia los dolores de mi afán.

Angel sin alas, que en mi fiel regazo
Plácido duermes respirando amor,
Y lucho en mi pasión, y... no te abrazo
Por velar tu reposo encantador;

Y solo llego en la serena frente
O en tu tersa mejilla de carmin
Un ósculo á sellar, que el pecho ardiente
¡Ay! no quisiera que tuviese fin;

¿A quién si no es á ti, del alma estrella,
Antorcha de esperanza en mi pasión,
Flor que entre flores sin igual descuella,
Le podré consagrar mi corazon...!

Y ¿quién, desamparada en este suelo,
En que el alma padece tanto mal,
Me podrá consolar en mi desvelo
Si no tu leve risa angelical...?

Nadie, nadie, mi bien...! De mi esperanza
El espléndido faro tú has de ser;
El iris que me anuncie la bonanza;
El colmo de mi orgullo y mi placer.

¡...Si supieras cuán dulce es la ternura
Que te guarda mi pecho con amor
Al ver que asoma la sonrisa pura
En tu sueño tranquilo y seductor...!

Mas ¡ay! que alguna vez tan dulce calma
Triste habrás de ceder por el afán,
Que también á la hermosa esbelta palma
Con sus alas combate el huracán...

Entonces.... cuando en medio de la vida
Suspiros acosado de inquietud,
Al ver para tu mal desvanecida
La paz de la primera juventud;

Ven conmigo á sufrir, y entre mis brazos
Con amor inmortal te estrecharé,
Y así en tan dulces y amorosos lazos
A par de tus pesares lloraré.

Y con un corazon ambos sufriendo
Y agitándose un alma entre los dos,
Las penas lentamente irán muriendo
Con el auxilio que nos preste Dios.

Duerme, niño feliz, duerme gozando
Y mi canto tu sueño arrullará,
Y el céfiro que manso vá girando
Mis acentos de amor te contará.

Sigue, niño gentil, en tu beleño:
Perla en su concha en el tranquilo mar,
Que al despertar de tu divino sueño
Un abrazo sin fin te habré de dar.»

¿Cuando pagamos la inmortal ternura
Del seno maternal consolador,
Si su inmenso cariño es llama pura,
Destello del Señor...?

¿Cuándo á su fé corresponder podremos
Con fuego tan purísimo...? «Jamás!
Por mucho que los hijos le adoremos
Siempre nos quiere mas.»

ANTONIO ARNAO.

LA ROSA Y LA VIOLETA.

A JULIA.

La violeta y la rosa, Julia bella,
Admirarás en Mayo:
Crece una mustia, altiva otra descuella,
del sol al mismo rayo.

La fresca rosa en el vergel florido
Bella y fragante crece:
Ni se cimbreo sobre el tallo erguido
Que orgulloso la mece.

Galanes mil la cercan presurosos,
Y del rosal cortada,
Al pueblo del jardin llevan gozosos
La prenda codiciada.

Luchan, la rosa cada cual elige
Para sí con empeño;
Y el mas diestro ó dichoso al fin se se erige
En su absoluto dueño.

Y en su hermosa pensando, altivo, ufano,
La busca diligente,
Para con tierna, enamorada mano,
Colocarla en su frente.

Ya entre el cabello de la dama brilla,
Y envidia es no tenella,
Que en el paseo y bailes de la villa
La hace la flor mas bella.

Y aunque al furor del tiempo se deshoje
Su capullo deshecho,
La hermosa, hoja tras hoja la recoje,
Guardándola en su pecho.

Despues en polvo convertida sale,
Sale, y preciosa prenda,
Que en recuerdos de amor tesoros vale,
Sirve á su altar de ofrenda.

Y aun fuera del jardin, la flor hermosa;
Marchita, polvo, nada,
Eterna dura en la ilusion dichosa
Del alma enamorada.

Junto á la rosa en el vergel florido
Triste violeta crece,

Que ni desuella sobre el ramo erguido
Ni orgullosa se mece.

Ni amantes mil la cercan presurosos,
Ni del tallo cortado,
Al pueblo del jardin llevan gozosos
La violeta morada.

No escita á amor la tímida viola,
Solo á tristeza escita;
Oculta flor, entre las flores sola,
Desde el nacer marchita.

Ningun amante afortunado anhela
Regalarla á su dueño,
Tan solo el triste á quien dolor desvela
La busca con empeño.

Ni en fiesta ó baile el seductor encanto
De la hermosa acompaña,
Mustia, ignorada, del doliente el llanto
Solitario la baña.

Cuando al furor del tiempo se deshoja
Su capullo deshecho,
No hay quien hoja tras hoja la recoja,
Guardándola en su pecho.

Asida muere al sitio donde nace,
Por siempre polvo, nada,
Que no en recuerdos del amor renace
Cual la rosa encarnada.

Mira Julia la rosa y la violeta
Cuan distintas florecen;
De nuestra vida en la corriente inquieta
Dos símbolos ofrecen.

Busca la rosa y su belleza admira
Y adórnate con ella,
Amor y aplauso cual la rosa inspira
Que en el jardin descuella.

No la violeta anheles: sus colores
Nuncios son de pesares;
Nunca guirnalda coronó de amores
Ni adornó sus altares.

Al emprender los rumbos que la vida
Ante tu vista ofrece.

Por ser feliz, á la violeta olvida,
Cual la rosa florece.

El mundo sonrosado ante tus ojos
Magnífico girando,

Su áspera copia de pesar y enojos

A tu vista ahuyentando;

Por siempre, Julia, libre la frescura
De tu sien, de tristeza,

Dando á tu vida de eternal ventura
Espléndida riqueza.

JOSE DE GRIJALBA.

IMPRESIONES DE VIAJE.

«¡¡Yo he viajado mucho!!!»

«La historia de mis viajes tiene estaciones como la pasión de Nuestro Señor y como los caminos de hierro. Estas estaciones corresponden á otras tantas impresiones, que recibí en el tiempo de mi vida viandante.»

«Debo advertir que una parte de mis viajes los he hecho contra mi voluntad.»

«Sentados estos preliminares, comienzo:»

«La primera impresion que recibí.... Era un día caluroso de Agosto: ya he dicho que me hacian viajar á la fuerza; pero esto en vez de dañar á la narracion de mis viajes, le es favorable: pues claro está que si á la fuerza viajaba, fuertes habian de ser mis impresiones.... La primera en efecto, fué un tremendo vapuleo que me administraron con el objeto de dar á mi cuerpo cierta agilidad que le faltaba. No hay un remedio como este para volver la agilidad á los miembros entumecidos y para dar á todo el cuerpo una flexibilidad á la vez graciosa y saludable. Está probado ademas que este remedio, principalmente cuando vá acompañado de algunos dias de abstinencia, abre las ganas de comer.»

«Así, mi segunda impresion fué una hambre horrosa, que se prolongó todo el tiempo suficiente para poder saborearla á mi placer. Esta impresion fué la que mas se imprimió en mí, y hasta mucho tiempo despues no desaparecieron sus huellas. Sin embargo, es indudable que el hambre aguza el ingenio, y si no fuera porque yo estaba pensando en otra cosa, y no eché de ver aquella ocasion, que tan propicia se me presentaba para cultivarle, habria salido el hombre mas ingenioso del universo.»

«Mi tercera impresion fué un terrible aguacero, que humedeció convenientemente mi piel, ya bastante reseca, y la dispuso para nuevas fatigas. Verdad es que el placer que recibí era demasiado fuerte; pero sabidas son las ventajas del método hidropático en la curacion de todas las enfermedades, y creo que si yo tenia entonces alguna enfermedad, de lo cual no estoy muy cierto, desapareció por efecto de la eficacia de aquel método.»

Aquí llegaba yo en la relacion de mi vida aventurera, cuando entró en mi cuarto un amigo.

—¿Qué haces?

—Escribir.

TOMO I.—OCTUBRE DE 1845.

—¿Qué escribes?

—Impresiones de viaje.

—¿Por qué pais has viajado?

—Por España primero; despues por Francia, Italia y Alemania.

—Veamos qué descripcion haces de los puntos pintorescos de nuestro bello pais, de las costumbres de sus habitantes, de sus artes é industria. Supongo que en esa obra se hallarán consideraciones profundas acerca de todos estos puntos; que rectificarás los errores en que han incurrido los extranjeros al hablar de nuestra España; que presentarás tal como es en sí el carácter de nuestros pueblos. Ante todo, habrás hecho un estudio sério y minucioso de los paises que vés á describir. ¿Cuánto tiempo has estado en cada uno de ellos? ¿has consultado su historia? ¿qué autores has leído?

—¿Estás loco? Para publicar mis impresiones ¿necesito yo nada de eso? Si fuera para escribir algunas *cartas sobre España*, ó sobre cualquier otro pais... y aun entonces con haber viajado ocho dias en silla de posta me bastaba. Yo me he propuesto dar noticia al público de las impresiones que he recibido en mis viajes, y esto es mucho mas interesante para él que saber la insulsa historia de un pueblo, ó las bárbaras costumbres de sus habitantes, que leer empalagosas consideraciones sobre la industria, el comercio, las artes ó la agricultura. ¿Has visto tú en nuestra época algun escrito sobre impresiones de viaje que hable de ninguna de estas cosas, que en verdad para nada se necesitan, y que por otra parte no llaman la atencion de nadie? Ademas si yo hubiera pasado mi vida revolviendo mamotretos, leyendo historias, examinando costumbres y residiendo constantemente en un pais, ¿cómo habia de haber viajado tanto en poco tiempo? Verdad es que antes se necesitaba todo cuanto has dicho y algo mas para escribir sobre viajes; pero ahora es muy distinto, y en este punto no negarás que la sociedad actual ha adelantado considerablemente. Nosotros, que como sabes somos la nacion mas atrasada del Orbe; nosotros, á quienes separa del Africa una distancia moral muchísimo mas pequeña que la distancia material; nosotros que tenemos que tomar nuestras ideas de la civilizada y civilizadora Francia; de esa nacion cuyos grandes hombres, compadecidos de nuestro pais, se han propuesto desde hace al-

gun tiempo domesticarnos; nosotros mismos en punto á publicaciones de viajes, si no vamos á la par con nuestros vecinos, porque esto es imposible, les seguimos muy de cerca: y con su ejemplo nos vamos convenciendo de que para escribir de un país no se necesita ni saber su lengua, ni haber residido en él mas de ocho días, ni haber estudiado su historia, ni haber examinado sus costumbres. Si me apuras dentro de poco, tanto es lo que en este punto se ha adelantado, que para escribir de un país no se necesitará siquiera haberle visitado.

Por otra parte yo no hago sino dar cuenta de lo que mas me ha impresionado y acompañarlo con algunas consideraciones muy sencillas. Por ejemplo: me dan un día de palos; refiero la impresion que me causaron, y como despues tuve hambre, saco por consecuencia que los palos son el remedio mas eficaz para abrir el apetito. Aquí no puede haber error ni malicia; así se escriben todas las obras de viajes, y yo no sé por qué te admiras de esto. Otro ejemplo: al hablar del hambre horrorosa que tuve, que es la segunda de mis impresiones, hago notar que el hambre aguja el ingenio, lo cual es evidente; ¿pues bien? no seria una consideracion profunda y un descubrimiento pasmoso advertir que puesto que los palos abren el apetito y el apetito no satisfecho aguja el ingenio, y puesto que estas impresiones las he experimentado en España, para hacer que un español sea ingenioso no hay mas que aplicarle unas cuantas tandas de garrotazos? ¿Qué consecuencia mas lógica que esta? ¿No vale mas este maravilloso descubrimiento hecho por mí; no vale mas este método nuevo de hacer á los españoles ingeniosos, producto de mis observaciones, y resultado de las impresiones que recibí en mis viajes, sin prévio estudio, sin consultar autores y sin quebrarme los cascos, que todas esas sutilezas, propias solo para mostrar una erudicion, que ya no es de moda y que para nada sirve? Y sobre todo, ¿no son así mis observaciones mas seguras y menos espuestas á errores, que esas obras magnas, en que despues de mucho estudiar y mucho romperse la cabeza, y quemarse las cejas, se vienen á decir mil disparates? ¿Quieres ejemplos de obras escritas, ya por extranjeros, ya por nacionales por el mismo estilo en que yo he empezado la mia? Vuelve los ojos á esa Francia, modelo nuestro en todas las cosas, mira á uno de sus grandes escritores, al célebre historiador Mr. Thiers, que despues de haber estado tres dias en Madrid, y seis ó siete en las provincias, inspira á su secretario unas *Cartas sobre España*, que no hay mas que pedir; repara esas profundas observaciones que hace Mr. de Walewski sobre la destreza de los cocheros españoles; advierte de cuán ingenioso modo te dá á entender que cuanto mas te acerques á Madrid viniendo del Pirineo, mas te alejas de París, cuestion difícilísima y que todavia estaba por resolver hasta la venida de Mr. Walewski; con-

sidera como al mismo tiempo que descubre la solucion de este intrincado problema, nos dá una leccion de modestia diciendo que cuanto mas se acercaba á nuestra corte mas se iba alejando de la civilizacion; admira esa bella pintura de nuestros aldeanos, que no montan sino en asnos para pasar de un pueblo á otro; y quédate estasiado ante el hermoso cuadro que presenta de los usos á que estan destinados los asnos en España. ¡Oh! ¡y qué série de consideraciones filosóficas podrian hacerse sobre tan impertinente materia, aplicable á este país donde tanto abundan los asnos, no menos que á la Francia donde tampoco faltan!

Examina los escritos de otros viajeros franceses; mira esos grandes artículos que se titulan *Estudios sobre la Alemania*, *Estudios sobre la Polonia etc.*; ¿crees tú que todos son estudios? Regla general, los que lo son no gustan, y los que gustan no lo son; desengáñate, el estudio no gusta mas que á cierta clase de gente, y aunque te parezca paradoja, diré que así como hay algunos que se ponen á estudiar por escribir, hay muchos que se ponen á escribir por no estudiar: yo estoy por estos últimos; y en efecto, ¿cuán preferibles á los artículos de viajes que revelan estudio son los que no revelan ninguno! Al menos en estos encuentras cosas que empeñan el ánimo, que embelesan. Si te hablan de las funciones de Stolzenfelds te dan cuenta de si el balcon á que se asomó la Reina de Inglaterra era alto ó bajo, y te hacen notar otras muchas cosas tan interesantes como estas, y que no encontrarías seguramente en las obras serias y empalagosas de esos autores que, cegados con el polvo de las bibliotecas, no tienen ojos para ver bellezas de otra especie. ¿Buscas en esos artículos un cuadro de costumbres? Verás como te dicen que todos los alemanes fuman en pipa, y que las mugeres de aquel país sin escepcion ninguna gastan enormes cofias; verás como comparan la grosería de los prusianos con la esquisita elegancia de los franceses; verás como te esplican el método de cazar los gamos en la corte de Gotha.

Si de autores extranjeros pasamos á autores españoles, hallarás seguido puntualmente, aunque en menor escala, el mismo ejemplo. Echemos mano del primer tipo que se nos ocurra.....

—Adios, me dijo mi amigo; tengo prisa y no puedo escucharte mas.

Y salió de mi cuarto sin esperar respuesta, poco convencido de cuanto le habia dicho, porque mi amigo es uno de esos hombres graves y reflexivos, que no comprenden las necesidades actuales de la civilizacion.

Y yo me quedé con el propósito firme de proseguir en otra ocasion las memorias de mi viaje, que formarán sin duda una de las obras mas divertidas y de mayor entretenimiento que hayan visto jamás mis lectores.

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.



(Alegoría del mes de Octubre.)

REVISTA DEL MES DE OCTUBRE.

Hé aquí un mes personificado en un guapo mozo, robusto, fornido y alegre como si siempre estuviese saboreando el dulce nectar que se desprende de sus racimos: un mes que no dejará de atraerse las simpatías de nuestros lectores, y de nuestras lectoras sobre todo; pues según consta en los archivos del SIGLO PINTORESCO, las hay muchas, muy amables, y lindísimas á maravilla! Nuestro Señor aumente la cosecha. Hé aquí un mes hombre de bien á carta cabal; de aquellos que *dan* sin ofrecer, en compensación sin duda de los que *ofrecen* para no *dar*: un mes que no se anda en floreos, ni nos tributa por toda ofrenda rosas con espinas, insípidas amapolas y violetas mogigatas, que parecen las novicias de las flores. Este es un mes gastrónomo que está por lo positivo, por lo que se masca, y sobre todo por lo que se bebe: este mes por lo tanto, es el símbolo de un siglo materialista, sin embargo de lo mucho que tiene de espiritual, porque en él se engendran las bebidas espirituosas.

El horóscopo predice al hombre en este mes un *genio pronto é inconstante; que prometerá una cosa y hará*

otra: con las mugeres no reza, porque ellas tienen este horóscopo todos los días del año, y no pueden nacer en momento alguno que se libren de este signo fatal de la inconstancia, que ataca principalmente á las bonitas y á las feas. *Los hombres que nazcan en este mes*, prosiguen los astrólogos, *difícilmente llegarán á casarse* (aviso á las solteras): *tendrán buenas facciones, mejillas encarnadas, el pecho ancho, y el cuerpo gracioso...* ¡Qué diantres! ¿y estos Apolos de Belvedere son los que nacen predestinados al celibatismo? Es una fatalidad, pero fatalidad muy antigua. Sábese allá, desde los remotos tiempos de la Fábula, que los Vulcanos cojos y feos se casaban únicamente, mientras los Adonis vivían solterones toda su vida. Pudiéramos deducir de aquí reflexiones filosóficas sobre el destino del hombre feo que se casa; pero esto seguramente nos distraería de nuestro propósito.

¿Dónde hay ni puede haber un templo y un altar mas digno de este mes de frutas y frutos, que en la calle de Alcalá de Madrid, en la cual de dos á cinco de la tarde se pasa por la *Feria* tanta fruta nueva de quince á veinte

abril, que como las ollas de *Camacho* parece que estan diciendo á los hambrientos *Sanchos* que las contemplamos, *comedme, comedme?* ¡Qué magníficos y sabrosos melocotones de Aragon de media libra cada uno se elevan piramidalmente en sendos canastos de la misma tierra! ¡y qué soberbias y sustanciosas niñas andaluzas que despiden dardos de sus negros ojos, un tanto velados entre riquísimos encages, para templar sin duda sus fuegos homicidas!

En el ancha acera de la venturosa calle que tantos tesoros encierra, se reunen diariamente los elegantes de la corte. El concurso se aumenta de dia en dia: las diligencias, las malas-postas, los carruages particulares descargan desde Baden, Bagnères de Bigorre, Brighton y Carabanchel de abajo, turbas inmensas de elegantes que habrán pasado un mes en los mas remotos climas estrangeros, ó en los alrededores de Madrid, y entran preguntando cómo se llama el pan de esta tierra. Despues de tres horas de tocador salen á pasearse por las *ferias* con un frac, ó por mejor decir, con un escrúpulo de frac, que apenas les cubre lo que la decencia manda llevar muy bien tapado, y al ver los inmensos faldones de nuestros respetables fraques del mes pasado, apartan su lente con el que han tenido la insolencia de mirarnos dos veces de arriba abajo, y con cierta sonrisa desdenosa y marcado acento estrangero suelen esclamar: «¿qué atrasados son los españoles en este pais!» Madrid, en fin, ha vuelto á entrar en Madrid despues de una emigracion indispensable de dos ó tres meses; no es persona decente quien no ha salido á recibir una insolacion por esos campos de Dios, donde ha hecho un sol de justicia capaz de achicharrar al mas duro de mollera; á vivir mal en casas miserables, donde no se encuentra un sofá, un mal sillón para reposar, y donde hay que dar gracias á Dios si se conquista una mala cama, con los indispensables huéspedes que á media noche salen por batallones á cebarse en la sangre de tus venas.

Otro de los puntos de reunion en la temporada de *ferias* es la exposicion de pinturas, acto solemne que bien merecia un lugar aparte en una publicacion pintoresca, pero que, apareciendo este año tan pobre y tan mezquino, ha sido condenado á perecer en nuestras manos. ¡Manos por cierto dignas de tan menguada exposicion! La gente sin embargo, acude á ella como si fuese buena, bien es verdad, que aunque no vayan mas que las familias de las personas que estan retratadas, habria con que llenar aquellos espaciosos salones. No corrian otro riesgo que el de no conocerse; inconveniente á la verdad de no gran peso en un retrato. Máxima era de los antiguos filósofos que la ciencia mas difícil de todas es la de conocerse á sí propio: ¡cuánto mas difícil será sin embargo conocerse en un mal retrato! A dos interesados vimos nosotros disputarse con encarnizamiento cual era cual, y si el uno no fuese barbilampión, mientras el otro gastaba una barba venerable, aun no habrian terminado á estas fechas sus funestas disensiones.

El cuadro histórico mas notable que se ha presentado en la exposicion de este año, es el del Señor *Clavé*, pintado en Roma, y que representa á Doña Isabel la Católica en el Monasterio de Avila, rehusando la oferta de la co-

rona: el carácter de la época se halla muy bien espresado en este cuadro; el dibujo es correctísimo, y en los semblantes de los personajes se deja ver aquella candidez, aquella bondad de corazón, efecto del espíritu religioso que entonces predominaba. Los retratos que ha presentado *D. Federico de Madrazo*, principalmente los de sus tres hijos en medio de un jardín, son de todo punto admirables: al contemplar este último cuadro cree uno hallarse en las regiones mas ideales. El inteligente efecto de la composicion, la espresion mas vigorosa, no impiden el que se ostente al mismo tiempo la mas armoniosa vaguedad de las tintas. El Señor *Villaamil* se ha dignado esponer este año un paisaje sumamente bello y de la mas fina y pastosa ejecucion, y si de algun defecto pudiera tacharse, es tal vez de la demasiada frescura del colorido, mucho mas trasparente y nacarado, que el de la mas delicada naturaleza. Si á lo ya dicho se añaden dos buenos retratos del Señor *Tejedo*, y tres ó cuatro del Señor *Esquivel* que poseen bastantes bellas dotes, creemos haber indicado las obras que mas han merecido la atencion y los elogios de los curiosos que han visitado las salas de la Academia.

Por lo dicho, ya el público podrá deducir que el movimiento de nuestras bellas artes no es de lo mas agitado y progresivo.

En cambio, los cuerpos *preceptistas* se coligan y reforman á mas no poder. Todos nuestros lectores habrán ya visto en la Gaceta del 30 de Setiembre y en casi todos los periódicos del siguiente dia, los nuevos estatutos que han de regir en adelante á la Academia de nobles artes. Muchos confian de esta regeneracion académica para la mayor prosperidad de las artes, pero nosotros somos en este punto sumamente incrédulos, y nos reservamos para la próxima *Revista* el esponer las razones que tenemos para ello. El dia 15 de Noviembre se celebrará la apertura de los cursos. Hasta entonces pasaremos á otra cosa.

Amaneció por fin el dia 10 de Octubre, dia de tantas esperanzas, de tanta ventura para la nacion española, décimo quinto cumpleaños de nuestra adorada Reina Doña Isabel II; dia en que todas las preces de los buenos españoles se elevan al cielo con un solo fin, con el de que Dios prolongue por largos y venturosos años una existencia tan preciosa, tan indispensable para la dicha de nuestra nacion. Al eco de los cañones cuyas salvas anunciaban en todos los ángulos de la Monarquía una festividad tan solemne, resonaba tambien en las playas de Barcelona la voz de un Vate, que desde las orillas del Pó, del Tiber y del Arno venia á cantar con todo el fuego de la poesia Osianica, con toda la ternura y suavidad del poeta Cesáreo, las glorias de España, y este ambiente tan sutil, tan fulgido, tan puro de nuestro clima, que besando lascivo las flores y las frutas, bebe sus aromas y las esparce por do quier. Al escuchar nosotros estos y otros inspirados acentos del Señor *Temistocle Solera*, autor del Libretto de *I Lombardi*, al escuchar aquellos suavísimos versos italianos en que con tanto entusiasmo saluda á nuestra patria y con tanto fervor nos escita á la union y á la concordia, fuéramos ingratos sino manifestá-

n espresado
en los sem-
a candidez,
tu religioso
presentado
s de sus tres
to admira-
no hallarse
fecto de la
iden el que
vaguez
do esponer
mas fina y
era tachár-
el colorido,
de la mas
dos buenos
ñor Esquí-
haber in-
ncion y los
salas de la

que el mo-
nas agitado

ligan y re-
es habrán
en casi to-
s estatutos
bles artes.
ica para la
somos en
vamos pa-
te tenemos
á la aper-
os á otra

de tantas
española,
Reina Do-
uenos es-
el de que
una exis-
dicha de
ras anun-
festividad
Barcelona
, del Ti-
go de la
del poe-
ente tan
besando
as espar-
ros insu-
ator del
suavisi-
no salu-
ita á la
anifestá-

semos aquí nuestra adhesión al nuevo bardo, cuya lira ha sido conducida por las suaves ondas del Mediterráneo al impulso de los céfiros.

El mismo día 10 de Octubre tuvo la Corte besamanos. Curiosas y divertidas son las escenas que se representan

en semejantes ceremonias, y darian margen á muy interesantes artículos de costumbres, siuviésemos la dicha de saber hacerlos. La multitud apiñada en la plaza del Mediodía de Palacio, percibiendo el eco estrepitoso de incansables músicas de regimientos mezclado con el



ruido desapacible de los carruages, que por una angosta calle de vivientes que parecen hombres, atraviesan henchidos de ridículos uniformes y bizarras damas: los cocheros, lacayos y cazadores, espantosamente vestidos de arlequines con enormes pelucones que reposan bajo las alas de un inmenso sombrero engalonado: los vetustos simones, máquinas tan venerables por su antigüedad, como peligrosas por sus achaques, que contrastan con los

sencillos y rastreros landós llamados del tres por ciento, ¡cuántas reflexiones no deben sugerir á un filósofo de buen humor! Considérese por un momento las personas que descenden de unos y otros carruages. Apéanse de los primeros respetables magistrados, varones eminentes que han perdido la color del rostro con el polvo de los pergaminos, que han consagrado al servicio de la nación su vida entera, y en el último tercio no tienen para

Tomo I.—OCTUBRE DE 1843.

48

mantener una modesta berlina; mientras que de los otros bajan cubiertos de cruces, bandas y llaves doradas personajes, ayer desconocidos, oscuros y pobres que han

sabido improvisarse una fortuna tan poco sólida como elevada.

La magnífica escalera de Palacio suele estar invadida



(Plazuela del Mediodía del Palacio de Madrid en día de besamanos.)

por la parte mas curiosa, mas amable y bonita de la sociedad humana, que con ojos de lince examina la calidad de los mantos de las damas, la anchura de los encages, los quilates de las joyas, y la espresion de la fisonomía; y todo esto, ¡oh portentoso! de un solo golpe, con una sola mirada. Por esta dura revista, que mas bien pudiera llamarse corrida de baquetas, pasan los distinguidos personajes que tienen la dicha de penetrar hasta el *Sancta Sanctorum* del Real Palacio. Desdichado el hombre que merced á campanudas botas de charol y estirados pantalones de *satin*, ha ostentado en los salones una pierna que puede dar envidia á las de Hércules Farnesio. ¡Qué compromisos! Hélas ahí ahora cubiertas con unas simples medias de seda, como tela de cebolla, apareciendo bajo su verdadero punto de vista, como hilos de alambre, ó palillos de tambor. Obsérvese el gesto desdenoso que frunce la niña que contempla á su espiritado amante de cuya robustez se habia formado una idea ¡ay sobrado, sobrado exagerada! Ya la constancia le parecerá ridícula, los requiebros empalagosos; los suspiros, debilidades; y no habrá Prometeo alguno que torne á reanimar aquella estatua de mármol. ¡Maldita invencion la de los calzones en días de besamanos!

Otros acuden allí tan solo por el ansia de merecer

una leve sonrisa, una mirada, un ligero apretón de manos al personaje que atraviesa cubierto de oro de los pies á la cabeza, y que en otros días pudiéramos equivocarle con un lacayo. Si por casualidad estas salutations se repiten por cuatro ó cinco sujetos diferentes, ¡cuál se cantonea entonces el dichoso mortal! ¡cuál yergue la cabeza sobre la multitud, teniéndose por persona de suposicion y de importancia!

Pero apartando la vista de tantas debilidades y flaquezas humanas, entremos tambien nosotros en el magnífico salon de embajadores, asombro de los estrangeros y digno por sus riquezas de la augusta ceremonia que en él se verifica. S. M. se ha presentado este año vestida con extraordinaria magnificencia, y su augusta Madre estrenó un vestido de gala que admiró por su riqueza y buen gusto. El manto era de terciopelo de color de granate, la gasa del corpiño de hilo de oro, y todo cuajado de riquísimas perlas. Jamás se ha visto en Palacio un vestido mas rico. Las damas de la corte se han presentado tambien con mas esplendor que nunca, sobresaliendo por el número y calidad de los brillantes la Señora Condesa de Toreno.

Tres funciones nuevas y originales nos ha dado en este mes la compañía cómica del Teatro del Príncipe: no

son muchas á la verdad, pero nosotros no hemos de tomar la vara de medir para tasar los trabajos de una empresa, y por otra parte á nadie mas que á ella le tiene cuenta no estar ociosa. ¿No lo hace? pues con su pan se lo coma, ó por mejor decir, deje de comer el pan, para que pase al estómago de los cantores italianos de dos empresas rivales de ópera, que dispensan la protección mas decidida á los artistas extranjeros. En esta parte el teatro nacional corre parejas con la pintura nacional, y nuestros aristócratas antiguos y modernos que derraman el oro á la que alza la pierna una cuarta mas que las otras bailarinas, y al do de pecho de una cantatriz, no tienen un cuarto de sobra para pagar un retrato concienzudo, ó un cuadro histórico, fruto de algunos meses de inspiración.

¿Por qué debía haber un solopalco desabonado en el único teatro nacional, digno de este nombre, cuando la compañía cómica apenas puede mejorarse, cuando es notoria la ventaja que en el drama llevamos á los franceses, habiéndonos puesto á su altura en la comedia clásica, desde la aparición de *Un hombre de mundo* de *Don Ventura de la Vega*, primera función de las que se han representado este mes? Pero hacemos mal en openernos á la manía del siglo que nos arrastra hácia todo lo frívolo y superficial: dejemos pues rodar la bola, puesto que nosotros mismos, conformándonos con estas tendencias, acostumbramos á tratar ligeramente cuestiones á veces profundas.

¿Será por ventura una cuestión el mérito de la comedia del Señor *Vega*? de ninguna manera: nosotros, si bien no la colocamos tan alto como han pretendido elevarla sus amigos, tampoco la rebajaremos como sus contrarios: el desempeño de la comedia es admirable, el artificio no puede mejorarse, el interés y la acción caminan simultáneamente en progresión ascendente como la fuerza de gravedad; pero la filosofía de la obra es cuando menos disputable, y el soberbio armazon de tan bello edificio se funda en el deleznable cimiento de una equivocación casi pueril. ¿Será cuestión para nosotros su moralidad? lo es efectivamente: considerada la comedia en nuestro gabinete la encontramos moral, pero si tuviésemos hijas no las llevaríamos al teatro á su representación; si llevásemos algunos años de casados, no tendríamos reparo en que fuese á verla nuestra muger: en suma el todo de la obra es moral; los pormenores pudieran ser un poco menos libres.

El drama de *D. Aureliano Guerra*, titulado *Alonso Cano*, que ocupa el segundo lugar entre los representados este mes es sumamente rico en dotes literarias: los críticos, cuyo mas común ejercicio no es ciertamente la justicia y la caridad, han encontrado en él grandes y numerosos defectos; pero el único considerable que para nosotros tiene es el de no haber sido representado en la época en que se escribió, es decir, hace tres ó cuatro años. Entonces el público no estaba tan gastado, era mas susceptible de entusiasmo; las escenas apasionadas le conmovían; pero hoy el drama de *pasión* ha tenido que ceder su favor y su privanza al drama de *intriga*. Siempre es un progreso. En el drama se habla mucho y con

gran calor, de gloria, de amor, de virtudes pátrias y de otras cosas que hoy se consideran *pura ilusión, música celestial*. El autor parece tener fé en todas estas bagatelas, y es sabido que no hay cosa que menos escite las simpatías del escéptico que un celoso creyente: por lo tanto, ciertas personas que se tienen por graves, opinan que este drama ha pasado de *moda*. Una de las cosas sobre que mas se ha cebado la crítica, es sobre la maldad de algunos personajes del drama. Nosotros sin embargo, que no somos tan timoratos y que no nos hemos espantado nunca de la crueldad escénica, creemos que no habria cosa mas fastidiosa que un drama donde todos los personajes fuesen virtuosos. Las obras teatrales son como las buenas pinturas, que una de sus principales bellezas es la fuerza, el vigor del claro-oscuro. Si en el fondo sombrío del cuadro dramático no se ostentára la maldad con todo su terrible aspecto, ¿cómo podría destacarse sobre este fondo la blanca y pura imagen de la virtud? Nunca parece tan bella la inocencia y la bondad como cuando se hallan perseguidas, y cuando saben arrostrar con frente serena el encono de sus enemigos.

Para nosotros, que no veremos nunca las obras literarias como objetos de moda; para nosotros que juzgamos la belleza moral, inalterable, el drama del Señor *Guerra* puede aspirar con justicia á un buen lugar en nuestro teatro moderno. El Señor *Guerra* es uno de aquellos jóvenes que conservan las buenas tradiciones literarias con una constancia, con un cariño dignos de todo elogio; y su lenguaje sonoro y elegantísimo recuerda las páginas mas bellas de nuestro buen Cervantes.

Del drama trágico titulado *Los dos tribunos* del Señor *D. Eusebio Asquerino* debemos decir muy poco: harto ha dicho el público con su indiferencia á un autor tan aplaudido. Esperamos que esta lección no sea estéril para los que tratan de dormirse á la sombra de sus laureles. Nosotros quisiéramos que el Señor *Asquerino* fuese á recojerlos en un campo menos espinoso que el de la política, si bien mas erizado de dificultades para el talento.

Ya que hablamos de obras literarias, debemos hacer especial mención de la *Nueva gramática de la lengua francesa*, compuesta por el profesor *Sauzeau*: tiene la inmensa ventaja de haber tomado sus ejemplos de los escritores clásicos franceses, en cuyas máximas y estilo pueden insensiblemente empaparse los discípulos: el principal defecto de esta gramática es no estar escrita en castellano, defecto á la verdad no muy importante en una obra que se destina para el uso de la juventud española.

Se ha terminado también la *Historia militar y política de Zumalacarre* por *D. Francisco de Paula Madrazo*, brillante edición ilustrada con grabados, bajo la dirección de *D. José Vallejo*. A un estilo siempre culto y animado reúne la mas escrupulosa exactitud histórica, y datos y documentos nuevos que la hacen sobremedida interesante. Ambos colaboradores, el literato y el artista han sabido exigirse un monumento de gloria, y ya que la estrechez de esta *Revista* no nos permite trasladar algunos de los bellos trozos de la elegante narra-

cion del Señor Madrazo, pondremos á continuacion una muestra de los hermosos y correctos dibujos del Señor Valléjo. Merece tambien especial mencion la obra del

Señor D. Juan Lombia intitulada: *El teatro considerado como institucion social, como vehiculo de las bellas letras y de las artes, y como objeto de industria.* Bajo



(Viñeta de Zumalacarregui.)

estos tres aspectos considera el Señor Lombia el teatro, deduciendo reflexiones propias y oportunas para apreciar la situacion verdadera de la literatura y del arte dramático en España: no debe confundirse este libro con otros tantos superficiales é insignificantes que hace abortar una especulacion mezquina.

Este mes que ha principiado para nosotros paseándose de arriba abajo lenta y perezosamente por las *fe-rías* de la calle de Alcalá, concluye á galope tendido en la casa de Campo de S. M. la Reina. Queremos decir si no nos hemos dado á entender, como sospechamos, que concluye con las carreras de caballos. Este tambien es otro progreso. De andar rozándose codo con codo damas y caballeros sintiendo la dulce presion y el perfu-

mado ambiente de una persona querida, á correr el hipódromo en cuatro minutos, espuesto á romperse las narices ó á reventar un caballo, mueble que para algunos vale mas que su muger, hay un progreso incalculable: y si á esto se agrega que lo primero es una costumbre inveterada en Madrid, y lo segundo una importacion estrangera, nos acabaremos de convencer de lo que llevamos dicho. Tambien el teatro ha principiado por una obra escelente y concluido por otra mediana: todo indica por fin que la causa de la humanidad marcha á pasos agigantados, pero ¿qué ha de suceder en un mes que lleva por emblema de su escudo un animal tan retrospectivo como el cangrejo?

MERLIN.

JEROGLIFICOS.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

Hay bajo mala capa á veces buen bebedor.

N. 7.º

